



101 CUENTOS

Harold Muñoz / Juan José Cuéllar /
Diego Armando Peña / Juan Pablo Ortiz /
Danny Ricardo Cano / David Leonardo Barrero /
Miguel Aguirre / Andrés Caicedo



8 cuentos

© Harold Muñoz, Juan José Cuéllar,
Diego Armando Peña, Juan Pablo Ortiz,
Danny Ricardo Cano, David Leonardo
Barrero, Miguel Aguirre y Andrés Caicedo.

Cali / Universidad Icesi, 2017

154 pp, 15,5 x 22,5 cm

ISBN 978-958-8936-30-7

Palabras clave: 1. Cuentos colombianos
/ 2. Literatura colombiana / 3. Caicedo
Estela, Andrés, 1951-1977

Clasificación Dewey: 808.8 - ddc 21

© **Universidad Icesi**

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Primera edición: Cali, Octubre de 2017

Rector

Francisco Piedrahita Plata

Decano Facultad Derecho y Ciencias Sociales

Jerónimo Botero Marino

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

Secretaria General

María Cristina Navia Klemperer

Editora

Margarita Cuéllar Barona

Coordinador Editorial Universidad Icesi

Adolfo A. Abadía

Diseño y Diagramación

Natalia Ayala Pacini

natalia@cactus.com.co

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 # 122-135 (Pance) Cali – Colombia

Teléfono + 57 (2) 5552334

E-mail: editorial@icesi.edu.co

Impreso en Cali – Colombia

Printed in Cali – Colombia

El material de esta publicación puede ser
reproducido sin autorización siempre y cuando
se cite el título, autores y fuente institucional.

{8} Cuentos

Harold Muñoz / Juan José Cuéllar /
Diego Armando Peña / Juan Pablo Ortiz /
Danny Ricardo Cano / David Leonardo Barrero /
Miguel Aguirre / Andrés Caicedo

Agradecimientos

En el marco de la celebración de los cuarenta años de la publicación de la novela “Que viva la música”, los herederos de Andrés Caicedo, se acercaron a la Secretaría de Cultura de Cali, con la idea de convocar a un concurso de cuento, especialmente dirigido a jóvenes colombianos, como una forma de honrar la memoria del escritor. La idea fué acogida de inmediato por el gobierno de la ciudad y se lanzó el Concurso, cuya primera edición se desarrolló en 2017, pero se planea realizarlo en forma bianual.

Este libro recoge los siete mejores cuentos recibidos en la convocatoria los cuales provienen de distintos lugares de Colombia.

Hubo una copiosa participación de todos los departamentos del territorio nacional, y consideramos el mejor honor a la vida de Andrés Caicedo, que jóvenes colombianos, en el mismo rango de edad en el que él escribió, se hayan tomado el tiempo para participar.

Agradecemos a los prejurados que seleccionaron los 826 cuentos, todos ellos profesores de Universidades de Cali: José Zuleta, Harold Kremer, Humberto Jarrín, Carmiña Navia y Angela Rosa Giraldo. A los jurados Melba Escobar, Juan Gabriel Vasquez y Juan Esteban Constain, reconocidos escritores de una generación que no conoció a Andrés Caicedo, pero ha leído su obra y encontró interesante la idea. Ellos evaluaron 50 finalistas y nos entregaron los ganadores y menciones espaciales que se encuentran en este libro. Un reconocimiento especial al también escritor e intelectual Ricardo Silva Romero, quién fué pieza fundamental de la organización de este concurso.

Agradecemos de forma muy especial a las entidades que apoyaron la idea desde el inicio: Bibliotec, Red Nacional de Bibliotecas, Red de Bibliotecas Públicas de Cali, Museo La Tertulia, Feria del Libro de Cali, Comfandi y Cámara de Comercio, no solo a sus directivos sino a los equipos de trabajo de ellas, quienes tomaron la idea como propia y apoyaron en todo momento y por todos los medios la iniciativa.

Una mención especial a la ICESI, quién asumió el liderazgo en la publicación de este libro. Sin el apoyo de Francisco Piedrahita y Margarita Cuéllar no habría sido posible.

PILAR CAICEDO ESTELA

CAITELA SAS | HEREDEROS DE ANDRÉS CAICEDO

Sobre una tarea

Me dieron a leer una carpeta con algunos textos inéditos de Andrés Caicedo. Sentí emoción y miedo, miedo de que no me gustara lo que allí había. Mi tarea era encontrar, o mejor, seleccionar un cuento para incluirlo en el libro del concurso que lleva su nombre y que va a contener los cuentos ganadores.

En la carpeta había notas para cuentos fechadas entre 1966 y 1969, es decir textos escritos entre los 16 y los 18 años. También había un diario en el cual se describe una semana tipo. Sus capítulos son los días de la semana de lunes a domingo y sugiere que la vida es una repetición de semanas, una eternidad reducida a siete días que se repiten idénticamente aburridos y que producen un letargo del cual parece imposible escapar.

En la búsqueda encontré dos cuentos terminados, dos textos con comienzo y fin. Son ellos La piadosa mentira y Encuentro, fechados ambos en 1969. Encuentro lo escribió en Bogotá, en noviembre.

La obra de Andrés Caicedo es un testimonio de la desazón y el malestar que lo llevaba. Da cuenta de la intensidad de ese malestar. Por ello es verdadera. Es intensa y centrada sobre sí mismo, sobre sus pasiones y sus hartazgos. Encuentro tiene la virtud de jugar con el tiempo y de arriesgar la historia en un doble plano. En este cuento hay ingenuidad y también osadía. El amor es algo que amenaza al tiempo que impele a la vida. La fantasía nos libra del mundo y de la amenaza real del amor, lo real parece deleznar el mundo de lo imaginario. Entre esta disyuntiva péndula la historia.

Premonición de su vida, que nos ayuda a precisar Barba Jacob con dos palabras: "desazón suprema".

JOSÉ ZULETA

En mi caso acepto no solo por la felicidad de estar en este jurado de lujo, sino también como un homenaje al papá de Andrés, que era un sabio y a quien quise y admiro mucho.

JUAN ESTEBAN CONSTAIN

/ ÍNDICE /

RICARDO SILVA ROMERO

—— *Siete sistemas nerviosos*

13

JOSÉ ZULETA ORTIZ

—— *Elogio del cuento*

17

/ CUENTO GANADOR /

NO.1

HAROLD MUÑOZ

—— *Cuando ellos me llaman*

21

/ SEGUNDO PUESTO /

NO.2

JUAN JOSÉ CUÉLLAR

—— *Diario de un hombre que va al gimnasio*

47

/ TERCER PUESTO /

NO.3

DIEGO ARMANDO PEÑA

—— *Demolición*

69

/ MENCIONES /

NO.4

————

JUAN PABLO ORTIZ

Archipiélago

79

NO.5

————

DANNY RICARDO CANO

Un pueblo distinto, pero no del todo

87

NO.6

————

DAVID LEONARDO BARRERO

Juventud

103

NO.7

————

MIGUEL AGUIRRE

Crimen

129

/ CUENTO INÉDITO /

NO.8

————

ANDRÉS CAICEDO

El Encuentro

141

————

EL ENCUENTRO

Manuscrito original [1969]

148

SIETE SISTEMAS NERVIOSOS

RICARDO SILVA ROMERO

Sé cómo son los escritores a los 17, a los 20, a los 23, a los 26: tienen mucho miedo de estar haciendo el ridículo, sudan frío en los talleres de escritura porque se les está acercando el turno de leer su cuento, persiguen la profundidad como si fuera posible hallarla y recrearla y transgredirla en la superficie de la página, desprecian lo que se está haciendo ahora mismo en Colombia porque confunden ser con prevalecer, se preguntan para qué sumarle un librito más a un mundo que no ha acabado de leer a Borges, tienen gastritis porque desde fuera el mundo de la literatura parece otra rosca infranqueable, escuchan una voz traicionera, la suya, que les aconseja que acepten de una buena vez que sus textos no valen la pena.

Y un día –porque sí o porque un ángel los convence de que lo único que va a perderse es el amor propio– se atreven a mandar un cuento a un concurso que parece una lotería de poquitos números.

Ojalá que ganen. Ojalá que un golpe de suerte les prueba que su trabajo no es criticar sino escribir los dramas.

Sé cómo son algunos de esos cuentos: ni los personajes ni los lugares tienen nombres –se llaman El Poeta o El Padre o El Viejo– porque se trata de sugerir los grandes temas de la literatura, de estremecer, de contribuir a la confusión, de despertar al lector burgués que no quiere enterarse de las malformaciones de la vida –no: quiere ver *Rápidos y furiosos 8* el domingo en la tarde– porque anda demasiado ocupado comprando televisores planos, poniéndose corbatas brillosas, engorrandando el sistema que nos desangra con cuentagotas y repitiendo los

lugares comunes de sus padres. Son cuentos de cineclub. Perdón: cuentos de taller de escritura cuyos autores, como los autores de ciertas obras del arte contemporáneo, pueden dar razón de cada una de sus líneas, pueden decir de dónde vienen, a dónde diablos van.

Son cuentos conmovedores que se leen con el estómago porque con el estómago fueron escritos. Son cuentos de hombres o de mujeres que se jugaron toda la vida: ¿no tiene que estar pasando por un momento definitivo, de vida o muerte o resignación, una persona de 17, de 20, de 23, de 26 años, que se ha tomado el tiempo quieto que se necesita para escribir un relato?

Puedo decir, porque he estado cerca del jurado, que este exitoso concurso de cuento en honor a Andrés Caicedo se ha encontrado con una caja de cuentos que no son un juego ni una tontería, sino un riesgo. Quizás algunos cometieron el error de comenzar por la vanguardia. Quizás otros cayeron en la tentación de pensar que es el cuento –no su lectura– lo que debe alcanzar la hondura. Acaso un par despreciaron las estructuras de los maestros. Tal vez ciertos primeros párrafos terminaron siendo amasijos plagados de gazapos. Y ciertos párrafos finales confirmaron que no había allí una narración sino una ansiedad, una búsqueda, un infructuoso anhelo de poner en orden lo que se ha estado sospechando con el cerebro en una mano y el corazón en la otra.

Pero no me cabe duda –estuve ahí mientras los jurados discutían los trabajos– de que la gran mayoría de los participantes escribieron sus cuentos como haciendo paréntesis a sus vidas, como elevando plegarias con la ilusión de una respuesta.

Y que allí, entre esa torre de relatos, hay un puñado de textos que consiguen convertir este instinto de contar lo que se ha visto en un primer paso en firme en este oficio de viejos para viejos.

Quiero decir que hay talentos en estado de alerta que seguirán escribiendo sus personajes, sus tramas, sus paisajes, sus escenas, de aquí en adelante. Que este libro, editado con espíritu de taller benigno, es la suma de siete trabajos que son siete promesas, siete valientes intentos de sujetar y de poner en orden esta realidad que

tantas veces –de los 17 a los 26– resulta ser una farsa. Y es apenas justo que uno de ellos sea un relato inédito del propio Andrés Caicedo, pues Caicedo, que se pasó la vida haciendo paréntesis para aprender la lengua de este mundo y para encontrarle algún orden a este desastre, sigue siendo un monumento al muchacho que tiene la suerte y la desgracia de leer y escribir entre líneas.

ELOGIO DEL CUENTO

JOSÉ ZULETA ORTIZ

Contar es el más humano de los actos. Se sabe que la civilización, que la cultura, que todo lo que somos como entes sociales, proviene de nuestra pasión por compartir historias. El origen del cuento se remonta al origen del hombre. Incluso se dice que el lenguaje mismo proviene del deseo de contar. Que fue la poderosa necesidad de compartir las experiencias lo que dio origen a esa maravilla humana, a ese gran juguete que llamamos lenguaje.

Debemos suponer que la gestualidad, la imitación y el instinto fueron vencidos por la capacidad de comunicar experiencias y por la necesidad de conocer el mundo para poder comprenderlo, habitarlo y disfrutar de él. Así el mito, la fábula, el juglar y el relato crearon el mundo que habitamos. En esta ardua y apasionante aventura, pudimos ser lo que somos. Creamos desde la narración dioses a nuestra imagen y semejanza, mundos horrendos, paraísos. Con un poco de realidad y mucho de ficción, inventamos las religiones, la magia, las primeras historias que cantamos. Del poder del arte de la narración, el mejor ejemplo para los occidentales es la *Biblia*, que logró construir desde la literatura gran parte del mundo moral y ético en que hemos vivido los últimos veinte siglos.

Poco ha cambiado desde entonces en el interminable camino del cuento.

Gran parte de nuestra relación con la fantasía, de nuestra capacidad de imaginar y de construir mundos posibles, proviene de nuestra infancia; fuimos formados en la ficción de los cuentos. En esas

primeras lecturas se crearon y se crearán muchos lectores. Es claro que la lectura de cuentos es una gran constructora de lectores. Lo que no es tan claro, pero también es cierto, es que la escritura de cuentos es una gran formadora de escritores.

El género del cuento goza de un gran prestigio entre los literatos y paradójicamente, por un asunto de moda y de comercio, es cada vez menos publicado, menos leído y, en consecuencia, menos escrito. Hay una razón poderosa para vindicar el género: es uno de los más exigentes, es uno de los más formadores y el que mayor placer proporciona.

Alguna vez el cuentista francés Guy de Maupassant escribió sobre el arte de escribir:

“[...] el escritor aprecia el universo y a los seres humanos de una manera que proviene de combinar sus observaciones y sus reflexiones. A fin de conmovernos como él ha sido conmovido por el espectáculo de la vida, debe reproducir su observación ante nuestros ojos con escrupulosa exactitud, debe componer su obra con tal sagacidad, con tal disimulo y aparente simplicidad, que se nos haga imposible descubrir su plan o percibir sus intenciones...”

¿Qué caracteriza un buen cuento?

Primero que todo que sea memorable, y que despierte el deseo de compartirlo. Un buen cuento es un lugar donde uno quiere regresar. Por ello, los buenos cuentos se leen varias veces. En muchas ocasiones un cuento es una revelación, un atisbo al fondo de lo que somos, un relámpago de luz sobre la condición humana. Además de la vivacidad y la inteligencia para exponer el asunto sobre el cual gira el cuento, hay algunos elementos de la forma que son importantes: la atmósfera, la poesía y el ámbito de intimidad que logre con el lector, son claves en los cuentos memorables. En el cuento se reúnen todas las destrezas de un narrador: la tensión, la construcción de personajes, la creación de ambientes, los diálogos, la poesía, el ritmo... en fin, con la particularidad de que el cuentista debe prescindir de lo accesorio, porque en ningún género, como en el cuento, lo que no es necesario se hace tan evidente.

Chéjov dijo alguna vez a un escritor a propósito de un cuento: “Es usted demasiado perezoso o no quiere amputar de un solo golpe todo lo que es inútil. Para esculpir un rostro de un bloque de mármol, hay que desbastar la piedra bruta hasta remover de ella todo lo que no sea ese rostro, ¿me entiende usted?”.

La destreza del escritor de cuentos permite, construye un lector inteligente, un lector atento, para ello deja muchos cabos sueltos que debe atar el lector, hace leves insinuaciones, pone trampas que el lector debe sortear, y así el lector de cuentos termina siendo, de algún modo, coautor del cuento, por ello un buen cuento requiere un buen lector, y un buen lector no tolera un mal cuento.

Hay algo fascinante en los cuentos: son enigmáticos. Algo invisible, equivalente a la simpatía, nos alienta a seguir. Aquello que comienza como mera cordialidad entre el autor y el lector, termina en una fraternidad, en una amistad apasionante, ese evento afortunado ocurre cuando un buen cuento reúne a su creador con el anónimo realizador de esa afortunada comunión que es la lectura.

HAROLD MUÑOZ

CUENTO NO.1

Cuando ellos me llaman

I

Hace una semana que todos estamos en vacaciones. Yo fui el último en salir porque estudio en un colegio privado. Me dieron una beca porque mi mamá es profesora en el mismo colegio, pero prefiero decirle a ellos que la beca me la gané por ser buen estudiante para lucirme, y para que cuando me pregunten si puedo bajar a la piscina pueda decirles que no porque ando estudiando y, así, no tener que repetirles que no tengo tímpano en el oído izquierdo porque me lo reventó la otitis cuando tenía cinco años. Eso me dijo mi mamá. Yo ya no me acuerdo de eso. El dolor solo vuelve si me entra agua en el oído porque no hay nada que la pare y sigue derecho hasta el cerebro. Eso duele más que todo, más que una patada o doblarse un tobillo, más que un puño de Amed.

No se dice Amed, se dice Ahmed, y la H suena como una J porque es un nombre árabe, y en el árabe es así. Lo vi en “Discovery en la Escuela”, y me lo dijo mi papá. Eso mismo le dije a Amed: vos no te llamás Amed, sino Ahmed, y antes de que pudiera decirle lo de la J me pegó un puño en el estómago por corregirlo al frente de todos. No me dolió. Duele más no tener tímpano, pero yo hice como si me hubiera dolido para que parara.

Julio es el mes más caliente de todos. Si yo pudiera también me la pasaría en la piscina como ellos. En agosto el calor baja porque hay más brisa y ventea, y mi mamá me lleva a elevar cometa. En agosto cumplo años. Falta un mes y medio para eso; un mes y medio para que se acaben las vacaciones. A esta ciudad le hace falta un mar. A mí me encanta el mar así no pueda meter la cabeza por lo del oído; apenas hasta los hombros.

II

Daniel, que también vive en el bloque F como yo, dijo que cuando se salieran de la piscina iban a venir a buscarme. Voy al balcón y no veo a nadie en el agua, o por lo menos a ninguno de ellos. Se olvidaron de mí.

Me devuelvo al estudio de mi papá. Él está preparando sus clases, siempre está preparando sus clases. Estoy en bóxer, me acuesto en el piso. Le pregunto cuántas religiones hay en el mundo. Está distraído, me pide que le repita la pregunta: ¿Que cuántas religiones hay en el mundo?, digo con rabia por no haberme puesto atención a la primera. Él se queda en silencio. Hace cuentas mentales, o eso parece. Los cálculos de mi papá siempre son exactos porque estudió Matemáticas y Física.

Pero para mi sorpresa me contesta: no sé. Es la primera vez que no sabe algo. De pronto hay una por cada estrella en el cielo, ¿vos qué pensás?

No sé, Papu.

Alguien grita mi nombre, nos interrumpe. Me asomo a la ventana del estudio.

Bajá, me pide Daniel con otro grito, apenas me ve.

¿Puedo bajar?, le pregunto a mi papá. Sí, responde sin dejar de mirar las notas de sus clases.

Me visto en mi cuarto. Me pongo una camiseta, una pantaloneta y unos tenis que, en mi caso, como en el de la mayoría de los de la unidad, son unos Croydon negros que me hacen correr más rápido. Los de Amed, en cambio, son unos Nike que su papá le trajo de Miami, blancos, con cámaras de aire que lo hacen saltar más alto.

Cuando bajo no veo a Daniel ni a Mateo. Doy una vuelta por la unidad. Los encuentro en el palo de mango, en la sombra, sentados en la banca. A ellos dos y a Andrés. Los saludo, me siento en el piso. Hablan de Michelle y Valentina, dos niñas que viven en la torre D. Las dos son remonas. De esas que cuando se meten a la piscina el pelo les queda como un mango chupado. A todos nos gustan. Lo malo es que apenas son dos y nosotros muchos. Y que no bajan. No sabemos si porque no quieren o porque el papá no las deja.

Amed también llega a la banca, le pide a Daniel que le dé su puesto.

Cuando me ve, me saluda: ¿todo bien?, me da la mano.

Todo bien, le contesto.

Amed nos cuenta que su papá le compró una bicicleta eléctrica y que se la va a mandar desde Miami, y que además le compró más juegos para su Play. El papá de Ahmed es comerciante, por eso se la pasa viajando para traer cosas: zapatos, ropa, carros, celulares con cámara, televisores, lociones, relojes. Eso dice Ahmed. Que podemos ir al local que tiene su papá en San Andresito, en el centro de la ciudad, y que él nos hace descuento. El papá de Ahmed y el tipo del bloque C son los que tienen los mejores carros de la unidad. Los dos son comerciantes.

Nos quedamos en la banca hasta que Mateo propone que juguemos escondite. El último que llegue al muro de la portería cuenta, escucho que dice alguien. Todos arrancamos a correr. Daniel, que llega de último, comienza contando. El resto nos escondemos.

Escojo la isla. Así le decimos a unas palmas que están en una esquina del parqueadero de la unidad, un oasis en medio de los carros. Me escondo detrás de unas matas, recostado en la reja. Veo que Daniel nos busca por la piscina, entre los carros, en los árboles. Ahmed y Andrés están escondidos en el balcón de un apartamento del primer piso de la torre B. Mateo corre, sale de algún lado, llega al muro de la portería, ¡por mí!, grita, se salva.

Entonces siento que algo me toca la espalda. Pienso que es una mata, una avispa. Pero luego escucho que alguien me habla, que me dice: lindo, mírame, lindo, o es que no me va a saludar. Me volteo. Es Roberto, la loca del barrio que me tira un beso. Tiene una blusa hasta el ombligo, la boca pintada.

Hola, niño, qué hace ahí escondidito, dice, y se levanta la camiseta para mostrarme las tetas: dos balones de microfútbol con un timbre rosado. Tocá, tocá, me pide, no te asustés, dale.

Salgo de la isla corriendo, huyo. Daniel me ve, arranca adelante mío, me tiene demasiada ventaja. Llega primero que yo al muro de la portería.

No le digo a nadie lo de Roberto porque Amed dice que nos parecemos, que somos medio hermanos, medio maricones, y no quiero que me joda con eso.

Cuento. Después le toca a Andrés. Otra vez a Mateo. A Daniel. A Andrés.

Me quedo abajo, en la unidad, hasta que mi mamá me llama por la ventana del apartamento para que suba. Voy al estudio. Mi papá sigue preparando sus clases.

Le pregunto: ¿cuántas veces es más grande el sol que la tierra?

1'303.782, me contesta mirando el computador, unas gráficas de sus clases de economía en la universidad.

¿Y cómo sabés?, le pregunto y me explica algo que no entiendo.

Voy a mi cuarto. Me acuesto sin bañarme.

III

No espero a que me ellos llamen. Bajo y voy al quiosco mientras ellos están en la piscina.

Pongo un CD que yo mismo quemé hace unos días en el computador de mi papá. Están Luisfer, Daniel, Mateo y Andrés que apenas me ven salen del agua para saludarme.

¿Qué canciones metiste en el CD?, me pregunta Luisfer.

De todo, le digo: reggaetón, salsa, merengue.

Cuando me tienen rodeado Daniel me pide que mire hacia la piscina de niños, disimulado. Michelle y Valentina están jugando vóley con una pelota de plástico. Me hago el sorprendido porque ya las había visto desde el balcón de mi apartamento. Por eso bajé.

¿Cuál es Michelle?, pregunto, ¿cuál es Valentina? Ninguno sabe.

En lugar de hablarles nos quedamos en el quiosco. Le subimos a la grabadora de Mateo para que nos vean, suena *Pobre Diabla* de Don Omar. Pero ellas siguen en el agua como si nada, jugando las dos con una pelota, ignorándonos. El papá las cuida desde el balcón de su apartamento de la torre D.

Escucho que uno de nosotros grita: ¡Tigre!, ¿jugás un partido?

Entonces me volteó para buscarlo y encuentro a El Tigre caminando por fuera de la piscina, detrás de la reja como acechando entre dos palmas. Es el mejor jugador del América, el equipo de mi papá, mi equipo. Él, sin pensarlo mucho, nos responde que sí: llamen más gente y que alguien me preste unos guayos y una pantaloneta, nos vemos en la cancha.

¡E-l T-i-g-r-e!

Hace un año que tiene un apartamento en la unidad, pero no vive acá. Por eso lo vemos de vez en cuando. Llega y al rato se va. A veces solo, a veces con viejas, o cargando unas cajas para guardarlas en su apartamento. Por eso mi mamá dice que El Tigre es un vago, que quién sabe para qué tendrá ese apartamento, que por muy futbolista que sea, en esta ciudad no deja de ser raro ver un negro con tanta plata.

Todos vamos a nuestros apartamentos a cambiarnos. Yo soy el único que le puede prestar unos guayos y una pantaloneta al Tigre. Los papás de los otros no viven con ellos. Casi todos son comerciantes como el papá de Ahmed, casi todos viven afuera del país, en Miami, o en México, y vienen de vez en cuando.

Encuentro a mi papá trabajando en el estudio. Le pido que me preste sus guayos y una pantaloneta.

Vamos a jugar un partido con El Tigre, le digo.

Y él: qué bien, flaco, me responde, y vuelve a concentrarse en sus clases.

Salgo del apartamento tan rápido como entré. Cuando corro con los guayos en el cemento, sueño como un pony.

En la cancha están todos. Le paso la cosas al Tigre, y él se cambia detrás de un árbol. Escucho que Ahmed dice: parece un mico. Algunos se ríen.

Armamos un equipo de seis y otro de cinco. Yo me hago con el Tigre porque soy del América como Daniel, Andrés y Luisfer. En el otro equipo están Ahmed y los del Cali.

Apenas arranca el partido Ahmed me pega una patada. No me quejo, duele más el oído. Cobro y le doy un pase al Tigre. Agarra el balón, se va por la banda, corro detrás de él. Se saca a todo el equipo, le hace una galleta a Ahmed después de que este también le manda una patada que no lo toca. En lugar de tirar, de mirar al arco como siempre hace en los partidos de verdad, me pasa el balón y solo tengo que empujarla. ¡Gol! Corro hacia El Tigre, lo abrazo.

Jugamos toda la tarde sin cansarnos, cuatro horas. Hasta que El Tigre dice que se va. El partido queda catorce a cinco, el rojo siempre gana.

El Tigre se cambia detrás del mismo árbol y me pasa la ropa de mi papá. Lo seguimos hasta el parqueadero. Se monta en su Mercedes, saca la mano para despedirse. No podemos verle la cara por culpa del vidrio oscuro.

Ese carro es blindado, dice Ahmed, y esos rines, puro gusto de negro. Algunos se ríen, los del Cali. Ese man no vive en la unidad, sigue hablando Ahmed, porque tiene una mansión en el sur, el apartamento lo utiliza para guardar la plata que no puede meter en los bancos.

Nadie dice nada, nadie lo contradice.

Ellos van a la piscina para refrescarse. Yo me despido, subo.

Dejo la ropa de mi papá en el lavadero y saco la jarra de jugo de la nevera aunque esté acalorado y pueda quedarme tieso por culpa del frío, eso es lo que dice mi mamá que pasa.

Cuando me despierto en mi cuarto son las dos de la mañana en mi reloj digital. Prendo el televisor y lo dejo en *mute*. Mis papás duermen en su cuarto. Busco los canales que no están bloqueados, más allá del noventa y nueve. Pienso en Michelle y Valentina jugando en la piscina, en sus piernas, que las dos son mis novias.

IV

Bajo después de decirle a mi mamá que voy a bajar, sin que me llamen. Es sábado, me pasé todo el día viendo la televisión. Doy una vuelta por la unidad, pero no encuentro a nadie. En la mañana ellos estaban en la piscina.

Voy al palo de mango, a la isla, a la cancha de fútbol. Camino entre las torres, los llamo: ¡Daniel!, ¡Mateo!, ¡Luisfer! De pronto están en la casa de Ahmed jugando Play y no me llamaron, se me ocurre, ¡Andrés!

Hace una semana que no viene El Tigre, que no vemos el Mercedes en el parqueadero. Debe estar de viaje, o con el América en la pretemporada, o en su yate en Cartagena. Por eso fue que a Ahmed tuvo la idea de que nos metiéramos al apartamento de El Tigre, deberíamos aprovechar que no está para ver lo que esconde, dijo, sacarnos una caja de plata.

¿Para qué?, le pregunté yo.

¿Cómo que para qué?, alzó el puño. ¿cómo que para qué?, volvió a preguntar, y luego se rió cuando me vio nervioso.

Pasando por el bloque E escucho la voz de mi papá que me llama. Corro, subo al apartamento. Recién llegó de la universidad. Me pregunta si quiero ir a cine.

Sí.

¿Y qué película nos vemos?

No lo dudo: Star Wars, le respondo, *El ataque de los clones*.

Cámbiate, me dice entonces mi papá, que oliendo a gamín no nos dejan entrar en ningún lado.

V

Estoy en el quiosco cambiando la música cuando suenan los tiros. Ellos están en la piscina, nadando. Salen del agua, vienen corriendo.

Pasó en el lavadero de carros, dice Luisfer.

¿Y cómo sabés?, le pregunta Mateo.

Me lo soñé, responde, acabo de tener un *déjà vu*.

Le hacemos caso porque nadie tiene otra teoría sobre lo que acaba de pasar. Subimos al quinto piso de la torre F para ver, para buscar al muerto. Yo vivo en el 301 F, les digo que voy por mis binoculares y que ya los alcanzo. Ellos siguen subiendo las escaleras como si no me hubieran escuchado.

Luisfer tenía razón.

Desde arriba vemos a un pelado sentado al lado de un cuerpo. Tiene, le pongo, más o menos once años como casi todos nosotros. Para Andrés tiene más, unos catorce como Ahmed, por lo alto, dice.

En un momento, después de que ya todos nos hemos rotado los binoculares, el pelado se quita los zapatos, unos Nike como los de Ahmed, pero negros. También se quita las medias, queda descalzo en los charcos de agua. Hace lo mismo con el muerto, pero en vez de dejar las medias tiradas en el cemento como hizo con las suyas, se las pone así estén manchadas, sucias.

Grita: ¡Mi papá!, ¡mi papá!, mientras se soba los pies, se abraza las piernas.

¿En dónde le pegaron los tiros?, pregunta alguno de nosotros.

No se ve, responde Mateo que mira por los binoculares.

Luisfer es el único que da una respuesta: en el culo, en todo el centro.

Todos nos reímos.

Después de que se llevan al muerto volvemos al quiosco. El resto del día nos la pasamos hablando de lo que vimos, lanzando teorías: que andaba traqueteando; no, que apenas era un lavaperros; no, uno de los duros; no, simplemente un sicario; que por algo lo habrán matado, que no cualquiera en esta ciudad tiene la camioneta en la que se fue el pelado de las medias.

Déjà vu es una palabra en francés, eso me dice mi papá cuando vuelvo al apartamento, en su estudio, cuando le pregunto.

VI

No tengo que buscarlos, ellos están en la piscina. Hace calor.

Antes de ir para allá, hago otra cosa. Voy al apartamento de Michelle y Valentina a dejarles una carta y una chocolatina Jet para cada una. Ellos no pueden saber de esto porque cuando me han preguntado si me gustan les he dicho que no, que no me gustan las monas. Por eso, para que no me vean, camino por la parte de atrás de la torre B, que está en medio de la F y la D, que es la torre de Michelle y Valentina, y que también es la torre de El Tigre. Su apartamento está en el primer piso. Trato de ver por las ventanas pero las persianas están cerradas. De pronto Ahmed tiene razón. Deberíamos meternos para ver lo que guarda.

Antes de entrar al bloque D releo mi carta:

Hola, ¿ más? no c si les gusta el chocolate. Ojalá q sí. Deberian bajar mas para que agamos algo. Les gusta la musik? Yo tengo mucha. Att: 301 F.

Después la meto en el sobre que compré en la miscelánea del barrio junto con las chocolatinas Jet.

Antes de deslizar la carta por debajo de la puerta escucho pasos del otro lado. Alguna de las dos grita: ¡no más!, ¡no más! Y la otra: ¡dejanos!, ¡no más! Es la primera vez que las escucho tan cerca. Sus

risas jugando a perseguirse, ellas y el otro sin voz. Imagino que entro a salvarlas, pero apenas me atrevo a meter la carta por la ranura de la puerta.

Voy a la piscina.

Ellos están en el quiosco, sus pantalonetas escurriendo agua alrededor de Ahmed.

Nadie me pregunta por qué llegué por el camino de la torre D. Ahmed es el que maneja la música. Apenas me ve, me muestra un aparato del tamaño de una pila que está conectado a la grabadora de Mateo.

¿Qué es?

Un Mp3, me contesta, me lo mandó mi papá de Miami, le caben como mil canciones.

Le pido que me enseñe a manejarlo. Así, cuando ustedes estén en la piscina yo cambio la música, les digo.

Acepta. Después de que me enseña, ellos vuelven a la piscina, saltan al agua.

Me quedo cambiando la música hasta que mi mamá me llama por el balcón para que suba a comer. Pienso en Michelle y Valentina mientras camino a mi bloque, si ya habrán encontrado la carta, la chocolatina, en sus voces.

VII

Somos cuatro: Mateo, Andrés, Luisfer y yo.

Mateo propone que veamos una película. A todos nos parece bien. Les digo que la podemos ver en mi apartamento, que en mi cuarto tengo DVD. Pero al final ellos deciden verla en la casa de Andrés porque tiene un teatro en casa.

¿Y qué nos vemos?, pregunta Mateo.

Una de bala, responde Luisfer.

Vamos a La Meca, un lugar en el barrio en el que se consiguen las películas del cine piratas. Le pedimos al dueño, un man de unos treinta años, que nos dé el catálogo para escoger.

¿Cuál?

Luisfer vuelve a decir: el de bala.

Pero cuando abrimos el catálogo nos damos cuenta de que no es el que pedimos. En vez de las películas de acción el dueño de La Meca nos pasó el de porno. No le decimos nada, no le pedimos que nos lo cambie.

Andrés lee la descripción de una película: un astronauta llega a Marte, un planeta habitado solo por mujeres, todas vírgenes. Para sobrevivir el astronauta tiene que copular con las marcianas. *El planeta rojo*, así se llama. De nosotros, el único que dice que ya no es virgen es Amed.

¿Qué es copular?

Lo mismo que culear, me contesta Andrés.

Pasamos la página: una mujer con las piernas abiertas, con una cuca peluda.

Estamos en esas, pasando las páginas del catálogo, cuando Roberto entra a La Meca. Le pregunta al dueño si ya le llegó la nueva de Star Wars.

No, en una semana, le contesta el otro.

Imagino a Roberto con un vestido blanco, como una especie de princesa Leia.

Escucho que Andrés dice: llevémonos una de estas y nos la vemos en mi casa, mi mamá no está.

Y que otro le responde: con el teatro se van a dar cuenta en toda la unidad que estamos viendo eso.

Que se meta un sable láser por el culo, digo yo en lugar de decir lo que en verdad había pensado, por error.

Ellos se ríen.

Roberto responde: ¡pero por el culo de tu madre será!, y arranca a perseguirnos. Menos mal solo le da para correr media cuadra, y cuando llegamos a la unidad lo hemos dejado atrás, botado en la calle. Nos grita cosas desde lejos, que nos va a buscar, que no salgamos solos, que nos va estar esperando.

Nos sentamos en la banca del palo de mangos, agitados. Ellos no dejan de pedirme que les cuente que por qué le dije eso a Roberto, que qué risa. Les invento cosas para no decirles la verdad, que andaba nervioso por pensar en las tetas de Roberto, en el beso que me tiró el otro día en la isla.

Hablamos hasta la noche. El portero nos pide que nos callemos, que ya lo han llamado de varios apartamentos a quejarse del ruido.

A la próxima les pongo multa, dice antes de volver a la portería.

Entonces noto que ellos me están mirando, que están a la espera de que se me ocurra una respuesta como la de Roberto para joder al portero, pero no se me ocurre nada, me quedo callado.

VIII

No toda la vida Roberto fue así, me dice mi mamá.

¿Así, cómo?, le pregunto.

Me contesta después de pensárselo un rato: ...mujer... antes era un pelado normal como ustedes. Claro que sí se le veían sus cositas.

¿Cosas?

Sí, amaneramientos, cosas de mujercita. ¿Por qué la pregunta?

Le digo: por saber, ayer lo vi en la calle.

Ella sigue lavando ropa. Yo voy a mi cuarto, no tengo ganas de bajar.

Las vacaciones ya van por más de la mitad, y no he hecho los trabajos del colegio. Hace días hice el intento. Comencé a leer un libro sobre la historia de los Calima para Sociales, luego traté de hacer matemáticas, pero al final terminé armando un Lego de Batman que también tenía pendiente.

En este momento veo televisión. Busco cualquier cosa.

IX

Hoy no bajé. Me quedé en el apartamento todo el día ayudándole a mi papá a arreglar su estudio como me lo había pedido. Nos la pasamos botando y archivando documentos mientras ellos estaban en la piscina. En una carpeta encontré una foto vieja en la que aparecía mi papá. Tenía pelo, una chaqueta negra y estaba montado en una Harley. Se la mostré, le pregunté qué había pasado con la moto. Me dijo que la había tenido que vender para tener la cuota del primer apartamento que tuvieron. Le pedí que me la regalara. Me dijo que sí, que me la podía quedar, y la guardé en la caja en la que guardo cosas.

En la noche pedimos pizza. Comimos al frente del televisor, viendo *Alien vs. Depredador* que mi mamá había traído de La Meca. Antes de volver a mi cuarto les dije que de cumpleaños quería un Mp3, que estaba cansado de mi Walkman.

Vine a mi cuarto, vi televisión un rato más, y me fui quedando dormido.

Ahora lo que me despierta son los golpes en la ventana. Pensé que había sido un murciélago, pero vuelven a repetirse. Me paro de la cama, me asomo en la ventana de mi cuarto. Abajo están Daniel y Mateo que, a pesar de la falta de luz, reconozco. Me piden que baje. Hago que no con la cabeza, está muy tarde, les digo en un grito ahogado.

Es urgente, me dice Daniel.

Y Mateo: volvió El Tigre, encontramos una forma de ver lo que guarda en el apartamento.

En el radioreloj de mi cuarto son las doce y cincuenta.

Salgo con cuidado de que no me escuchen mis papás, dejo la puerta medio abierta para poder entrar cuando vuelva. Bajo.

Está oscuro. Los porteros apagan las luces de la unidad después de las once para ahorrar energía. Ellos me saludan, me dan la mano.

En lugar de entrar al D, seguimos derecho por un callejón que le da la vuelta al bloque. En la parte de atrás nos encontramos con Ahmed y Andrés.

¿Y Luisfer?

No quiso venir, responde Ahmed, se cagó. Y después me pregunta: ¿quieres ver al Tigre?, y me muestra un arbusto. Ya todos vimos, me dice, faltás vos solamente.

¿Por dónde?

Él vuelve a señalar el arbusto.

Me meto entre las ramas, y me encuentro con una de las ventanas del apartamento de El Tigre. La persiana está sin bajar del todo, hay un huequito por el que se puede ver lo que pasa adentro.

Ahí está El Tigre tan sudado como el día del partido, dos negras que se turnan para lamerlo. Tienen las tetas más grandes que las de Roberto, culos de orangután, redondos. El Tigre les soba la cabeza mientras mira al techo con la boca abierta, las mueve. Me meto la mano en la pantaloneta. Imagino que soy yo, que las negras son Michelle y Valentina con su pelo monísimo enredado en mis piernas. Me pongo duro. Una de las negras me tira en la cama, me empuja. Michelle o Valentina me saltan encima. Michelle o Valentina se me sientan en la cara, las muerdo como hace El Tigre.

Daniel me llega por la espalda, y tengo que sacarme la mano, me limpio en la tela de la camiseta. Me dice: ya viste mucho, es mi turno.

No ha pasado ni un minuto, le reclamo, pensé que ya habían visto todos.

Él en lugar de hablarme me muestra su reloj digital. Veo los numeritos azules alumbrando en lo oscuro, no sé en qué momento pasó todo ese tiempo. Además, me dice, ya vamos en la segunda ronda.

No me importa, le digo, pero Daniel no se va. Por lo que, al final, aunque no quiera, tengo que salirme para esperar mi turno de volver a entrar.

Fuera del arbusto Ahmed me pregunta: ¿te gustaron las negras o te gustó más El Tigre?

¿Y a vos qué te importa?, le contesto en un arranque, dejame quieto.

Maricón, dice él. Se me hace al frente, me encara. Lo empujo para que no me pegue y salgo corriendo antes de que se levante. Me alcanza en la torre B, a medio camino de mi torre. Me tira al piso, me da dos patadas en el estómago. Me deja tirado. Es cuando se voltea, que piensa que voy a dejar las cosas así, como siempre, que agarro una piedra y se la tiro. Le doy en la cabeza.

Otra vez corro, y esta vez no me alcanza, o no sé si me persigue. Subo a mi apartamento y cierro con cuidado la puerta. Me encierro en mi cuarto. Me acuesto agitado. Prendo el televisor, dan Rocky III. Me la veo hasta que me voy calmando, hasta que estoy seguro de que mis papás no se han levantado por la bulla. Entonces me vuelven las ganas. Pienso en Michelle y Valentina. Busco más allá del noventa y ocho, y pongo el televisor en *mute*:

Un negro lleva a una mujer hasta un callejón. Tiene un cuchillo. Leo los subtítulos. El negro le pide a la mujer que le pase la cartera, el celular, las joyas. En un momento le mira las tetas, le dice: qué buena que estás, nena. Y comienza a desvestirla a la fuerza, a arrancarle la ropa. La mujer se resiste hasta que el negro se saca la verga. La mujer le dice: la tienes muy grande, y en lugar de resistirse como al principio, se agacha, comienza a chupársela.

Entonces escucho un ruido en el apartamento. Apago el televisor. Me acuesto hacia mi lado, cierro los ojos. Siento que alguien abre la puerta de mi cuarto.

X

En esta ciudad todos se creen capos, dice mi mamá mientras acomoda la carne en el congelador, con rabia.

¿Mi papá alguna vez quiso ser comerciante?, le pregunto.

No que yo sepa. ¿Por qué?

¿Mi tío Javier es comerciante?, le pregunto después de dejar cuatro bolsas más en la cocina.

...

¿Ma?, ¿mi tío Javier es comerciante?

No.

¿Entonces qué hace?, ¿por qué tiene tanta plata?

Me contesta sin mirarme, sacando el contenido de una bolsa: él es electricista, de los que cambia los cables de alta tensión. Es un trabajo peligroso.

Recién llegamos de merchar. Tuvimos que dejar el carro en el parqueadero de visitantes porque el tipo del bloque C dejó su BM en la entrada del parqueadero de la unidad. En lugar de pitarle, o de pedirle al portero que llamara al tipo para que moviera su carro, mi mamá lo dejó afuera.

Acá nos pueden robar el carro, Ma, le dije yo, hacé algo para que el tipo se mueva.

Ella me contestó, después de apagar el motor: traé el carrito de mercado para llevar las bolsas.

Tuve que hacerle caso. Solo volvió a hablar hasta que dijo lo de los capos.

Ahora le pregunto en la cocina mientras desempaco la última bolsa del mercado: ¿si estudio lo mismo que mi tío podría hacer lo mismo que él?

No creo, me contesta acomodando las cosas de aseo.

¿Por?

Habrá que ver, me dice sin mirarme, agachada. Esa es su respuesta cuando le pido un permiso y no se decide a dármele, cuando no está segura de algo. No le hablo más de mi tío.

Después de que terminamos con el mercado voy a mi cuarto con mecato. Me acuesto en la cama en calzoncillos. Mi papá está en la universidad. Llevo varios días sin bajar. No me atrevo después de lo que pasó con Amed.

XI

Ayer fuimos al doctor con mi mamá. Me revisó, dijo que mi oído estaba mejor, que en diciembre me voy a poder meter a la piscina con tapones: una goma rosada con la que me baño para que no me entre agua al oído.

En el carro, viniendo para la unidad, mi mamá me preguntó si había peleado con ellos, que por qué no había vuelto a bajar. Le dije que como ellos se la pasan en la piscina me aburro en el quiosco. Me creyó.

Hoy es domingo y los domingos juega el América. Mi papá escucha los partidos en la radio mientras prepara sus clases. Estoy en el estudio, acostado en el piso.

Hay una mancha en el techo. Es una humedad, mi papá dice que la tienen que reparar los del cuarto piso. Tiene la forma de una galaxia.

¿Vos creés en los extraterrestres?, le pregunto a mi papá.

Me contesta trabajando en una hoja de Excel, en su computador: no sé.

Lo que más odio de escuchar partidos en la radio son las propagandas, hay una cada diez segundos. El Tigre hace dos goles. Uno de cabeza y otro de chilena. Lo imagino corriendo hacia una esquina de la cancha, celebrando; con las negras.

Cuando se acaba el partido voy por algo de tomar a la cocina. Encuentro a mi mamá trabajando en el comedor, preparando sus clases.

¿Ma, vos crees que me puedan dar el Mp3 de cumpleaños?

Habrá que ver, me dice, en esta ciudad a los profesores no les pagan lo que se merecen.

XII

Mi mamá me pide que vaya a la portería por una gaseosa.

No puedo bajar, le digo.

¿Por?

No puedo, repito.

Y ella: no te lo estoy pidiendo, dice, y sale de mi cuarto.

Entonces me pongo los Croydon por si necesito correr. Bajo. Me encuentro con Andrés, Daniel y Luisfer en el palo de mangos. Me preguntan por qué no había vuelto a bajar. Les digo lo que siempre les digo, que he estado estudiando.

Los tres tienen tenis nuevos, Nike.

¿Cuándo los compraron?, les pregunto.

Nos los regalaron, contesta Andrés.

¿Quién?

El papá de Amed.

Si hubieras bajado también te habrían comprado unos, dice Daniel, y luego me cuenta que el papá los había llevado a la rueda, a cine, y que como ellos estaban cuando le compraron unos tenis a Amed, el papá le compró a todos los que estaban.

Tiene un bolsito lleno de plata, agrega Luisfer.

¿Y Amed?, pregunto yo.

El papá se lo llevó a Miami de vacaciones, vuelve en una semana, responde Daniel.

Intento disimular mi emoción. ¿Qué van a hacer ahora?, les pregunto.

Vamos a armar un partido, me contesta Andrés, ¿jugás?

Quedo de verme con ellos en la cancha después de almuerzo.

Para volver a bajar, me dice mi mamá, antes tenés que organizar tu cuarto y ayudarme a lavar la loza. Eso me retrasa. Cuando llego a la cancha ya están armados los equipos, dos de seis, y tengo que sentarme a esperar a que alguien me dé cambio para jugar.

Estoy viendo los carros que pasan por la Guadalupe cuando se me sienta al lado.

¿Todo bien?, me saluda.

Es Amed. Sonríe. El resto sigue jugando fútbol mientras hablábamos.

Pensé que andabas en Miami con tu papá, le digo.

Les pedí que te dijeran eso cuando te vieran porque necesitaba hablar con vos, me dice, y luego se voltea para mostrarme la parte de atrás de la cabeza. Tiene una raja larga, con cinco puntos. Le dije a ellos que me la hice persiguiéndote, que me caí. Si les decís lo de la piedra, te mato. ¿Claro?

Sí.

Vemos el partido un rato, en silencio.

¿Lo de los tenis sí fue verdad?, le pregunto.

Los tuyos los tengo guardados, me responde.

Uno de los que juega pide el cambio. Ahmed se para, se acomoda los guayos y entra a pesar de que es mi turno.

No digo nada, espero.

La veo a lo lejos cuando me paro a estirar. No sé si es Michelle o Valentina la que está en el balcón de su apartamento, viéndonos jugar. La saludo con una mano. Ella, apenas se da cuenta, se mete en su apartamento.

Por fin estoy jugando cuando suenan los tiros.

En la calle seguimos a la gente que también busca al muerto. Llegamos a la tienda del barrio, en toda la esquina, en donde se la pasan los borrachos de la cuadra.

Un man le sigue apuntando con un revólver al cuerpo de Roberto. Le dice: a tirarle besos a tu marido, maricón de mierda. Lo escupe, lo pateo.

Yo me acuerdo de un chiste, se lo digo a ellos entre la gente: a una loca se le apareció un genio. Tienes tres deseos. Quiero plata. Concedido, dijo el genio. Quiero hombres. Concedido, dijo el genio. ¡Ay, tengo plata y hombres!, ¡me quiero morir!, y comencé a gritar como hacía Roberto, amanerado, en medio de toda la gente.

¿Y qué dice el genio?, pregunta Mateo. Todos esperan a que le conteste, entre risas.

Concedido, digo.

Todos estallan.

XIII

Es de noche. Desde el balcón de mi apartamento puedo ver la piscina, las sombras del agua como estrías en los azulejos del fondo. Alguien nada.

Cuando lo reconozco ya va a medio camino de su bloque. El Tigre camina por el andén que bordea la piscina, lleva unas cajas. Desde acá puedo ver la cadena de oro que le cuelga del cuello, los brazos viga. A ellos no puedo verlos, no los escucho. Puede que estén en un apartamento viendo una película, jugando play.

¿Vamos?, me pregunta mi papá. Es mi cumpleaños y vamos a comer hamburguesa por la novena para celebrar. Mi mamá no viene porque se quedó con mi abuela que está enferma.

¿Seguro que no querés invitar a nadie?

No, pa.

El restaurante queda en la calle, las mesas las ponen en el andén. Mi papá se sienta de espaldas a la novena.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No, le contesto, mañana comienzo; no es tanto.

Él parece molestarse. Menos mal el mesero nos interrumpe, nos da los menús. Antes de irse le habla a mi papá, le pide que se cambie de puesto.

Es que pueden confundirlo si se sienta de espaldas a la calle, le dice.

Mi papá lo mira sin entender, sigue en su puesto.

Ayer pasó en el restaurante de al frente, mataron al que no era.

¿Y cómo sabe que lo confundieron?, pregunta mi papá.

Eso dicen, contesta, eso me dijeron. Es una recomendación.

Después de que el mesero se ha ido mi papá no habla. Pasa un minuto, y entonces se cambia de puesto. Se sienta de frente a la calle como están todos en el restaurante.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No le contesto. No hace falta. Inmediatamente cae en cuenta de que se está repitiendo, entonces me pregunta si sé contra quién es el próximo partido del América.

Le digo: contra el Cali. El Tigre no puede jugar porque está suspendido. En el último partido se quitó la camiseta en la celebración. Le sacaron la segunda amarilla.

De vuelta a casa, en el carro, mi papá me da mi regalo. Lo abro, es un Mp3.

¿Qué pasa?, ¿no te gustó?

Sí.

¿Entonces?

Le digo que no siento merecerlo. No le digo la verdad, lo que me preocupa. Que ayer, después de casi tres semanas, Michelle y Valentina respondieron a mi carta con otro papelito en mi puerta:

¿Quién sos? gracias por lax chokolatinas besos!!!!

Que esa pregunta es la que me viene rondando desde ese momento. ¿Quién soy? Podría decirles que soy el que maneja la música cuando ellos están en la piscina, el del 301 F, el que no puede tocar el agua porque perdió el tímpano buceando con tiburones. Algo, cualquier cosa, para sorprenderlas, para convencerlas de que bajen a una hora en la que ellos no puedan verlas. Solo yo.

*

JUAN JOSÉ CUÉLLAR

CUENTO NO.2

Diario de un hombre que va al gimnasio

Nota de la exnovia del autor

Estas páginas contienen en su mayor parte mentiras –no creo que él haya ido al gimnasio ni siquiera un día–, pero he decidido hacerlas públicas porque son una prueba irrefutable de su infidelidad y de sus pésimas aptitudes como escritor. Encontré el diario en su computadora cuando ya sospechaba que sus supuestas idas al gimnasio excusaban otros rumbos oscuros –salía de la casa en pantaloneta y tenis, regresaba cansado, bañado y extrañamente de buen humor–. Espero que esta publicación: 1) impida que él alguna vez encuentre otra pareja estable, 2) lo lleve a tener problemas con sus familiares y amigos, y 3) frustre su anhelo de una carrera literaria seria y exitosa. Las personas que se sientan afectadas por el contenido de este texto están en su pleno derecho de emprender acciones legales contra el autor; a él ni le importó cuando le dije que todo el mundo leería esto.

Te dije que me la pagarías, hijo de puta.

Diario de un hombre que va al gimnasio

Febrero 28 de 2017

Todavía no he ido –me falta conseguir el calzado adecuado–, pero creo conveniente empezar desde ya el “Diario de un hombre que va al gimnasio”.

Escribo esto en una aplicación que descargué en el celular hace un momento y que precisamente sirve para llevar un diario. Llegué a esta aplicación porque antes llevaba un diario manuscrito titulado “Diario de un bueno para nada”, del cual no conozco a nadie que entienda la letra, incluyéndome, y me pasó que anteayer tuve la necesidad imperiosa de escribir una entrada pero resulta que había olvidado cargar el cuaderno –estaba en un bar–, por lo que decidí escribir desde el celular un correo electrónico dirigido a mí mismo. Estaba borracho y escribía con fluidez, se trataba sin lugar a dudas de las mejores páginas de la literatura universal o, al menos, eso me parecía. En el momento de enviar el correo una mesera me interrumpió para preguntarme si deseaba algo más y no sé qué pasó

pero lo que tenía escrito se borró, lo borré: las mejores páginas de la literatura universal pérdidas para siempre. Le dije a la mesera que por favor trajera la cuenta y que no incluyera el servicio. Pagué y me marché chocando contra las paredes.

Ayer, de guayabo, pasé el día entero intentando recordar lo que estaba escribiendo pero no hubo caso; me distraía pensando en lo que mi mamá me llamó a contar y es que mi tío se va a divorciar porque lo cogieron poniéndole los cachos a la esposa. Se dice que conoció a la moza en el gimnasio que queda cerca de su casa. Se dice que la esposa pagó un detective y que luego se enamoró perdidamente de él.

La aplicación me gusta: la interfaz es bonita, lleva la cuenta del número de entradas, se puede acompañar cada entrada con fotos –hasta cuatro–, se puede cambiar el tipo de letra, se puede activar una alarma que te invita a escribir sobre lo que te pasó en el día y tiene la ventaja frente al diario manuscrito de estar siempre a la mano. También me gusta que se puede activar un código de acceso, es decir, se le puede poner clave al diario –ya lo hice–, lo que me recordó que a mi hermana, cuando era niña, le regalaron un cuaderno que tenía un candado diminuto a un costado; recuerdo que me robé la llave.

Marzo 1 (Miércoles de Ceniza), Sesión I

Hoy fui al gimnasio por primera vez en mi vida y estoy muy cansado, muy cansado. No puedo pensar, no puedo escribir. No creo que regrese si esto me va a pasar siempre. Prometo escribir mañana mis impresiones al respecto. Además, están dando un maratón de todas las películas de Rocky –escribo esto durante comerciales– y siento una especie de obligación por verlas todas.

Marzo 3

Pensaba que no iba a volver pero aquí estoy, en la cafetería del gimnasio, tomando un jugo de naranja, con el espíritu renovado gracias a las películas de Rocky y específicamente gracias a sus

secuencias de entrenamiento. Voy a escribir lo que me pasó en la sesión uno y después entro al gimnasio, ya que temo confundir las impresiones de cada día y precisamente esto es lo que se trata de evitar al llevar un diario, aunque, ahora que lo pienso, primero debería contar lo que me acaba de pasar en el camino, lo cual me parece que fue algo extraño y lo tengo fresco.

Me encontré con M en la calle y me saludó de abrazo, no me lo esperaba. Me preguntó que qué hacía, que en qué andaba. Le dije que nada, que iba para el gimnasio. Me dijo que ella iba todos los días desde hace cinco años pero que iba a otro gimnasio, uno cerca de su casa –cuando dijo esto miré su cuerpo de reojo y a pesar de que llevaba una chaqueta inmensa no me cabía la menor duda de que estaba en forma–. Le dije que era la segunda vez que iba, que me preocupaba mi obesidad. Me tocó la panza y dijo que no estaba gordo, pero estoy seguro que mintió, ya me ha pasado. Le pregunté por su novio, un amigo de un amigo, y me dijo que había terminado, que estaba entusada. Le dije que qué pena. Me preguntó que qué voy a hacer el próximo miércoles. Le dije que nada, que estoy buscando trabajo y que tengo mucho tiempo libre. Me dijo que ese día es su cumpleaños y que estaba invitado. Me dio su número y agregó que le gusta el tequila. Le dije que no sabía qué hacer con esa información. Se rió y se despidió de abrazo.

El miércoles pasado, día de la primera sesión, fue muy raro y no lo digo por la cruz de ceniza que llevaba la gente en la frente y que en el gimnasio a varios les terminó por manchar el resto de la cara. Después de llenar un formulario, el tipo del mostrador, un tipo grandote, me preguntó cuáles eran mis motivos para entrar al gimnasio. “Por salud”, mentí. No podía decirle que tenía demasiado tiempo libre y que eso preocupaba a mis allegados y que ir al gimnasio era la excusa perfecta para justificar mis días. Tampoco podía decirle que era para mejorar mi desempeño sexual, aunque creo que me estoy equivocando de palabra porque mi desempeño sexual no ha sido puesto a prueba desde hace mucho e ignoro en qué nivel está, pese a que siempre he pensado que es aceptable –no sé por qué escribo esto, de todas maneras nadie lo va a leer–, y que más bien lo que espero del gimnasio es mejorar mi aspecto físico, pues me he

sentido constantemente rechazado y observado por mi gordura. Seguramente esto está relacionado con el desconocimiento que tengo del nivel actual de mi desempeño sexual.

El tipo me entregó la siguiente papeleta:

PLAN DE ADAPTACIÓN MASCULINO SESIÓN 1 EJERCICIO		
Sala		Dosificación / tiempo
CARDIOVASCULAR		
Cardio	Banda	10 min
OSTEMUSCULAR		
Colchonetas	Cuádriceps: Sentadilla	3 series 15 repeticiones
	Pectoral: Push up	
	Dorsal: Remo con Thera Tubo	
	Hombro: Elevación frontal con Thera Tubo	
	Cuádriceps: Tijera	
CORE Y PROTOCOLO		
Colchoneta	Core #5	3 series
	Protocolo de cadera-alcances	15 repeticiones
ESTIRAMIENTOS		
Colchoneta	Planilla: 1-2-3-4-5-6-7-9	2 series 20 repeticiones

Leí con detenimiento el plan: tenía muchas preguntas. Le dije al tipo del mostrador, el tipo grandote, que no me acordaba cuál era el cuádriceps y cuál era el tríceps, que qué es un Thera Tubo, que qué traduce *push up*, que cuál es la diferencia, si es que hay

una, entre tijera y sentadilla –no sé por qué yo juraba que eran lo mismo–, que qué es Core, que cómo se pronuncia, que cómo es el protocolo de cadera-alcances, que no entendía los números de la parte de los estiramientos –dijo que en cada sala había una planilla con imágenes numeradas de cada estiramiento–. Le dije que si podía hacer mejor 15 series de 3 repeticiones, pero al parecer no entendió el chiste, que hasta cuándo dura el proceso de adaptación, que no sabía que el hombro era un músculo, que cuándo voy a poder ir a la sala de pesas, que qué pasaba si no cumplía con el número de repeticiones, que qué pasaba si hacía más minutos en la banda, que si era posible tener un entrenador personal. Le dije, además, que no me sentía preparado, que dónde podía dejar mis cosas, que, dado algún accidente, cómo se cancela la inscripción, que si ha habido gente que se ha accidentado y que qué les pasó, que qué hicieron mal.

Me cambié, dejé las cosas en un casillero y entré en la sala de cardio. Me subí a la banda o caminadora, como creía que se llamaba, y en ese mismo instante reconocí que también esperaba del gimnasio la oportunidad de conocer gente, una mujer, un poco al estilo de lo que le pasó a mi tío, pero esto fue lo primero que descarté que sucedería: cuando empecé a caminar las gafas se me empañaron y las tuve que guardar en el casillero. Quedé prácticamente ciego: no podía distinguir si la persona que estaba a mi lado era un hombre o una mujer.

Después del calentamiento fui a la sala donde están las colchonetas. Cuando entré di aviso de que era mi primera vez y el instructor, un tipo alto, trigueño, peinado hacia atrás con gel, con la cruz de la frente intacta y con un lunar en el cachete, me dijo que eso se notaba porque no traía ni la toallita ni la hidratación necesaria. Dijo que por hoy me dejaba entrar. Empecé los ejercicios y no paré de quejarme ni un sólo momento. Cuando intenté hacer lagartijas, o *push up* como las llaman aquí, ignoro con qué fin, logré hacer cuatro seguidas y después de a dos. Cuando me faltaba una para completar la primera serie de quince me dejé caer en la colchoneta y pegué un grito de dolor. Oí una risa a mi costado. Era una joven de pelo liso y castaño, bonita, delgada, la piel blanca, vestía

un buzo morado que le quedaba grande y una licra negra; los tenis también eran morados. Se reía de mí. Iba a hablarle y a devolverle una sonrisa cuando una gigantesca gota de sudor salió de mi frente, cayó en cámara lenta y se estrelló contra la colchoneta formando un charco y haciendo un estruendo que se oyó en toda la sala, por encima de la música de fondo –un reguetón–. La joven hizo una mueca y giró su rostro hacia la pantalla del celular. Ahora que escribo esto, quizás para que mi autoestima no se vea tan gravemente afectada, quiero creer que ella se rió en primer lugar de algo que había visto en el celular, no sé, ahora cualquier cosa hace reír, y no de mi caída y posterior grito.

Continué los ejercicios como si nada hubiera pasado, decidido a completar todas las series de todos los ejercicios, pero desde ese momento entendí la función de la toallita. El ejercicio llamado “Remo” consistía en simular el movimiento de un remo con una cuerda de caucho que estaba anudada al pasamanos –luego vine a saber que esa cuerda es el famoso Thera Tubo–. Fue la primera vez que sentí un dolor en aquella parte del cuerpo: el dolor de hombro. Se puede decir que no sabía que el hombro era un músculo, para mí siempre había sido el lugar donde se juntan dos huesos. En este momento siento el hombro entumecido y ya empiezo a cansarme de escribir, puede que no entre al gimnasio.

En algún momento de mis ejercicios con el Thera Tubo la joven del buzo morado se levantó de la colchoneta y se fue. Después del accidente de la gota no había vuelto a verla. En la colchoneta en la que ella había estado había algo que no podía reconocer, parecía una servilleta. Cuando estaba al final de la sesión, en los estiramientos, me fijé que se trataba de unos audífonos. Los recogí y se los entregué al instructor. Salí disparado hacia los vestidores y me quedé un rato parado frente al de mujeres esperando a que saliera la joven del buzo morado para decirle lo de los audífonos. Mi espera fue en vano: ella ya se había ido. Volví a la sala de colchonetas y pregunté si la joven había regresado. Cabizbajo ante la negativa vi una pesa en el suelo. Me saqué los zapatos, a pesar de las medias rotas, y descubrí que peso 89 kilos. El instructor se acercó, me preguntó mi

estatura y concluyó que debía llegar al menos hasta 79. Diez kilos de más. El instructor dijo que no era mucho, que no estaba tan gordo como yo aseguraba y que si ya había pedido la cita médica para mi valoración.

Marzo 5

La anterior entrada fue muy extensa y me dejó agotado, sin aire. Finalmente no entré al gimnasio y me fui a comer. En la noche, el sentimiento de culpa no me dejó dormir. Como de costumbre, volví a odiarme. Trataba de consolarme diciendo que al menos había escrito, nada de valor literario, pero había escrito y eso era también un ejercicio.

Ayer fui a un supermercado y me compré la toallita y una botella de plástico para la hidratación. Me demoré mucho escogiendo la toallita. Había muchas, de todos los colores, y todas costaban lo mismo. Estaba entre una toallita morada, como un guiño a la joven del buzo morado, una blanca, la cual, si no vuelvo al gimnasio la puedo colgar en el baño del apartamento, y una azul. Después de pensarlo mucho decidí llevar la azul porque combina con los tenis que tengo. En esta actividad se me fue toda la mañana. En la tarde fui al gimnasio. Lo primero que hice, antes de cambiarme, fue preguntar al instructor si la joven había reclamado los audífonos y dijo que sí, que había regresado cinco minutos después de que yo me había ido. Me cambié y el tipo del mostrador, el tipo gigante, me dijo que no pensaba que yo iba a volver, que la mayoría como yo sólo iba una vez. Le pregunté que quién era la mayoría como yo. Dijo que la gente con aire intelectual. Todavía me pregunto si eso fue un insulto, un chiste o un elogio. El tipo me entregó la siguiente papeleta:

PLAN DE ADAPTACIÓN MASCULINO SESIÓN 2 EJERCICIO		
Sala		Dosificación / tiempo
CARDIOVASCULAR		
Cardio	Stepper	10 min
OSTEMUSCULAR		
Piso 2 Máquinas	Cuádriceps: Prensa horizontal abierta	3 series 15 repeticiones
	Tríceps: Push Down lazo	
	Glúteo: Abducción cadera máquina	
	Pectoral: Chest Press abierto	
	Gemelos: Plantiflexión máquina	
	Lumbar: Ext lumbar máquina	
ABDOMEN Y PROTOCOLO		
Colchoneta	Elevación	3 series
	Protocolo alemán	15 repeticiones
ESTIRAMIENTOS		
Colchoneta	Planilla: 8-10-11-12-13-14-15-17	2 series 20 repeticiones

Leí la papeleta y, antes de que hiciera nuevamente un montón de preguntas, el tipo me dijo que lo que siempre recomendaba a los nuevos cuando entraban por primera vez a la sala de máquinas era no exagerar con los pesos, que ahí no estaba compitiendo contra nadie, que sólo yo conocía los límites de mi cuerpo, que lo principal en las primeras sesiones era conocer el propio cuerpo. Mi cuerpo.

Las uñas de los pies merecen ser cortadas desde hace varias semanas. En la uña del dedo gordo del pie derecho tengo un morado, más

oscuro que el buzo de la joven, que ha ido desapareciendo a medida que crece la uña pero que todavía le falta un poco para hacerlo del todo. El morado me salió después de un pisotón jugando fútbol. Viéndome los pies recordé que alguna vez le oí decir a alguien que el pelo en los pies estaba directamente relacionado con el mal olor. Mis pies siempre han sido peludos y grandes y ya me aburrí de combatir el mal olor. Todos los días me echó un aerosol que dice que es antibacterial y antitranspirante pero no veo –huelo– los resultados. Mis piernas son negras, oscuras, como quemadas, y peludas, y entiendo que tuvieron su atractivo en el pasado. Siguen siendo fuertes pero ya no tienen ese atractivo. Los muslos se vuelven blancos de un momento a otro, no hay una raya, una marca, un límite, simplemente en pocos centímetros pasamos del color oscuro de las piernas a los muslos blancos y todavía peludos. No me gusta cortarme el vello púbico porque después me pica, por lo tanto hay varios pelos que son casi igual de largos que mi pene no circunciso. Tengo barriga y flotadores, parecen tener vida propia. ¿Dónde está la chocolatina de mi adolescencia? El tronco es más bien oscuro con mucho pelo en el pecho y abajo del ombligo. El ombligo es hondo pero no tan hondo, una moneda cabe ahí. Creo que se puede considerar que tengo tetas, más que varias amigas. Los dedos de las manos son largos, como de pianista, pero torcidos por mi pasado en el básquet. Me corté las uñas, creo que el domingo pasado, y lo hice muy al ras, el otro día me salió sangre. Las manos están secas y mis nudillos nunca han peleado en serio.

Tengo mucho pelo en las muñecas, el cual empieza a esparcirse a medida que el brazo sube. El antebrazo y el bíceps son de vergüenza, sobre todo el bíceps, que si lo doblo y hago fuerza no cambia de aspecto. Me ha empezado a salir papada, una que recuerda a la de Jabba el Hut de *La guerra de las galaxias* –el gusano grandote– y de la que fácilmente un niño se podría colgar. El rostro es difícil de describir pero digamos que lo primero que reluce son los innumerables lunares. La mayoría están del lado izquierdo. Uno está casi en el centro de la frente. Dos están sobre la ceja. Uno en el hueso del pómulos. Otro junto a la nariz. Uno encima de la boca, debajo de la fosa de la nariz pero más cerca al labio. El más grande está en el mismo lugar en el que lo tenía Marilyn Monroe. Tengo

otros dos casi llegando a la quijada. Todo esto en el lado izquierdo. En el derecho tengo uno donde está la entrada del pelo –no soy calvo ni creo que lo vaya a ser pero ahí hay un espacio donde está el lunar–. Tengo otro en la ceja, más cerca al parietal, a un centímetros de donde la gente se pone un piercing. No tengo lunares simétricos, es decir, un lunar que tenga su correspondiente al otro lado de la cara, pero tengo uno pequeño que está casi en el mismo sitio que el de Marilyn Monroe, pero no, está más cercano a la nariz. Cejas pobladas. Orejas sucias. Pestañas largas. Nariz chata y llena de puntos negros. Ojos cafés. Pelo negro pero no tan negro. Me intento peinar de lado pero tengo un remolino que hace que el pelo salte. Una cicatriz en la frente; una línea horizontal de unos cuatro centímetros que me hice de niño por no amarrarme los zapatos. Casi olvido decir que la nariz tiene una montañita, pero no es tan grande, ni siquiera mediana y que tengo ahí unas cuantas pecas. También casi olvido decir que soy curco –jorobado– y que seguramente si llego a viejo tendré giba, como los camellos. Los cachetes están alfombrados con una barba de tres días. Dizque alfombrados.

En la sala de máquinas me encontré a un compañero del colegio, quien tenía fama de ser bruto. Había perdido dos veces seguidas octavo y terminó en nuestro grado. Se graduó con nosotros pero siempre al límite, siempre pidiendo ayuda. Me dijo que había decidido no ir a la universidad y se había puesto a trabajar. Después del incómodo saludo le dije que tenía afán y fui a la máquina para hacer pectorales. Se acercó y me preguntó si podíamos compartir la máquina, que él también quería trabajar sus pectorales. Le dije que bueno. Se sentó e intentó con el peso que yo estaba haciendo y se rió por lo debajo. Mientras yo me secaba el sudor, él puso una buena cantidad de peso –recuerdo el sonido de las pesas cayendo–, e hizo los movimientos como si nada. Cuando fue mi turno, por no quedar mal, traté de levantar el peso que él había puesto y no pude. Con resignación, con vergüenza quité las pesas.

Marzo 8

Hoy fue el cumpleaños de M y antes de ir leí todo lo que encontré en Internet sobre el tequila. Cuando llegué al supermercado ya había olvidado todo y las distintas marcas y tipos se me hacían confusos. Consulté mi billetera y dije que pagaría la que se ajustara a mi presupuesto, ni un peso más ni un peso menos. Cuando llegué al cumpleaños yo era el único hombre y M no me saludó de abrazo, al contrario, estuvo distante. Me quedé hasta el final, le pregunté que qué le pasaba y dijo que había hablado con su exnovio y que se sentía mal. Le pedí que me contara y me dijo que no, que prefería que yo le contara cómo me estaba yendo en el gimnasio. Le conté la experiencia con mi compañero del colegio, el bruto, le hablé de lo complicado que me parecían los nombres de las máquinas, del dolor del cuerpo y le dije, le mentí, que lo que me gustaba del gimnasio era la sensación de superarse a uno mismo, de sentir que lo que se hace es para uno y nadie más, que uno es su propia competencia y que no había nada más satisfactorio que ver cómo el propio peso va reduciéndose. Le dije que el cuerpo es como un manuscrito. Ella me dijo que pensaba lo mismo, que ir al gimnasio era el espacio con el que se conectaba con su propio cuerpo, que le había permitido conocerse, que en ese espacio se sentía fuerte, que en ese espacio se olvida de todos y sólo tenía ojos para ella misma. Dijo que su propio cuerpo era su principal preocupación, que estaba como obsesionada. Le dije que yo también. Luego habló que el cuerpo también era una forma para conocer a los demás y enfatizó que no sólo se refería al aspecto sexual, aunque sí, que la gente dice más con caricias que con palabras. Después de mucho hablar bostezó y dijo que estaba cansada. Le dije que yo también. Me preguntó que qué iba a hacer el viernes y le dije que no tenía planes. Me dijo que si quería acompañarla a una fiesta, que le encantaba bailar. Le dije que bueno. Me dijo que cayera a su casa antes y que ese día sí nos tomábamos el tequila.

Marzo 10

Llegué a la casa de M y decidimos no ir a la fiesta sino a cenar. De ahí fuimos a un bar que es muy agradable para hablar, pedí cerveza y ella agua. Hablamos un montón de tiempo. No sé qué rumbo tomó la conversación pero M dijo que yo le gustaba y que eso no le pasaba desde hace mucho tiempo. Yo le dije lo mismo, que ella me parecía hermosa, que me gustaba mucho. Beso. Fuimos a su casa. Más besos.

Marzo 25

He dejado descuidado el diario, pero eso no significa que haya dejado de ir al gimnasio ni que haya dejado de escribir, de hecho, estoy escribiendo mucho. La mayor parte del día me la paso chateando con M y he tratado de darle un toque literario a nuestra conversación. Hace mucho no me sentía tan creativo. He ido al gimnasio regularmente, unas seis veces desde la anterior entrada, y se debe no a un interés real por sentirme mejor conmigo mismo, no creo que eso se pueda, sino a que alimenta mis conversaciones con M. Ella me comenta sus rutinas y yo las mías. Le cuento cosas como que descubrí que mi rendimiento en el gimnasio depende enteramente de la música: con electrónica me desánimo, con reguetón hago un buen trabajo y que cuando no hay música, cuando por alguna razón no hay nada sonando y sólo se oyen los quejidos de las otras personas logré mi tope. Comparamos también con M nuestra resistencia con distintos ejercicios, por ejemplo, en lo que llaman planchas, que es permanecer el mayor tiempo posible sosteniéndose con los antebrazos y la punta de los pies, he logrado permanecer en esa posición un minuto, M, su récord, es siete minutos. Impresionante. Vuelvo al diario porque hoy me encontré a mi tío en un evento familiar. Nadie le hacía caso, todos lo ignoraban y hablaban a sus espaldas, yo fui el único que se sentó a charlar con él. Hablamos del gimnasio naturalmente y a pesar de que ha pasado por momentos muy difíciles yo lo vi muy feliz, muy enérgico, complacido con su vida. No sé qué pensar de la infidelidad pero entiendo a mi tío. Su historia, la cual merece al

menos un cuento, es esta: se casó con su primera esposa y tuvo una hija, mi prima. Se separó y luego se casó con la señora que le pagó un detective. Antes de que sucediera esto vivieron unos diez años juntos. No sé cómo se conocieron y no importa. En esa casa vivían él, la esposa y las dos hijas de la esposa. Las hermanas eran muy distintas. La mayor era una buena para nada. Había entrado a estudiar creo que fotografía y decía que se iba a clase pero la verdad se iba por ahí creo que a fumar marihuana y a meterse en problemas. La otra hija era el orgullo de la casa. Estudiaba medicina y le iba muy bien: buenas notas, reconocimientos, etc. Un día la hermana menor anunció que estaba embarazada, justo antes de hacer el internado. Fue toda una noticia porque si era de esperarse un embarazo no deseado era por parte de la mayor. Al comienzo me imagino que fue difícil pero luego la apoyaron. Un día llegó con la noticia de que iba a tener gemelos y que el parto estaba programado para una fecha en específico. Una semana antes de la fecha del parto programado dijo que se sentía mal. La llevaron al hospital, entró en urgencias y pasó la noche allá. Mi tío estaba en la sala de espera, mordiéndose las uñas; cuando vio al médico le preguntó que cómo estaban los bebés. El médico vio con cara de extrañeza a mi tío y le preguntó que cómo así y él le repitió que cómo estaban los bebés. El médico revisó sus papeles y le informó a mi tío que la paciente efectivamente estaba embarazada, pero de un bebé y que este no tenía sino unos cuatro meses. No puedo imaginar la cara de mi tío. Le dijo que se estaba equivocando, que ella les había dicho que estaba embarazada hace ocho meses y que iban a ser gemelos.

La hipótesis que se maneja es que, en primer lugar, la hermana menor tenía problemas con el novio y puede que le haya mentido que estaba embarazada porque estaban a punto de separarse. Cuando se dio cuenta de que efectivamente esto había ayudado a su relación decidió quedar embarazada en serio. La otra hipótesis es que ella sí estaba embarazada de gemelos pero los perdió y como todavía quería amarrar al novio volvió a quedar embarazada, solo que esta vez no eran gemelos. Repito, todo esto son hipótesis. Mi tío, quien había pagado la universidad y mantenía a la familia, se sintió engañado por tantas mentiras. Me lo imagino saliendo de la casa, diciendo que se iba para el gimnasio como única excusa

para no estar en el mismo sitio que su esposa y que sus hijastras. Se enamoró en un gimnasio y me imagino que hizo todo lo posible para que la esposa le pidiera el divorcio, ya que él no quería hacer parte de esa farsa. Por eso lo veo tan bien. Creo o quiero creer que él entendió que la infidelidad es un camino para otra vida, para una nueva vida, que el gimnasio, que el tener otro cuerpo es parte de esa nueva vida.

Marzo 26

No tengo nada en contra de la superación personal.

Abril 2

Hoy descubrí que se puede descargar la aplicación del diario también en el computador y que se puede sincronizar con el diario del celular. Sería curioso ver si el estilo de las entradas cambia dependiendo si escribo en el computador o en el celular. En primer lugar la sensación de velocidad es distinta: con el teclado del computador obviamente escribo más rápido y puedo corregir errores de digitación mucho más fácil –con el celular me cuesta porque hay que señalar la letra del error y a veces no le atino–. También me gusta que ahora no tenga un autocorrector como en el teclado del celular, el cual a veces hacía cosas chistosas como poner “Karla” en vez de “Kafka” y otras cosas que me molestaban como poner tilde en todos los “que”. No me quiero vanagloriar de mi ortografía pero en ese sentido el diario en el computador no me hace correcciones que la versión del celular sí. Dado que es más fácil hacer correcciones también me demoró más cuando escribo en el computador; las entradas desde el celular son más espontáneas, no tienen tanta relectura y reescritura.

Abril 6

He dejado de ir al gimnasio. Creo que por el agotamiento o porque está haciendo mucho frío se me bajaron las defensas y los últimos

días he padecido una gripa que, por ejemplo, ayer no me dejó rendir satisfactoriamente cuando jugué fútbol. Anoto esto porque leo con recelo todo lo que escriba bajo el efecto de síntomas como el malestar general, el dolor de cabeza, los mocos, la tos, etc. A eso de las cuatro de la tarde se fue la luz, la electricidad. Ahora estoy en mi cama, cobijado y tenía unas ganas de escribir lo que sea porque estoy aburrido, pero mi celular se descargó y no podía hacer una entrada desde ahí y tenía pereza de buscar en la oscuridad el computador y exponer los pies al frío del suelo. Pero aquí estoy, escribiendo. No tengo en mente ningún pensamiento en especial, sólo estoy aburrido porque no puedo ver televisión, no puedo meterme a Facebook a ver fotos de exnovias, no puedo recibir llamadas, no puedo chatear, no puedo leer periódicos deportivos, no puedo oír música, no puedo ver videos de goles y no tengo sueño. Imagino que mis vecinos se fueron a dormir con la incomodidad de hacer todo a oscuras o puede ser que lo hayan hecho todo con normalidad porque sí estaban abastecidos de velas, no como yo. Estaba tratando de dormir y traté de hilar un monólogo interior coherente que desembocara irremediabilmente en el sueño pero nada, terminé buscando el computador, el diario. A nivel formal esto sería interesante: escribir para poder dormir, escribir para aburrirse y que dormir sea más fácil, escribir para inducir el sueño. Escribí lo mismo de tres maneras distintas. Otra diferencia que me acabo de percatar entre escribir en el celular o en el computador es que en el computador la aplicación te dice el número de palabras de cada entrada. Al final de esta oración habré escrito más o menos 380, exactamente 384, pero está el riesgo de que cuando haga correcciones, si es que las hago, aumente o quite palabras y esto haría que tenga que cambiar la cifra que he dicho que hay. Me propongo escribir mil palabras en esta entrada para guardarla e irme a dormir. Quizás mil son muchas y sea mejor 750. De todas maneras escribiré al final el número de palabras que dice la aplicación que hay escritas. Pero no sé de qué hablar. Puedo hablar de cualquier cosa: que escribo porque no tengo sueño y porque estoy aburrido o porque me siento solo, pero todo esto ya lo dije. Miro el número de palabras y siento que no avanzo, que se me hacen muy lejanas las 750 o mil palabras y que a pesar de que hace poco dije que no tenía sueño, pues ya lo empiezo a sentir, pero ahora me veo en la

necesidad de llegar a cualquiera de esas dos cifras. Otra cosa que había visto que está en la versión del celular y que acá también está pero que no me había detenido a pensar es que cuando inicio una entrada en el encabezado aparece la hora exacta. Al final, cuando guarde esta entrada se mantendrá esta hora pero nunca dirá cuánto tiempo me tomó escribirla y corregirla. Por ejemplo, esta entrada la empecé a las 22:36 y en el momento en que escribo esto son las 23:07. Esto explica que ya tenga sueño y que el diario sí haya funcionado para inducir el sueño. Me sorprende que más bien he escrito con relativa facilidad y velocidad lo que va de la entrada y me sorprende que haya pasado tanto tiempo. Todavía estoy como a cien palabras de las 750 y ya quiero dejar de escribir. Quiero llegar ya a esa cifra para poder releer lo que llevo escrito, hacer las correcciones y dormirme.

Tengo sueño, quiero dormirme pero no sé si quiero despertarme mañana, no es que tenga un pensamiento suicida o algo así, si no que no tengo planes, nada que hacer, ya que M está de viaje. Podría ir al gimnasio, pero ya no tengo por qué hacerlo. Imagino que me despertaré, desayunaré, tenderé la cama y me enfrentaré a un día en el que afirmo que tengo mucho que hacer: todos los cuentos que quiero escribir, pero que en verdad no escribiré, como ya me ha pasado, como me pasa. Me voy acercando a las 750 palabras y debo buscar una forma de cerrar esta entrada. Me acabó de pasar de las 750 y no sé si empezar a corregir hasta tener 750 o seguir derecho hasta las mil con el riesgo de que cuando llegué a las mil también me pase y eso signifiqué que también deba hacer correcciones algo forzadas. También podría dejar de escribir ya mismo, hacer las correcciones y escribir el número de palabras. Alguien dirá que para qué escribo el número de palabras si la aplicación ya lo dice y le recuerdo que en el celular, hasta donde me acuerdo, la aplicación no dice el número de palabras. Otra de las consecuencias de haberme pasado de las 750 es que ahora hay más que leer y más que corregir y ya quiero dormirme, así no tenga ganas de despertarme mañana y tomar decisiones sobre mi vida, la cual puede ser juzgada como ociosa en un sentido peyorativo. Me faltan cien palabras y definitivamente tengo mucho sueño. Lo que podría hacer es ir pensando en un cierre y más bien hacer

las correcciones mañana. Esto no lo había dicho pero uno puede hacer correcciones un mes después a una entrada, pero nunca se cambiará la hora en que la entrada empezó a llevarse a cabo. Hasta ahora he escrito 45 minutos, son las 23:20 y no puedo creer que me haya demorado tanto, sólo eran mil palabras, faltan unas cuantas, poca cosa. Ya casi. Número de palabras escritas, incluidas estas: mil.

Abril 3

Ayer y esta mañana me demoré un montón tratando de hacer que la entrada anterior tuviera mil palabras. Ayer tenía las mil palabras y me fui a dormir pero no me fijé en la hora. Esta mañana hice correcciones nuevamente, ya descansado, y siempre me faltaba o me sobraba una palabra, pero el trabajo ya está hecho, mil palabras, así haya fragmentos descaradamente forzados como la última parte. No la voy a volver a leer porque el ejercicio de corrección es infinito. Ya hay luz. Anoche estaba muy aburrido.

Mayo 16

Ya me iba a dormir pero me asaltó una preocupación. En estos días hubo algo así como el mayor ciberataque de la historia. La gravedad de la situación fue puesta en escena con la noticia de que se habían robado una película de Disney que no se ha estrenado y que los ciberdelincuentes pedían un millonario rescate. Cuando leí esto pensé en mi diario y en su eventual secuestro. ¿Cuánto me pedirían los ciberdelincuentes por el rescate? ¿Cuánto estaría yo dispuesto a pagar? No sé, pero la situación hipotética no me deja dormir.

Mayo 20

Llamo a M a preguntarle si hoy nos veíamos. Me dice que no y que mañana tampoco. Colgamos. Unos minutos después me llama. Ya no recuerdo lo que me dijo y eso que fue hace unos cuantos minutos. Dice que ella no puede darme lo que yo estoy buscando,

que no ha superado a su exnovio, pero que quiere estar sola. No quiere que sus emociones afecten a alguien más. Dice que estos días me ha evitado porque no sabía cómo decirme todo esto. Dice que igual podemos seguir siendo amigos y parchar. Dice que es evidente que yo tenía que llenar un vacío y por eso la busqué. Me quedo sin palabras, balbuceo, ella se da cuenta y dice si no es mejor que colguemos para que yo sane. Usa esa palabra. Colgamos. Me quedo viendo el techo largamente. Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. Pasan diez minutos. Silencio. Ya sabía todo esto. La llamo ahora yo. Le digo que ya digerí lo que me dijo. Le agradezco su sinceridad, le digo que se demoró un poco en decirme esto. Le digo que ha sido muy áspero, usé esta palabra porque ella la usaba mucho, conocer a otra persona. Le digo que las personas son más interesantes que los libros, que hace mucho no conocía a nadie nuevo, que siempre he sido muy prejuicioso con las personas, que las suelo encasillar en ciertas características, pero que ella me recordó lo profundo o complejos que son los otros. Le digo que obvio íbamos a seguir siendo amigos, que si necesitaba cualquier cosa podía contar conmigo, que yo era un amigo más. Le digo que no puedo dejar de decirle que me estaba enamorando, que había en juego ya sentimientos, que me iba a demorar pero que iba a tratar de olvidarla, que un defecto mío es que soy enamoradizo, que lo entrego todo. Le digo que ella me gusta mucho, pero mucho. Me dice que qué lindo. Le digo que yo no estaba de acuerdo en eso de que el vacío, le insisto en que me estaba enamorando. Le digo que un abrazo. Colgamos.

*

DIEGO ARMANDO PEÑA

CUENTO NO.3

Demolición

El teléfono sonará tres veces antes de que levantes el auricular. La llamada te traerá un ruego mezclado con anuncios:

–Por favor, primo, usted es el único con tiempo para cuidarla. Al menos háganos el favor hasta que vendamos la casa y logremos conseguirle a ella un apartamentico más cerca de nosotros, o hasta que mi mamá se muera. Puede que sea cuestión de días, según dicen los médicos.

Su última frase te quedará en los oídos. Esas palabras te inquietarán más en el taxi, cuando bajes la ventana y se una a ellas el ruido de la calle. ¡Puede que sea cuestión de días, según los médicos! Quizá el taxista notará tu fastidio y apagará el radio. En ese instante, cruzarán por el hospital en que naciste e imaginarás el momento: tu papá contigo en brazos, los chillidos incesantes del hospital y la calle. Un doctor acercándosele a su oreja.

–Puede que su esposa muera en cuestión de días.

¿O tu madre habrá muerto apenas te tuvo? La imagen se reproducirá en tu cabeza: tu papá abrumado de oír condolencias médicas toma un taxi y te arrulla entre lágrimas para no enterarse de los sonidos de la calle; de los de su memoria. La tía Adelita con quince años y calmada te recibe en la puerta de la casa; en su mano tiene el tetero para recién nacidos.

Sonreirás brevemente, y tal vez el taxista, al verte, creerá que ha sido bueno quitar la música. ¿Cómo se puede desahuciar así a una mujer como tía Adelita? Querrás responderte esta pregunta, pero terminarás recordando, o mejor, imaginando a tu madre que muere entre aparatos escandalosos, voces chillonas, calles bulliciosas y el llanto de su recién nacido. Como las imágenes que harás en tu cabeza no lograrán hacerte sentir algo por ella, buscarás afuera. Primero escucharás el sonido del motor, luego chasquearás los dedos y por último verás la sonrisa del taxista que intenta iniciar una conversación contigo. Aunque lleve de muerta tus 65 años de vida, desearás regalarle una buena emoción a tu madre, o por lo menos sentir su

ausencia, pero enseguida recordarás a la tía Adelita y la frenada del taxi frente a la casa te distraerá.

II

No será su cara demacrada, ni su calvicie y mucho menos que su piel apenas forre los huesos; será su olor a clínica lo que te impactará. Incluso, ese olor a baldosa blanca hará que se te escurra una lágrima; la limpiarás antes de terminar el abrazo con ella. ¿Dónde está el perfume tibio de tía Adelita? Querrás preguntarle a tu prima mientras la saludas, pero ella se irá de la casa luego de hablar rápidamente contigo. Aprovecharás la soledad para hablar con tu tía Adelita, pero ella cortará cualquier posibilidad de conversar diciendo, Manolito, siquiera vino a verme, o usted sí se parece harto a su papá. Quizá por pereza de tus primos ella todavía tendrá puesta la bata de la clínica, tú no se la quitarás hasta el día siguiente. Luego de comer, acariciarás su cabeza hasta que se quede dormida y aspirarás varias veces para encontrar su antiguo aroma. Fracasarás.

Probablemente tu tía Adelita, al saber que ibas a cuidarla, mandó a poner tu cama en el centro, y no pegada a la cortina, como le gustaba a tu papá. Recordarás, recostado en la cama, que te gustaba decir:

–Detrás de la cortina derecha tía Adelita y de la izquierda papá.

Pero ahora ya no necesitas decir lo último, ni mirar a la izquierda. Te vendrán a la memoria algunas frases de tu prima:

–Ya hizo metástasis... Estamos a punto de venderla... Mi hermano Hernando va a tomar mi parte de la venta para hacer un negocio en Holanda... Posiblemente me la devuelva con intereses...

Desearás seguir dándole vueltas a esas palabras, pero el olor a clínica que empieza a penetrar en tu cuarto te lo impedirá y te hará susurrar: “Olor a muerto”. De inmediato repasarás un momento: tu papá recostado en una camilla te dice:

–Mijo, lléveme a la casa.

–Tenemos que esperar –respondes y el olor a baldosa blanca disuelve su perfume a pino silvestre. A las dos horas él muere.

El despertador sonará al instante y tú revisarás un papel para saber cuál es la pastilla de las cuatro de la mañana. Después de dársela y antes de quedarse dormida, ella te dirá que ha pensado en los últimos días que la muerte da significado a la vida. Papá también se puso filósofo antes de morir, pensarás con cierto escalofrío y sonreirás con lástima. Antes de volver a la cama, aspirarás cinco veces en busca de ese olor perdido. Rendido te acostarás a su lado y te dormirás pensando que tu papá muere a las cuatro de la mañana con ese olor impregnado.

En la mañana, te despertarás con un sabor agridulce en la boca. Sin abrir los ojos recordarás una escena: tu tía Adelita prepara un chocolate y, antes de que hierva, le echa unas pepitas de polen.

Después de mucho moverla, tía Adelita se despertará y tú le preguntarás si para el desayuno quiere un chocolate agridulce, como a ella le gusta. Ella te dirá que sí con un sonrisa, tal vez de gusto por ser atendida. En la cocina encontrarás todo igual de organizado e incluso hallarás fácilmente la olleta pequeña. El sabor agridulce se te hará más intenso y te traerá una serie de imágenes: tu tía Adelita te trae juguetes, justifica tus diabluras, cuida de tu ropa, te ayuda con las tareas y cocina con una sazón que hace regocijar tus pupilas. Pensarás que tal vez tu papá, por la inocencia que ella cargaba, no permitió que ningún pretendiente se le acercara.

Te sentirás agradecido con la segunda mamá que tienes. Al arrojar las pepitas de polen, imaginarás la felicidad de tu tía Adelita al tomarse el chocolate y ver que su sazón no morirá con ella. Te encontrarás ansioso por revivir ese sabor, pero será más fuerte la ansiedad de ver a tu tía degustar el chocolate. La sentarás y pondrás el pocillo sobre la mesita de noche. Ella tomará un sorbo largo.

–¡Esta vaina sabe a mierda! –te gritará luego de escupir y tirar el pocillo.

Definitivamente ya no será Adelita, ni siquiera tía; Adela a secas, pensará en la cocina luego de haber limpiado. No podrás ni imaginar

cómo alguien se acostó con esa mujer. El sabor agridulce habrá desaparecido y tú pensarás que por actitudes así, tus primos decidieron no hacerse cargo de ella y esperar a que muera. Desde ese instante tú también desearás que muera pronto para no tener que lidiar más con ella. El sabor regresará con un instante: recién pasado a tu apartamento, Adela te visita y con un chocolate agridulce te cuenta que espera mellizos (Jhoana y Hernando). Te parece extraño, pues nunca le conociste novios y justo queda embarazada cuando tú te vas y tu papá toma el cuarto junto al de ella. No escudriñas más.

Planearás furioso llamar a tus primos y entregarles a su mamá, pues creerás que Adela ya no merece tus cuidados. Querrás comunicárselo primero a ella y, justo al entrar al cuarto, Adela entre lágrimas te dirá:

—Si te vas, me quedo sin quién me entierre.

Volverás a la cocina un tanto calmado y probarás el chocolate. Realmente sabe a mierda, pensarás, y un sabor a caucho invadirá tu boca.

Palparás cada prenda en el armario en busca de la suavidad que recuerdas. Al final, derrotado, elegirás cualquier muda de ropa. Primero la desvestirás, luego llevarás el tanque de oxígeno y por último la alzarás para conducirla a la tina. La piel de Adela estará muy ajada y al enjabonar su pecho sentirás su latido muy débil. Ella estará impávida, incluso mientras la vistas. La sentarás en el patio para que tome sol y mientras tanto tú, con fastidio, cambiarás las sábanas llenas de sus desechos. El asco será mayor al sentir, a través del papel higiénico, mierda ajena.

Almorzarán en el comedor y ella, tal vez por pena o compasión, pondrá su mano sobre tus dedos. La sensación de esa palma agrietada te generará una imagen: te despiertas en la noche, no puedes ver nada y empiezas a llorar. Una mano suave te estruja los dedos y tu llanto cesa al reconocer la piel de Adela.

Luego de llevar a Adela a la cama, caminarás por la casa recordando los juegos que imaginaste en esa mansión. Al pasar tu mano por las paredes descascaradas la sensación de la piel de ella se intensificará y te pondrás ansioso. Con las viejas brochas de tu papá empezarás a pintar el zaguán de la entrada. La pintura solo te alcanzará para

media pared, pero te alegrará embellecer un poco la casa para sus futuros dueños.

Adela no querrá cenar y solo aceptará las pastilla para antes de dormir. Tú te recostarás en tu cama, dormirás a intermedios y finalmente te quedarás despierto con las imágenes de tu infancia y la casa. El despertador no tendrá necesidad de sonar a las cuatro de la mañana, tú te pararás cinco minutos antes y la moverás; ella no responderá. Tocarás su pecho, estará más ajado y allí no sentirás ningún movimiento. Antes de las lágrimas tomarás la camándula de ella y dirás al palpar las pepitas descascaradas por la uña:

—¿Para qué?

III

Observarás el brazo metálico levantado. El celular te sonará:

—Hola, Manolito. ¿Qué más? ¿Dónde anda? —te dirá la voz de Jhoana.

—En la demolición de la casa.

—Umm, ya. Se me había olvidado que era hoy. Primito, lo llamo para decirle que Hernando ya me consignó mi parte de la venta y que los dos queremos darle un reconocimiento por haber cuidado a mi mamá, alma bendita. ¿A dónde le consignamos?

—¿No van a venir a la demolición?

—No, Manolito, eso queda muy lejos.

—Bueno, los llamo luego y hablamos del asunto —dirás con indignación.

Verás que el primer golpe del brazo metálico quebrará las tejas de barro. Él bajará y subirá más de cinco veces, luego terminará de destrozar la casa con un movimiento de atrás hacia adelante. Pronto se construirá ahí un edificio y tú lamentarás que tu papá le vendiera su parte a Adela. Querrás mirar la casa de nuevo, entonces cerrarás y abrirás los ojos; allí estará ella con todos sus ladrillos. Volverás a

hacerlo y ahora la verás más joven, casi nueva. Intentarás otra vez y ya no la verás. Te sentirás ciego y asustado. Desearás encontrarle un sentido a los recuerdos apagados, no lo lograrás y te desesperarás con la... pero tranquilo, aún queda tiempo para que el cuento acabe y el teléfono suene.

*

JUAN PABLO ORTIZ

CUENTO NO.4

Archipiélago

La primera vez que vi a Chico Suárez parecía un hombre feliz. Traía un gorrito debajo de un brazo y los documentos del contrato en el otro. “Mucho gusto, me llamo Rafael Eduardo Suárez, pero todos me conocen como Chico”, dijo con su vocecita de hombre minúsculo y desgarrado. Supuse que estaba acostumbrado al trabajo, pues apenas se cambió se propuso por franca iniciativa picar los bultos de cebolla y las libras de pimientos, labores que hacía, debo decirlo, bien. Su dominio del cuchillo era como el de algunas amas de casa con la lima de uñas.

–Esta cocina trabaja comida japonesa, es decir, sushi, teppanyaki y algunas sopas de oriente...

–O sea, comida traída del Japón –dijo Chico, interrumpiendo.

–No, comida tradicional de allá, con ingredientes de acá, la mayoría.

–Ohh, ¡qué maravilla!

Los primeros días de Chico en mi cocina fueron muy peculiares. Se asombraba de ver los tajos rojizos del filete de salmón y decía solemnemente “ohh, qué grandes, qué color”. Además, le costaba muchísimo distinguir los langostinos de los camarones y aborrecía la presencia de las anguilas frescas. Pero, sobre todo, se fascinaba con el jengibre. Decía que era una raicita hermosa con forma de gente elegante o de cactus. Agregaba trozos a las bebidas que consumía e inclusive le pillé un par de veces intentando convencer al perro del guarda que comiera el jengibre que él le agregaba en el recipiente donde comía y que éste lograba apartar tranquilamente con el hocico o la lengua. Entonces, Chico llegó un día diciendo que el jengibre había salvado su matrimonio. Sí, Chico resultó ser un hombre casado y su esposa se llama Jazmín, pero él siempre se refería a ella como Jazmín del Monte. Y el jengibre había salvado el matrimonio de Chico porque por accidente, según él, el roce de un trozo que se le había caído del pijama dio a parar entre los muslos de su mujer y ahora hacía parte de no sé qué rito, ceremonia o estratagema con el que Jazmín del Monte lo esperaba en las noches envuelta en caprichos y chales de colores.

Me gustaba ver a Chico en la cocina, no sólo por su rara extravagancia, sino porque, también, sabía cocinar, aprendía rápido. Envolvía sushis con deliciosa agilidad y perfección en los rollos; dominaba arroces, filetes y pastas en la plancha como si estuviera arreglando una cama o fuera una diminuta sartén de fácil vaivén. Me aseguraba no haber trabajado con estas comidas nunca. Al principio no le creía, pero me convenció por su extrañeza con los mariscos y la cara de auténtico espanto con las anguilas o las tenazas de cangrejo.

–Chef, creo que deberíamos tener una mascota en el restaurante.

–Eso es imposible, Chico.

–Un perro o un gato que son adorables.

–Nada de eso, Suárez, esto es un restaurante, hay principios de higiene y pulcritud.

–Un canario.

–Imposible. Mejor vuelva a sus labores, Chico.

Entonces Chico dibujó un canario o un gorrión y lo pegó en lo alto de la entrada y soñó con alimentarle con semillas de sésamo o bolitas de arroz. Su rareza, más que disgustarme, me parecía inocente, aunque lo veía entristecerse por las burlas diarias de los otros auxiliares. Un día, un auxiliar decidió quitar de un manotazo el canario de Chico cuando éste estaba en su día de descanso. Cuando Chico volvió y no vio a su canario se acercó y me dijo: “Chef, tengo una idea, ya que no podemos tener aves podemos tener un acuario, con tortugas y peces y piedras de colores y un arrecife de castillos y barcos hundidos como corazas”. Como las ventas iban en aumento y el restaurante, en general, iba progresando, decidí insinuarle la idea al Jefe, a lo que accedió fascinado ante la ocurrencia diciendo que un acuario era perfecto para el lugar e iba de maravilla con la decoración al estilo japonés. Así que un día llegaron un par de tipos e instalaron el acuario, con bailarinas y peces dorados, y Chico feliz por la adquisición, moviéndose de un lado a otro, dándoles comida, mirando clavado al cristal sus movimientos, pegado a la pecera en su hora del almuerzo. Entonces Chico se le ocurrió cortar cubitos de

jengibre y tirarlos en el acuario y evidentemente los pececillos no los comieron, pero Chico se quedó perplejo mirando los trocitos.

–¡Chef, es Vanuatu!

–¿Qué es Vanuatu?

–Un país de islas lejos de aquí.

–Ahh, ya.

–Allá está la gente más feliz del mundo.

Chico, entonces, me enseñó una imagen en su celular donde figura el mapa de Vanuatu y era asombrosamente parecido a los trocitos de jengibre flotando en el agua del acuario.

–Acá está la Playa Champagne con su cielo azul y acá las palmeras de Port Vila. Debajo del archipiélago hay volcanes gigantes y tiburones blancos.

Y Chico miraba las piedras blancas y azules del fondo y la casita del pez telescopio que nunca salía.

–Un día tenemos que ir allá –dijo Chico decidido.

El trabajo y los días siguieron sin alteración ninguna. Un viernes tuvimos bastante trajín y mientras íbamos de aquí para allá, vi que el pez telescopio estaba flotando muerto en la superficie de la pecera. Chico lo vio y lloró. Lloró mucho delante del restaurante lleno, del Jefe, de los auxiliares y los otros peces del acuario. En vano tratamos de consolarlo. Inclusive el Jefe se comprometió a traer un pez telescopio nuevo la semana siguiente y Chico paró de llorar y siguió enrollando, fritando y cortando. Esa noche Chico se acercó y me dijo que había una finca muy cerca de la ciudad, en clima cálido, donde iba a pasar el fin de semana con Jazmín y me convidó si quería ir. Al principio vacilé, pero terminé convenciéndome ante la ausencia de planes para el fin de semana.

Llegamos el sábado en la tarde. Chico abrió su maleta y vi botellas, libros y algunas cosas más. En la noche, muy húmeda y calurosa, nos entretuvimos en charlar y reír. Jazmín del Monte me pareció

bastante fea de rostro, aunque contoneaba con cierta gracia las caderas. Cuando reía mucho, se mandaba la mano a la boca de sopetón y decía “ya no más” o “suficiente”.

–A ti también te gusta el jengibre, Chef –dijo Jazmín, sin vacilar un ápice en el tuteo.

–Me gusta como complemento aromático, de resto, no más. Por demás, mi nombre es Santos, así que lo de chef lo dejamos para la cocina.

–Está bien, señor. Santos. Pero cuéntame, ¿estás casado, con novia?

–He salido de una larga relación, por ahora disfruto de la soltería.

–Está será una noche caliente, caliente –dijo Chico, apareciendo de golpe.

Me sentía un poco incómodo al principio, pero con el trago y el calor me fui apaciguando y entré en una especie de sopor indefinible. Empezó a llover, así que nos entramos a un tablado sin ventanas donde el aire con tierra y agua aliviaba el sudor y terminaba, para mi tranquilidad, la conversación. Me senté en una mecedora y lo vi todo. Por un lado, Chico Suárez se fue a mecer en la hamaca, liando tabaco y dándole al ron. Por otro, su mujer se dedica a matar polillas y cucarrones con un baygón. Chico le dice que está cometiendo un horrible genocidio y Jazmín del Monte le responde que es por el bien de la patria y el partido mientras disciplinadamente sigue matando arañas y otros artrópodos de menos envergadura. Chico se levanta de la hamaca, va hasta el cuarto, saca una escopeta, le hunde un perdigón y dispara a su mujer. Feliz por lo hecho, se hunde de nuevo en la hamaca, carga otro perdigón, mientras mira al gato que intenta decidido cazar en lo oscuro un pequeño ratón.

*

DANNY RICARDO CANO

CUENTO NO.5

Un pueblo distinto, pero no del todo

Había llovido. La carretera se había tornado como una lengua cenagosa que se deshacía en los bordes, entre las briznas de madreSelva. Los guijarros surgían como cabezas moteadas. Algunos eran grises o negros con vetas blancuzcas. Los grillos, embuchados de agua, no se oían chirriar en el monte. Las nubes opacas se asemejaban a cojines deshilachados. El cielo, papel de un azul tenue, lo fijaba el sol tras las montañas. Las enjutas briznas de madreSelva ora se alzaban hacia el cielo, ora mordisqueaban la carretera enlodada, ora se recostaban unas sobre otras contra una vivienda azul. La osamenta de la casa era de mampostería. Cuatro paredes empañetadas y pintadas de azul cielo despejado. Techo de zinc. Puerta metálica, con pasador y bisagras chirriadoras. Ventanas de madera con sus barrotes y filigranas de hierro herrumbroso. Ante la fachada, a modo de visera, se asomaba el alero de zinc. Bajo su sombra amplia y fría, el suelo de terracota. En cada esquina, una columna de madera apolillada sostenía el alero. Detrás de la casa, sobre la hierba perlada de rocío, el lavadero de cemento. Dentro de las estrías del cemento el moho se dispersaba en puntitos. Cada puntito se aglomeraba sobre otro hasta formar un ramillete verde.

Sobre la superficie del agua del lavadero flotaba una palangana amarilla. La madre tomaba la palangana con sus dedos largos y se hundía hasta la muñeca en el agua del lavadero. Una y otra vez vertía el contenido de la palangana en la cabeza de su hijo. El pelo del niño era difícil de descifrar porque la espuma del champú lo cubría todo. La madre repasaba la lendrera entre las hebras del cabello de su hijo. Ante la cara del niño, sobre la superficie del lavadero, una franela blanca de algodón recibía los piojos que se desprendían de la lendrera. Entre las uñas de la mujer crepitaban las liendres y los piojos. El niño apretaba los párpados. Se le formaban pliegues en donde el agua espumosa resbalaba como si descendiera los travesaños de una escalera. Se le enroscaba en las pestañas cual insidiosa serpiente, y como él se atrevió a abrir los ojos, la serpiente espumosa se le abalanzó en las pupilas para clavar sus colmillos y dejarle ciego. Gritó. Los globos oculares se enrojecieron por la sangre. Su madre le introdujo la franela empapada en la boca. El llanto cesó ante la mirada preocupada de la mujer. El miedo se le metió en la garganta. No pudo articular palabra alguna. Sus ojos hablaron por ella. El niño

ya se había acostumbrado a callar cuando era debido. A los hombres con botas les fastidian las estridencias del hogar. Estaban sentados en la sala y veían la televisión.

–¿Qué ocurre? –preguntó uno de los hombres que había salido al solar en donde se encontraba el lavadero.

–Le entró champú en los ojos –dijo la madre mientras secaba con una toalla el pelo negro de su hijo. En ella guardaba sus manos para ocultar el nerviosismo. Entre los pliegues de la toalla, el corazón latía. Sus dedos palpitaban de pavor. El pavor era como una corriente eléctrica que a través de cada hebra de cabello llegaba a la cabeza del niño para paralizarlo.

–Está bien, la próxima vez dejen ver la televisión –respondió el hombre con una sonrisa socarrona–, ¿o quieres que te visite de nuevo en la cama?

Guiñó su ojo derecho a la mujer y dio media vuelta. No llevaba puesta la camisa. La espalda del hombre era amplia, morena y musculosa. De su columna vertebral pendían la muerte de inocentes como banderas sibilantes. Cada vez que él la exhibía, el niño oía las almas flamear sus finas voces.

La mujer después de haber vestido al niño se dirigió a la cocina a preparar café. En la sala sólo había tres hombres: el de la espalda descubierta, el del bigote poblado y el de la nariz curva. Los tres se acercaron a la puerta de la cocina y se situaron bajo el vano mientras la luz de la bombilla, que colgaba de una viga del techo, se posaba sobre sus cabezas. Junto a la cocina había un pasillo en donde el niño jugaba con algunos guijarros pequeños. Como la pared no dejaba ver cómo las manos de los hombres hurgaban la bata de su madre, él continuaba divirtiéndose a sus anchas. La mujer, a través de las celosías de la pared de la cocina, le ordenó jugar afuera en el solar.

La hierba se encontraba aún húmeda, por lo que decidió rodear la casa y franquear una de las columnas de madera apolillada. Bajo el alero, una cuerda de alambre se ataba desde lo alto del barrote de la ventana derecha hasta lo alto de la columna izquierda. Pinzas de ropa atenazaban los uniformes verdes de los hombres, un vestido

floreado que jamás había visto y una pantaloneta suya. El niño pronto se aburría de los guijarros y se distrajo con los pliegues del vestido floreado que ondeaban al viento. Se le antojaba una prenda muy llamativa a causa de sus vivos colores. Puesto que en su entorno el miedo opacaba el azul del cielo, el amarillo del sol, el verde de la hierba. A continuación, escuchó unas vocecillas cuchichear, quienes atravesaban la puerta de entrada diagonal a él. Las vocecillas parecían trozos de tafetán que reptaban sobre el suelo de terracota y que, a guisa de pelota de ping pong, se enroscaron como un gurrúño para poder rebotar sobre la sombra del vestido. Una por una se fueron metiendo, dejando tras de sí una fila de granitos de tierra que se escapaban del interior de los volantes. El niño hizo lo propio y ya dentro de sus pliegues, descubrió que el reverso de la tela se había convertido en tierra húmeda. Las flores del vestido giraron hacia el interior y los pétalos sedosos quedaron revelados ante sus ojos. Los tallos resistentes sirvieron de apoyo a sus pies. El niño fue escalando, a veces agachando su cabeza para que la tierra desprendida no le cayera en el rostro, a veces izando la quijada para mantenerse fiel a la enceguecedora luz que brillaba hacia el final, en el cuello del vestido. Tan pronto perdió de vista a las vocecillas, una mano le tomó del brazo y le ayudó a salir de allí. Un corro de personas permanecía expectante. Los gurrúños, ya desplegados, trepaban los cuellos y se deslizaban dentro de las bocas abiertas.

—Ahora sí podemos hablar —dijo el hombre mayor que le había tendido la mano.

Detrás del niño había quedado un hueco bordeado de hierba. Entre las briznas descansaban las tiras del vestido. Una mujer joven, desnuda, hincó las rodillas en el suelo y estirando sus brazos, cuan largos eran, tomó las tiras del vestido y las haló hacia sí. El hoyo había desaparecido. Luego se introdujo en la prenda y se unió de nuevo al corro.

—Tú eres Agustín —dijo la chica—. Soy Laura, tu vecina de hace mucho tiempo.

El niño la miró con sorpresa y clavó su mirada en los ojos grandes y dulces de la joven. Exclamó:

–¡Pero si ustedes ya no habitan la casa de al lado!

–Nos expulsaron a este lugar.

–No puedo notar la diferencia cuando estamos en el mismo pueblo
–respondió el niño al mirar en derredor.

La madre selva devoraba sus zapatos de carnaza. Las briznas se agrupaban y engullían, a unos cuantos palmos, la vista de la carretera arenosa. Y las viviendas que se erigían entre el verdor del monte, estaban en su sitio de siempre. Las personas del corro empezaron a murmurar entre ellas.

–Vas a ver que no es el mismo pueblo –intervino el hombre mayor–.
Me llamo Juan, ven, sígueme.

Todos le ofrecieron la mano para darle la bienvenida. El corro se deshizo y cada integrante se fue por su lado.

Juan y Agustín se dirigieron más allá de la carretera, delante de unos árboles frondosos que simulaban barrer las nubes del cielo con sus ramas. Encima de la carretera arenosa, a cada costado, colgaba una cuerda. Banderas variopintas de tafetán oscilaban según la fuerza del viento.

–En ellas suspendemos nuestras voces –aseveró el hombre con tono grave y pensativo. El niño se recostó contra sus piernas largas–. No temas –dijo, bajando la mirada–, aquí no hay paramilitares. Ya te das cuenta de que es un pueblo distinto... Decía que nuestras voces... Mira allí, el viejo Luis, todos los días se sienta en el pedrusco, bajo el mango, a contemplar absorto las moscas que revoletean sobre las briznas esmirriadas –el niño se rascó la cabeza, los piojos le picaban el cuero cabelludo–. El viejo Luis desechó la idea de tragarse la voz. La fijó con una pinza de ropa quién sabe en dónde y desde entonces no ha querido desengancharla.

–¿Por qué lo hizo? –preguntó Agustín.

–Nadie lo sabe. Se dice que vio cosas horribles. Todos hemos visto cosas horribles. Pero al parecer a él le conmocionó a tal grado que quiso deshacerse de todas las palabras que le avivaran el recuerdo.

Tendió su voz en alguna sección de una cuerda. Ni con el rabillo del ojo se atreve a mirar. Sus pupilas son como huesos de mango. Caen al vacío. Ya sea donde se mire, el vacío está. Todos estamos rotos por dentro o por fuera. Mira...

El hombre se remangó las mangas de la camisa. En los codos se veía una larga cicatriz, vulgar y abultada. Tenía cosidas las partes de su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Como si un bramante hubiese sido empleado en el momento de la sutura. En cuanto más honda sea la herida, más acentuada es la marca que deja, sin importar el hilo que se use.

–En aquel lado están los escarbadores.

–¿Los qué? –preguntó Agustín, confundido.

–Los escarbadores, la gente que escarba la tierra en los montículos del monte.

–¿Para qué lo hacen?

–Buscan a las personas enterradas que aún no han hallado la salida. Los escarbadores ayudan a que éstas logren encontrar la luz del sol y, por consiguiente, invitarlas a incorporarse a nosotros.

–¿Y cómo son esas personas enterradas?

–Dependiendo. Unos lucen un agujero en la sien o la frente. Son los más afortunados. Los otros tienen sus extremidades desmenuzadas por doquier. A éstos los cosemos, como a mí.

Y Agustín reparaba, entre las briznas de madreSelva, sobre sus puntas carcomidas por los insectos, en las figuras de los escarbadores. Sus espaldas curvas. Sus cabellos adheridos a las sienes por el sudor. Sus rostros, encajados con la descripción de los guijarros: moteados y cruzados por vetas oscuras y pardas que devoraban la piel y las ropas sucias.

–Aquí todo el mundo está ocupado –comentó Juan mientras seguía caminando por la carretera junto al niño–, así olvidamos la pena que llevamos por dentro. Y sin embargo, la pena nos ocupa... pero, ¿qué iba a decir yo? ¡Ah, sí! Mira, allí está tu casa.

El niño siguió el índice del hombre. Apuntaba, efectivamente, a su hogar. Agustín se soltó del brazo de Juan y echó a correr por la madre selva alta en busca de su madre.

–¡Espera! –gritó el hombre mayor–. Los objetos...

–Déjame pasar –insistió Agustín, en cuanto hubo llegado a su vivienda azul.

–No te dejaré –dijo Laura, quien obstruía la puerta de entrada–, menos mal llegas a tiempo –se dirigió a Juan–. Quiere entrar a buscar a su madre.

–Está prohibido.

–¡Pero si necesito verla! –exclamó Agustín.

–Está bien –cedió el hombre.

–Pero los objetos... –intervino la joven del vestido floreado.

–Quizá no lo comprenda aún, todavía es un niño.

Agustín llamaba a su madre. Ingresó a su habitación. Las goteras del techo de zinc gorgoteaban incluso después de la muerte. El tiempo era una gotita de agua que llenaba el balde azul. En la esquina del techo, el cielo se metía, ya despejado, trayéndose consigo los dedos amarillos del sol. El suelo de terracota se encontraba salpicado de luz. El suelo de terracota no sujetaba las plantas de los pies de la madre de Agustín. ¿En dónde estará?, se preguntaba el niño con angustia. La cama de mamá traqueteaba. Las tablas bajo el colchón colisionaban entre sí. La almohada se hundía. En la sábana se formaban pliegues. Gruñidos, gruñidos y gemidos. Agustín se espantó y alcanzó a Juan en la sala de estar. Se puso a llorar porque nada entendía. No entendía que los vivos, en aquel pueblo, no en el suyo, desaparecían y ratificaban sus presencias a través de los objetos. Quien cocinaba, un sartén ardía en la lumbre. Quien se bañara, una palangana vertía el agua en lo alto, junto al lavadero, sobre el solar.

–No lo comprende –dijo Laura–, pero la situación es tan salvaje que logra espantarlo.

–Vámonos, es hora de irnos –concilió Juan, resuelto y apesadumbrado, con la mirada llena de encono ante lo que sus oídos también consiguieron percibir.

Los tres franquearon las columnas de madera apollillada. Se internaron por la madreSelva. La joven del vestido floreado se despidió y se dirigió a casa. Iba en busca de cerillas.

–En un rato nos vemos para hacer la hoguera –dijo.

El hombre y el niño se adentraron más allá, al terciar el camino, en donde avistaron una hondonada cuyos árboles circundantes la cubrían por completo. Se deslizaron entre los robustos troncos. En medio de la hondonada, ardía una fogata. La leña crepitaba como las liendres y los piojos en las uñas de mamá, pensaba Agustín. El fuego se alzaba como tentáculos amarillentos, azulados y rojizos. Cada tentáculo se encaramaba al otro y despachaba una chispa. El humo subía al cielo como las plegarias, obsoletas y fugaces. Una tras de otra. Alrededor de la fogata, se instalaron las mismas personas que le recibieron en el corro. La joven del vestido floreado se encontraba dispuesta ya en él. Todos esperaban con paciencia. El niño, junto al hombre, esperaba en lo alto. No quiso ingresar a la hondonada y se recostó contra un cují. Temía que algo espantoso ocurriese. Y para aliviar el desespero que le provocaban los piojos, se rascaba la cabeza como si la rastillara con las uñas.

–¿Qué es eso? –preguntó alarmado.

–Calla y mira –respondió el hombre mayor, quien observaba la escena con interés.

Todo era tan impensable para Agustín: otear cómo unas manos de formas angulosas se abrían en medio de las llamas como si descorriese unas cortinas incandescentes y luego ver la primera cara asomarse, después la segunda, la tercera... la décima. Diez personas con los cuerpos tiznados salieron de la fogata.

–¿Hay más de ustedes? –preguntó la anciana que lideraba el corro, en voz alta, a la última persona que salió.

–No, somos exactamente los que estamos –se alcanzó a escuchar una vocecilla femenina.

–Así que hoy han llevado gente a los hornos crematorios... – masculló Juan para sí mismo.

Agustín le pellizó las muñecas. El hombre posó sus ojos sobre los de él. El niño se encontraba realmente asustado. Pedía huir, huir de allí y olvidarlo todo. Le embargaba una sensación de sorpresa y susto. Y también de maravilla. Nunca había presenciado algo de idénticas proporciones.

Durante el camino, el niño permaneció en silencio. No era un silencio en el que bullían las palabras dentro de la boca, era un silencio sin palabras. Un silencio que no tiene palabras para describir las cosas que se experimentan.

Juan y Agustín atravesaron la madreSelva tupida hasta abordar la ribera del río. En el afluente, de aguas impetuosas, flotaban varias embarcaciones. Las fieras olas arrastraban ramas desnudas, hojas secas y peces. Pero también partes de cuerpo humano, cuando los hombres avistaban alguna cabeza, alguna pierna o brazo, se inclinaban ante la borda y lanzaban la red. Tal era el modo en que las personas incompletas arribaban las cubiertas de las embarcaciones. Después, abajo, en uno de los dormitorios del barco, se aparejaba cada fracción del cuerpo. Las cabezas eran imprescindibles. Había cabezas con cuello y cabezas con cuello hasta al tronco. Cada una debía identificar sus brazos, sus dedos, sus piernas. Apenas completaba la operación, un grupo de hombres y mujeres comparecían ante el humano incompleto y procedían a unirlo. Todo esto lo contaba Juan, con lujo de detalles. Los hombres recién cosidos y las damas recién cosidas descansaban en las literas preparadas únicamente para ellos. Durante la convalecencia, que consumía el lapso de unas semanas, en las horas de solaz, se disponían a quitarse el moho de la piel que al apiñarse uno sobre otro formaban ramilletes verdes. Se los obsequiaban a todos quienes cosían, como un gesto de gratitud.

–Pero hay cosas que han desalentado a los hombres –consiguió decir Juan tras una breve pausa–, la vieja María, una de las cocineras,

es tuerta. Nadie sabe si un pez se tragó su ojo, por eso nadie come pescado, ni aquí, ni en el otro pueblo. Si comemos uno, podemos comernos el ojo de María, porque nadie sabe qué pescado se lo engulló. Así de sencillas son las cosas.

Pero para Agustín aquello no le representaba sencillez. Al contrario, su mente aún era lo demasiada pequeña como para comprender situaciones tan horribles. La complejidad estaba en el mundo. No en su interior.

–No entiendo por qué me traes aquí –consiguió musitar Agustín.

–Porque no tienes escapatoria, tu pueblo maldito, el que algún día fue mío, te arrebató las esperanzas. Los paramilitares se encargarán de desbrozar las oportunidades de fuga. No quiero que te hagan lo mismo que a nosotros. Claudia, tu madre, y tú...– hizo una breve pausa como para reincorporar el aliento–, no podrán huir del destino. De la muerte nadie logra escabullirse, pero sí de la manera ignominiosa de llegar a ella. Ustedes cuentan con una salida no tan oscura como la que hemos tenido nosotros. Hay un modo y te explicaré por qué los necesitamos completos, sin embargo, antes debemos seguir avanzando... Caminemos, pues. Te llevaré donde los alquimistas.

Ambos caminaron un largo trecho. Agustín se preguntaba cómo Juan sabía el nombre de su madre. Luego recordó que lo había gritado mientras la buscaba en casa. Unos árboles, por la ruta que habían tomado, se encontraban desnudos, y sus troncos, de talle fino, con sus ramas raquílicas, proyectaban sombras vacilantes sobre los pasos. El niño sentía temor y se pegaba más contra las piernas del hombre mayor. Sus dientes empezaron a castañetear, a chirriar como las puertas de casa y los grillos de monte. En cada gozne de la puerta hay un grillo que chirría, pensaba Agustín. Así ignoraba el entorno espeluznante en el que se deslizaban sus pies. A medida que caminaban, halos de luces bailaban por las cortezas de los troncos, se mecían en las ramas, lamían las suelas de los zapatos. Provenían de otra fogata. Sin embargo, no se veía, porque los hombres y mujeres que la cercaban tenían las espaldas anchas. Se escuchaban martilleos y el siseo del agua cuando sofoca el calor de un utensilio ardiente. Brazos ejercían fuerza, se estiraban y se encogían, sobre

los tocones que tenían ante sí. En la superficie, perfectamente lijada, las manos amasaban una sustancia viscosa. Luego la martillaban con el martillo a rojo vivo. Espirales de humo se enroscaban en el aire y hacían temblar las hojas de los árboles que pendían de las ramas como guirnaldas verdes. De pronto alguien decía que había conseguido adelgazar la sustancia como un hilo, pero al momento se deshacía, y entonces todos, después de haber henchido sus pechos de júbilo, se desinflaban, cabizbajos. No obstante, reanudaban el trabajo con redoblada fruición. Agustín no comprendía qué es lo que estaban haciendo y Juan le explicó en voz baja, pues no quería arrancar la concentración de los alquimistas de un modo tan vulgar y descortés, que el pueblo abrigaba la esperanza de desarrollar un hilo capaz de suturar las heridas del alma. Evitar que se mantuvieran abiertas ya que el dolor manaba de ellas invariablemente. Hasta el más longevo de los alquimistas no había contado con la suerte de hallar un mecanismo para eliminar la pena.

—La pena sobrevive a cualquier cosa. Se arrastra hasta la muerte y permanece en la vida —dijo Juan—, si ves que el pueblo de los vivos, el tuyo, y el de los muertos, es decir, éste que pisas, resultan tan similares, se debe a que el sufrimiento se experimenta igual en ambos. A pesar de que viste el uno y el otro, pues en el primero están los paramilitares y el segundo se ve libre de ellos. Desde luego, cada uno, sin importar en el lugar en que se encuentre, busca la forma de erradicar el sufrimiento, allí en el alma, que brota como un frijol. Sin embargo...

—No han descubierto ningún hilo que logre repararlos por dentro —interrumpió Agustín.

—Exactamente —respondió Juan, alicaído.

Los dos se retiraron de allí, no querían interferir en las labores de los alquimistas. Desanduvieron sus pasos, camino a casa. El sol, tras las montañas, parecía hundirse entre las copas de los árboles que se veían a lo lejos. Sus rayos lívidos se arrimaban entre las nubes. Las aves trinaban bajo las hojas. Los grillos chirriaban en medio de las briznas de madreSelva. Las ramas esparcidas en el suelo crujían contra la suela de los zapatos. Una lagartija se escabullía cerca. Se

escuchaba el siseo de sus finas patas rasgar el monte. Se escuchaban latidos de corazones. Juan y Agustín permanecían en silencio, sus cuerpos pesados eran menos bulliciosos que la lagartija al caminar. En algún momento del recorrido, el hombre mayor quebró la mudez con sus palabras. Eran filosas como el escalpelo.

–Los necesitamos completos. A ti y a tu madre. Verás... la mayoría de quienes estamos aquí hemos llegado con las extremidades desperdigadas. Por no decir todos, estamos cosidos. Ya lo comprobaste. Y nos cansamos. ¡No!, no es que nos cansemos. Lo que pasa es que somos menos resistentes. Cuando estás unido por cicatrices de hilo, los brazos, las manos, los pies, ya no trabajan igual. Se agotan. Son más frágiles. Y a veces no nos damos abasto –Agustín seguía caminando, atento a lo que escuchaba–. Las personas calcinadas no son muy útiles. Son incluso más débiles. Y las que tienen agujeros de bala escasean, pero se encuentran aturdidas o sordas. En cambio, si tú y tu madre vienen completos a nosotros serán de mucha utilidad. Y tú, más que nadie, podrás hallar el hilo para suturarnos internamente, pues eres vigoroso, joven e íntegro. Pero sólo hay una forma para conseguir el cometido...

Apenas Juan terminaba de darle instrucciones a Agustín, llegó Laura. En los costados, abajo, a cierta distancia de los pies, la madre selva se extendía como una alfombra verde. Detrás de las briznas, la casa azul de Agustín.

–Debes regresar –dijo el hombre mayor.

Laura sonrió y se desvistió. Tendió el vestido sobre la carretera arenosa. El vestido se encogió y tan sólo quedó a la vista su cuello y las tiras de las mangas.

–Entra –indicó la joven.

–Antes quisiera preguntarte de qué está hecho tu vestido –inquirió Agustín. Se rascó la cabeza, sus piojos le picaban de nuevo.

–No lo sé, los alquimistas lo hicieron –contestó Laura–. Es el puente entre ambos pueblos, lo que permite que los vivos lleguen aquí sin necesidad de haber muerto antes. No obstante, deben regresar, por-

que este pueblo no está hecho para ustedes los que viven. Además, me confiaron el honor de utilizarlo en ocasiones necesarias. Y esta es una de aquellas ocasiones.

El niño agradeció la explicación con un asentamiento de cabeza. Luego se dirigió al hombre:

–Mi madre no me va a creer –dijo, descendiendo ya en el interior del vestido.

–Dile que soy Juan, su hermano.

–¿Cómo? –el niño quedó petrificado, no obstante, recogió valentía y continuó–. Ni sabía que tenía un tío.

–Tu madre te lo ocultó. Estabas muy chico cuando me separaron de ustedes. Pero vete, vete, ya casi va a anochecer y necesitamos que el plan se ejecute a cabalidad. Confiamos en ti. No olvides hacerte el enfermo. ¡Nuestras voces te darán la señal!

Juan guiñó el ojo, asomando su cara en el cuello de la prenda. Laura le envió un beso con la palma de la mano, mientras él seguía bajando con la ayuda de los tallos de las flores del vestido. La tierra se desprendía. Y por fin posó sus pies sobre el suelo de terracota. El vestido desapareció. Luego dio la vuelta a la casa para poder ingresar por el solar. Los tres hombres fumaban y limpiaban sus armas.

–¿Diablillo, en dónde estaba usted? –le preguntó el de la espalda descubierta.

–Jugando –respondió Agustín.

–Bien, bien, no importa. Mejor para nosotros –intervino el del bigote poblado.

–¿Y mi mami?

–Planchando, planchando... la ropa –dijo el de la espalda descubierta. El de la nariz curva soltó una risotada.

Efectivamente, Agustín encontró a su madre en la habitación, repasando la ropa con la plancha. Se sentó sobre la cama. Tosió, y

lo siguió haciendo cada vez que recordaba que debía simular un resfriado. Claudia se preocupó y lo reprendió cariñosamente. Se dirigió a la cocina y le preparó aguapanela caliente con limón. La luna hacía rato flotaba en el cielo oscuro. Cuando llegó la hora de la siesta, los hombres le pidieron a la mujer que durmiera con ellos. Ella argumentó que no podía, que el niño estaba enfermo. Al final, aceptaron. Las bombillas se apagaron y al cabo de diez minutos, Agustín le susurró a su madre:

–Mi tío nos espera en el río.

–¿Qué dices? –preguntó Claudia con un hilillo de voz.

–Sí, mi tío Juan nos espera. ¡Vamos, debemos ir!

–Pero si él...

–Vamos, créeme, mami. Hazme caso.

–Bien, bien, pero debemos conducirnos con precaución –musitó la mujer, un tanto incrédula y desconcertada.

Se levantaron con cuidado y evitaron calzarse porque aquella operación resultaba sumamente ruidosa. Al trasponer el cuarto, Agustín encaminó a su madre al solar. La luna gobernaba el cielo y daba luz a los prófugos. Salieron sigilosamente pero no bastó, pues lograron despertar al hombre de la nariz curva, que dio aviso a los otros dos para que prepararan sus armas. Claudia asió a su hijo de la muñeca y ambos echaron a correr, a toda prisa, hasta que no sintieron sus pies, hasta que los cadillos escoriaron sus talones. Cuando se acercaron a la ribera, el río placía sobre su cauce, se distinguía por encima de unos matorrales espesos. Los hombres jadeaban y disparaban, sin conseguir que las balas apuntaran a sus blancos. El río empezó a murmurar. Agustín escuchaba las vocecillas que le llamaban de entre las olas. Y cuando los hombres se alistaron para apuntar a sus presas, la madre y el hijo se habían arrojado al agua.

*

DAVID LEONARDO BARRERO

CUENTO NO.6

Juventud

Agosto 9 de 2017

Tal vez hoy haya visto a la mujer más linda que he visto en mi vida. Eran cerca de las 11 de la mañana, me encontraba en la universidad, en un muro de ladrillo, comiendo una empanada y una Coca-cola antes de entrar a clase. Estaba con un amigo cuando sucedió: a unos pocos pasos de donde nos encontrábamos, tres muchachas conversaban y caminaban bajo un sol intenso, penetrante. El viento soplaba y hacía soportable un calor que de otro modo sería infernal. Una vez levanté el rostro y la vi, no pude dejar de observarla. Iba en la mitad de las otras dos. Medía como 1,60. Tenía una blusa blanca con un ligero escote, un blue jean y unas baletas negras. Llevaba una maleta azul oscura colgada en la espalda y a sus amigas colgadas del brazo. Pero lo que atrajo mi atención hacia ella fue su rostro: era de tez blanca, tenía ojos cafés, que con el reflejo del sol parecían miel; una nariz apenas ancha y algo respingada; unas mejillas pronunciadas, un poco ruborizadas; y una boca ligeramente alargada, con unos labios perfectamente delineados, delgado el de arriba y un tanto grueso el de abajo. Su cabello era castaño, liso y largo hasta la cintura; parecía que cada uno fuera un hilo de madera delgado y brillante. De cuando en cuando esbozaba una sonrisa que me producía una sensación de plenitud difícil de explicar. La contemplé mientras pasaba al frente de mí, sin que pudiera hacer nada para que se quedara y no me dejara ese vacío que ya no podría llenar después. Julián, mi amigo, me sorprendió viéndola:

–Pero cierre la boca.

–No moleste, hermano. Mejor muévase que ya tenemos que entrar a clase y usted nada que se acaba esa empanada.

–Cálmese. Ya me la termino –mordió la empanada y dijo–: ¿Sí estaba bonita la pelada?

Yo había volteado a mirar pero ya no estaba. Otra más, pensé, aunque nunca había visto a una tan linda como ella. Al menos en este momento no la recuerdo.

–No sea sapo –le dije–. Apure más bien que ya son las 11.

Ambos tomamos nuestras maletas y emprendimos el viaje al salón 301 del edificio que teníamos en frente. Me fui todo el camino tratando de reconstruir la imagen del rostro de esa mujer, no quería olvidarlo.

Agosto 22 de 2017

Tuvieron que pasar 13 días para que pudiera volver a verla. La casualidad se había negado a concertar el encuentro pero terminó cediendo. Los días anteriores había estado quisquillosamente pendiente de los rostros que me cruzaba caminando por la universidad, pero la suerte había decidido que no me chocara de frente con el de aquella muchacha de ese intenso y cálido día. Hoy la vi. El día estaba gris, como si supiera que era temporada de parciales y se alimentara del estrés, la angustia y demás sensaciones que embargan a un estudiante por esas fechas. Entré a la biblioteca en busca de un lugar donde estudiar, sabiendo que en unas pocas horas me tendría que enfrentar a una hoja de papel con unas preguntas que se supone miden mis capacidades y conocimientos.

Como era de esperarse, el lugar estaba lleno. Todos estaban allí repasando, terminando trabajos, algunos más hablaban en voz baja para distraer el estrés, la ansiedad. Busqué largo rato hasta que vi a una mujer de cabello corto levantarse de una mesa, dejando una silla vacía. Me dirigí rápidamente hacia el asiento y lo ocupé. Afortunadamente ninguno de los que también buscaban donde sentarse se había percatado de la silla sin dueño antes de que yo me apoderara de ella. Otras veces se dan peleas y discusiones, pero hoy no tuve que lidiar con ello. Puse mi maleta sobre la madera de la mesa y abrí las cremalleras tratando de no hacer mucho ruido. Saqué unas copias, una cartuchera y un cuaderno. Las hojas tenían la marca del resaltador amarillo que me gustaba utilizar, también había algo de verde y naranja que usaba para resaltar palabras importantes. De pronto, tras unos minutos sumergido en la lectura, volteé a mirar hacia mi costado derecho y la vi, a mi lado, con su cabello castaño oscuro y sus mejillas pronunciadas. No había detallado a las personas a mi alrededor. Éramos seis en esa mesa rectangular, tres en

cada lado largo. Con la rapidez con la que me había sentado, no había advertido que la mujer que estaba a mi derecha era la mujer que había visto ese caluroso día, la que me había encandilado aún más que el sol reluciente que se asomaba en ese cielo azul, casi sin nubes. Me sentí algo nervioso, era una sensación extraña, pero traté de actuar de la manera más normal posible. Volví a mi lectura no sin antes notar que ella sostenía un libro en sus manos, me sentí intrigado por conocer el título pero no hubo forma de ver la carátula hasta que después de una media hora lo cerró, como dispuesta a irse. Mientras empacaba un cuaderno y un esfero azul que acompañaban al libro en la mesa, pude ver el título escrito en letra negra bajo la imagen de una señora mayor ojeando un libro: *Elizabeth Costello*. Arriba de la imagen decía en negrilla: “J.M. Coetzee”, y debajo del nombre del autor, en letra más pequeña y menos oscura: “Premio nobel de la literatura”.

Yo conozco a Coetzee. Este año vino a la feria del libro y me encontré por primera vez con su nombre. Miré un par de artículos sobre él. Los comentarios eran tan buenos que no me resistí a sacar un libro de la biblioteca. De los que había disponibles el título que más me llamó la atención fue *Esperando a los bárbaros*. Después de leerlo, se convirtió en una necesidad para mí ir al evento en el que él iba a estar en la feria. Y así fue.

Elizabeth Costello también lo había leído. Incluso, puede que ese mismo libro que ella tomaba en sus manos para guardar, fuera el que yo hace un tiempo había sacado de la biblioteca. La vi levantarlo de la mesa con mucho cuidado, sentí que ella notó que escrutaba el libro de manera intensa con la mirada, así que, con una valentía y un desparpajo que me sorprendieron a mí mismo, y que no sé de dónde salieron, le dije:

–Ese libro es muy bueno. Coetzee es muy bueno.

Ella me miró con extrañeza, pero respondió amablemente:

–Sí, llevo pocas páginas pero me ha gustado mucho.

Yo sonreí levemente.

–Te lo recomiendo mucho. Es bastante interesante –le dije.

–Gracias –contestó mientras acomodaba el libro en la maleta.

Hubo un breve silencio y entonces ella volvió a hablar:

–¿Has leído algo más de él?

–Sí. *Esperando a los bárbaros*, y nada más. Ese fue el primero, luego leí *Elizabeth Costello*. Pero quedé con ganas de leer más de él. Especialmente después de la charla en la feria.

–¿Fuiste? –me preguntó.

–Sí –dije, algo emocionado–. Me gustó mucho. Pensé que iba a ser un conversatorio pero él simplemente se paró en frente del público, agradeció a los organizadores del evento y empezó a leer un escrito. Alguna vez leí que era un cuento que se llama *El matadero de vidrio*, pero sinceramente no estoy seguro. Mientras me acomodaba los audifonos para escuchar la traducción en español me perdí el título o simplemente ya no lo recuerdo. En fin, el punto es que fue maravilloso. Coetzee es un hombre de 77 años, pero no se ve tan viejo. Por el contrario, a mí me pareció bastante vital. El auditorio estaba en silencio, escuchándolo atentamente. Es como si con cada palabra que salía de su boca se fuera esparciendo un veneno que dejaba a las personas inmóviles, obligándolas a mantener la atención puesta en lo que decía, sin apartar la concentración de aquello que Coetzee articulaba de forma serena y precisa, con un ritmo lento pero constante que era sencillamente envolvente.

–¿De qué trataba el cuento?

–Era una reflexión sobre los animales, sobre el daño que le infringimos. También habló sobre sentirnos superiores a ellos, a cualquier otra forma de vida que no sea humana. Sobre esa soberbia que a veces nos hace tanto daño, a nosotros, a los animales, al mundo. Para mí no fue solo sobre los animales, para mí fue toda una reflexión sobre el ser humano, sobre los seres humanos a los que alguna vez hemos considerado inferiores. Me gustó mucho una parte en la que habló sobre Heidegger y Hannah Arendt, pero ahora mismo no la recuerdo bien.

La verdad era que sí la recordaba, precisamente porque me había llamado mucho la atención, pero sentía que me estaba poniendo un poco pesado y que iba a terminar aburriéndola, así que ahí decidí parar con el relato sobre Coetzee y la feria.

–En fin –le dije–, espero que lo disfrutes.

–Después de todo lo que me dijiste, creo que no hay forma de que no lo haga –tomó su maleta–. Bueno, tengo que irme. Cuídate, que estés bien.

–Lo mismo.

Mientras la veía alejarse, pensé en decir su nombre en voz alta, dirigirme hacia ella y pedirle su número, pero la valentía y el desparpajo habían abandonado mi cuerpo. No fui capaz. Pensé en que era un idiota por haber dejado pasar la oportunidad de conseguir su número para poder seguir en contacto. Me recriminé un poco esa falta de iniciativa, pero unos minutos después pensé en que estudiábamos en la misma universidad y que tarde que temprano –ojalá más temprano que tarde– nos volveríamos a encontrar, si es que así lo quería el destino, la vida, la casualidad, la suerte.

Volví a mis copias, necesitaba estudiar para el parcial. No pude. Como la primera vez que la había visto, me había quedado pensando en ella. Esta vez recreando la conversación, viendo su rostro, sus expresiones, sus ojos que esta vez lucían diferente, como de un marrón verdoso profundo y vivo. Pensé en que ahora no solamente me parecía atractiva físicamente, sino que además me atraía de otra forma. Su calidez, su amabilidad, su gusto por los libros. Si le gustaba el cine y comer helado después de salir a ciclovía los domingos, sería la mujer perfecta. Solo esperaba con ansia el momento de poder volver a verla.

Agosto 30 de 2017

En los últimos días me he venido sintiendo bastante inconforme con la carrera. A cada rato se me viene a la cabeza la idea de que podría estar estudiando otra cosa. Literatura, historia, filosofía, cualquier cosa menos periodismo. Hoy estaba atrapado en esos pensamien-

tos cuando llegó Julián, mi amigo. Habíamos quedado en almorzar juntos. Yo estaba sentado en una mesa esperando por él cuando me sumergí en esas cavilaciones sobre el presente, pero también sobre el futuro. Estaba tan ensimismado que Julián tuvo que alzar la voz para sacarme de ese mar de pensamientos en el que mi atención se estaba ahogando. Cuando reaccioné lo saludé con algo de distancia. Él dejó su maleta sobre la mesa y se sentó en la silla que había justo enfrente de mí.

–¿Le pasa algo, hermano? Lo noto extraño –me dijo.

–Sí. Estos días he estado pensando mucho sobre la carrera. Me siento cansado.

–¿Otra vez?

–Sí –le dije–, otra vez.

–¿Por lo de siempre o hay algo más?

Ciertamente no era algo nuevo. Me había pasado un par de veces semestres atrás, pero pensaba que eran crisis normales que tiene cualquier persona que debe decidir su futuro a los 16, 17 o 18 años, o tal vez un poco más. Deben ser pocos los afortunados, creo yo, que aciertan a esa edad con tan poca experiencia y con tanta juventud. Deben ser pocos los que escogen una carrera totalmente seguros de que a eso quieren dedicarse el resto de su vida, sin presión de los papás, sin reparos por parte de estos. Deben ser muchos, también, los que creen que decidieron bien pero luego se dieron cuenta de que no era lo suyo, que su felicidad estaba en otro lugar. No deben ser pocos los que piensan en el dinero, en tener un “futuro”; así como no deben ser muchos los que apuestan por hacer lo que les gusta y no lo que les da más dinero. En últimas, la vida se trata de tomar decisiones.

–Por lo de siempre y por algo más –respondí–. Siento que estoy perdiendo mi tiempo, siento que veo materias en las que no aprendo nada de lo que quiero que sea mi futuro. No se ahonda en nada, no hay un conocimiento estructurado. Hay demasiado trabajo de campo, hay que hacer demasiada reportería para después escribir, hacer

un producto. Pero uno tiene tan poco en la cabeza y tantos frentes para responder que termina haciendo cosas mediocres. Se termina volviendo un círculo vicioso: si uno no tiene nada en la cabeza es muy difícil escribir algo decente, con sentido. Eso me tiene agotado.

–Pero eso es lo de siempre –me dijo–. ¿Qué es lo nuevo?

–Lo que pasa es que antes yo no tenía claro qué quería hacer con mi vida. A veces estudiar comunicación social y periodismo es el escampadero perfecto para eso, para seguir aplazando ese futuro incierto. Pero ahora creo que lo sé.

–¿Y qué es eso a lo que se quiere dedicar?

–Quiero escribir –dije–. Quiero ser escritor.

Julián soltó una risa extensa. Yo me la esperaba. Nadie me tomaba en serio, incluso yo no lo hacía hace un tiempo, pero ahora era diferente.

–Yo a veces creo que lo digo medio en broma, hermano –le dije–. Pero todo lo que uno dice medio en broma, también lo dice medio en serio.

Cuando notó que no lo dije en broma, el gesto en su cara se transformó. Se puso serio, realmente interesado en lo que decía.

–Entonces cámbiese. Estudie literatura, cualquier otra cosa que crea que le pueda ayudar en ese proyecto –me dijo.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Usted sabe que yo tengo beca. En vez de pagar diez millones por el semestre solo pagamos uno. Un solo millón. Es una gran ayuda para mis papás. Incluso pagando solo un millón, a veces hay problemas de dinero en la casa.

–¿Y no le hacen traspaso de la beca a la otra carrera?

–No, ya pregunté –le dije algo consternado–. Me la gané para esta carrera y ya no puedo competir para otro programa.

Julián ya no supo qué decir y se levantó a comprar algo para almorzar. Yo me quedé sentado en la mesa, de nuevo distraído del mundo a mi alrededor, concentrado en todo eso de la carrera. Tenía la cabeza gacha, la mirada fija en un punto en la mesa. De pronto levanté la cabeza y la vi. Llevaba ocho días sin verla. Caminaba hacia mí y mi corazón se aceleró como si un conductor de Fórmula 1 se hubiese puesto al mando. Levantó su mano en forma de saludo como a tres metros de donde yo me encontraba. Incrédulo, voltee a mirar para ver si estaba saludando a alguien que se encontraba detrás de mí –como a veces me pasa–, pero no, no había nadie, el saludo era para mí. Entonces lo respondí acompañado de una leve sonrisa, probablemente me estaba viendo como un idiota, pero a veces es imposible ocultar lo que uno es.

–Hola, ¿cómo has estado? –me dijo.

–Bien, ¿y tú? ¿Qué tal el libro?

–Precisamente por eso me acerqué, me gustó mucho.

Noté que estaba nerviosa. Sus mejillas estaban teñidas de un tenue color rojo, como ruborizadas.

–Me alegra –le dije–. Coetzee me ha gustado mucho, siento que después de leerlo he aprendido a ver ciertas cosas con otros ojos.

–Sí, creo que me pasa algo similar.

Hubo un silencio algo incómodo.

–Bueno, tengo clase. Gracias por recomendármelo, creo que lo disfruté mucho más después de lo que me dijiste el otro día.

–Con gusto. En serio me alegra que lo hayas disfrutado tanto.

Como la primera vez, pensé en decirle algo mientras empezaba a alejarse. Decir su nombre, algo. En ese momento caí en cuenta de que no lo sabía, que nunca me lo había dicho. Entonces, la voz salió de mi boca, casi sin quererlo.

–¡Oye! Espera...

Ella se había ido caminando despacio, como si estuviese esperando que yo le dijera algo.

–Dime –contestó tras darse vuelta.

–Tu nombre. Nunca me dijiste tu nombre.

–Laura. ¿Y el tuyo?

–David.

No sé por qué le estiré la mano para estrechar la de ella, como si nos estuviéramos presentando por primera vez. Aunque bueno, eso era lo que estaba pasando, incluso para mi sorpresa. Ella sonrió un poco, dejó caer su mano sobre la mía y la estrechó suavemente. Las agitamos mientras sonreímos –de nuevo– levemente. Mientras la miraba, pensé que esta vez no podría perder la oportunidad de seguir en contacto.

–¿Me darías tu número? –le dije, sin dejar de sorprenderme de lo osado que eso era para mí.

–Sí, claro. Me parece bien –dijo ella con una voz que parecía algo nerviosa.

Saqué mi celular y lo anoté. Ella, contrario a la primera vez, se despidió de mí de beso en la mejilla y fue al encuentro de sus amigas, que observaron todo desde la distancia. La miré hasta que me fue imposible seguirle el rastro con la vista. Julián estaba volviendo con su almuerzo y me dijo:

–¿Y esa sonrisa?

Septiembre 16 de 2017

Hemos estado hablando en estos días. Hace mucho no me sentía así. El mismo día que me dio su número le escribí, en la noche. Le recordaba mi nombre y le dije que era para que me guardara. Me dijo que lo recordaba y que estábamos hablando.

Los primeros días solo hablamos por ahí. Yo trataba de poner tema, de hablar de cualquier cosa desde que nos siguiéramos escribiendo. Ella al principio contestaba muy de vez en cuando, después ya empezó a hacerlo con más frecuencia. Trataba de bromear, de hacerla reír, y parece que por momentos tenía éxito. Al menos ella escribía el “jajajaja” que lo indicaba. Un día se me ocurrió decirle que si quería almorzar conmigo. Yo hablaba, hablaba y hablaba, mientras ella soltaba unas tímidas carcajadas con algunos de mis comentarios. Era realmente introvertida, aunque a mí poco me importaba, yo estaba feliz de poder compartir con ella el rato. De hecho, cada pequeña sonrisa que se dibujaba en su rostro era para mí una felicidad enorme, como cuando tu equipo de fútbol gana el partido en el último minuto.

Con el pasar de los días ella se fue soltando. Conversaba más, las risas dejaron de ser tan tímidas y comenzaron a ser ruidosas, estrepitosas, como deben ser. Empezamos a dialogar de nuestros gustos, de nuestras vidas; empezamos realmente a conocernos. Estábamos viviendo ese momento en el que cada vez quedan menos dudas de que hay un gusto, una atracción, donde incluso, tras regarse un poco, empieza a germinar un sentimiento. Ese momento casi mágico donde todo va encajando.

Me gusta ver las relaciones amorosas como un rompecabezas. Hay momentos en los que uno va pasando por varias fichas intentando que encajen en algún lugar, pero por más que lo intenta, no lo logra. Y así se puede pasar un buen tiempo buscando esa ficha para que, después, todo empiece a funcionar. Hay quienes se pasan la vida tratando de encontrarla.

En fin, hoy Laura me aceptó una invitación a comer. Es la primera vez que nos vemos por fuera de la universidad y probablemente le proponga que seamos novios. Tengo esos nervios que se sienten cuando se está a punto de hacer algo importante. Tal vez esta noche el rompecabezas empiece a coger forma.

Octubre 16 de 2017

Hoy cumplimos un mes de novios. Aquella noche en que salimos todo salió mejor de lo que yo esperaba. Antes de proponerle que fuera mi novia, nos besamos. Yo imaginaba ese beso antes de ser novios, ese que se da espontáneamente, sin el compromiso que puede tener uno cuando ya se está en la relación. Ese primer beso que se escribe con marcador permanente en la memoria, que nunca se olvida.

Las cosas han ido bastante bien con ella. Siento que tomé la decisión correcta. Tal vez no haya mejor satisfacción que eso. Todo sería perfecto si no fuera porque sigue dándome vueltas en la cabeza el tema de la carrera, como una canción terrible con un ritmo pegajoso. En estos días hablé con mi mamá sobre la posibilidad de cambiarme de carrera. Me preguntó si estaba seguro, me preguntó por las razones por las cuáles quería cambiarme. Yo le dije algo muy general: que no era lo mío, que me había dado cuenta de que me gustaba otras cosa menos eso. Ella estaba sorprendida y algo angustiada. Yo no acostumbraba a tocar temas de dinero con ella, pero terminamos hablando de la situación económica en la que estábamos. Aun cuando tratamos de reducir los gastos lo más que podemos, me dijo, todavía debemos mucho dinero. Era realmente grave el asunto. También me dijo que a ella no le importaba tener que hipotecar la casa para poder pagarme una carrera en la que yo fuera feliz. Estoy seguro de que ambos lo harían, siempre le han apostado a mis sueños, pero yo no podría dejarlos, no sería tan irresponsable. Desearía tener todo el dinero del mundo para darles la vida que se merecen, para que mi papá no tuviera que dormir cuatro horas al día para poder responder en sus dos trabajos como maestro de colegio público y de universidad. El viejo ya tiene sesenta y dos, ya no está para esos trotes. O para darle a mi mamá la vejez que se merece después de trabajar toda su vida en una miscelánea con mis tías, en el negocio familiar que hace unos años decidieron cerrar porque lo que estaban ganando no les alcanzaba ni para comer. Alquilaron el local y mi mamá apenas recibe quinientos mil pesos. Ella ya tiene sesenta y cuatro años, se encarga de la casa. No es justo que después de trabajar toda su vida no pueda dedicarse a descansar. Algo

se me tiene que ocurrir para poder cumplir mi sueño y dejar de ser un gasto para ellos.

1 de noviembre de 2017

Le he estado dando vueltas a una idea. Parece arriesgada y algo descabellada, pero tal vez las mejores ideas lo son, también algunas de las peores, pero nunca se sabe hasta que no se ponen en práctica. Hace un par de días se la comenté a Julián, para que me dijera que pensaba. Estaba esperándolo para almorzar. Me saludó y lo primero que dijo fue:

–¿Y Laura?

–Bien. Ya llevamos un mes y unos días. Es la mayor motivación que tengo para venir a la universidad.

–¿Sigue con ese malestar de la carrera?

–Cada vez es más insoportable. Hay días en que ni me dan ganas de venir. Últimamente hago los trabajos por hacerlos, de afán. Me ha ido muy mal.

–¿Y entonces? ¿Qué piensa hacer?

–Pues he estado pensando en algo, pero no me siento seguro al respecto.

–¿En qué? Cuénteme.

Se inclinó hacia adelante, como para escucharme mejor.

–El otro día hablé con mi mamá sobre el tema. Se sorprendió. Yo nunca le había dado indicios de lo que me pasaba, siempre actuaba como si todo estuviera bien. Tampoco me merezco un Oscar, pero ella realmente no sospechaba de nada. Me dijo que lo importante era que yo fuera feliz con lo que hiciera. Le dije que si me cambiaba, la beca no me cubriría otra carrera que no fuera periodismo. Entonces le pregunté qué tal estábamos de dinero, –tomé un poco de la gaseosa que tenía en la mesa y continúe–: y lo que me contó me

dejó devastado. Todavía debemos más o menos cincuenta millones para terminar de pagar la casa. Tanto ella como mi papá deben más de diez millones en tarjetas. Además, hay un préstamo de mi papá por el que le descuentan mensualmente casi la mitad del sueldo y aun así todavía debe unos veinte millones o más. Todo eso suma una deuda por casi cien millones. No hay de donde sacar más dinero y yo no quiero ser un gasto más.

–Qué vaina –hubo un silencio de unos segundos hasta que volvió a hablar–. Pero bueno, ¿qué es en lo que ha estado pensando?

–Pues la verdad yo me siento aburrido de esto. Como le digo, ya ni me dan ganas de venir. Es estresante, hasta he llorado y todo. No quiero que mis papás sigan gastando su dinero en algo que ni siquiera me gusta, pero tampoco quiero ponerlos a endeudarse más pagando una carrera en la que no sé si tengo futuro. Así que en lo que he estado pensando es...

Julián me miraba como preparado para lo peor. Yo me demoré un poco en concluir la frase y él tenía la mirada puesta en mí como si tratara de sacarme las palabras. No dijo nada y yo terminé de hablar.

–...salirme de la carrera y empezar a leer por mi cuenta, gastando únicamente lo de los libros, cosa que espero no tener que hacer porque mi papá siempre fue un gran lector y creo que puedo sacar mucho y muy buen material de su biblioteca. Me voy a salir, voy a leer todo lo que me gusta leer y voy a escribir. Eso es en lo que he estado pensando.

Julián guardó silencio un momento. Su cara era la de una persona a la que le han dado una noticia grave pero no tanto, como si se hubiese sacado tres en un parcial o como si hubiese estado a punto de ganarse el baloto pero el azar lo hubiese abandonado al final, como alguna vez nos abandona a todos. Entonces habló:

–Pero, hermano. ¿está seguro de que quiere dejar la carrera? ¿No es una crisis como las de siempre? ¿En serio es así de grave?

–Sí, no es como las otras. Es que esta vez estoy seguro de lo que quiero hacer, quiero escribir. Muchos lo han logrado. Yo no sé qué

tan bueno sea pero nunca lo voy a saber si no lo intento. El otro día estuve mirando y García Márquez no terminó la universidad. El escritor que a usted le gusta tanto, tampoco.

–Sí, Ospina no terminó. Pero hay que ser un Gabriel García Márquez o un William Ospina o un Estanislao Zuleta.

–De acuerdo. Pero, como le digo, nunca voy a saber qué tan bueno o qué tan desastroso soy si nunca lo intento. Lo que sé es que no quiero seguir estudiando algo que no me motiva a levantarme en las mañanas y que por el contrario me hace desear quedarme en mi cama todo el día, evitando la realidad. Tampoco quiero que mis papás gasten más dinero para tener un cartón en la pared. No me sirve. Al menos no me sirve para lo que deseo en un futuro en mi vida. Y no hay otra forma de empezar a cambiar ese futuro que no sea empezando por cambiar este presente.

–Pues si está tan decidido, ¡hágale, hermano! Yo lo apoyo en lo que pueda. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

–Necesito libros, muchos libros. Quiero conseguir muchos libros para armar una buena biblioteca y encerrarme a leer. Como le dije, mi papá debe tener más de mil libros en su biblioteca, tendría que hacer una selección ahí y ver qué títulos podría agregar, qué títulos podrían hacer falta.

–Haga ese inventario y me avisa. Yo no es que tenga muchos libros, pero puedo comentarle a otras personas y se podría recoger una buena cantidad.

–Gracias, hermano. Yo le estoy contando.

Noviembre 20 de 2017

Es mi última semana de parciales. No he estudiado casi nada, estos días me la he pasado escudriñando y revolviendo la biblioteca de mi papá. A él y a mi mamá les ha parecido extraño. Incluso, mi papá me ha preguntado un par de veces qué voy a hacer con esa cantidad de libros que he ido sacando, yo simplemente le respondo

que quiero empezar a leer más. No ha puesto mayor objeción, él siempre ha querido que lea más. Cuando estaba en mi adolescencia no leía por llevarle la contraria, él me compraba libros y yo solo veía televisión y jugaba videojuegos. Imagino que ahora, aunque le parezca sospechoso el saqueo que he hecho a su biblioteca, debe estar feliz porque arrumo montañas de libros en mi cuarto y porque me ve gran parte del tiempo que estoy en la casa leyendo. Me queda una pequeña parte de la biblioteca que no he explorado, donde se encuentra todo lo de literatura. Mi papá tiene libros viejos, tengo la expectativa de encontrar verdaderas joyas. Ya he mirado todo lo de historia, filosofía y otras humanidades. También algunos títulos de otros temas que me han llamado la atención. Una vez termine de hacer la selección de todo lo que me sirve, voy a ver lo que mis amigos y conocidos dicen estar dispuestos a donarme. Muchos se han mostrado interesados en hacerlo. Siempre es bueno saber que uno está rodeado de corazones generosos, de buenas personas. Finalmente, he hecho un ahorro para comprar los títulos que me faltan y crea necesario conseguir. Espero tener todo para empezar esta nueva etapa el primero de diciembre.

1 de diciembre de 2017

Todo está listo. Logré conseguir un poco más de mil libros entre lo que tomé prestado de la biblioteca de mi papá, de lo que donaron mis amigos y de los libros que compré que me parecían indispensables. No fueron muchos, hice una lista que rodeaba los 100, utilicé unos ahorros que tenía y les pedí a mis papás lo que me hacía falta. Hablé con ellos sobre lo que pensaba hacer y aunque aún parecen tener sus reservas decidieron apoyarme, especialmente mi mamá, que tiene una fe ciega en mí, en que tengo todo el potencial del mundo para hacer lo que me proponga. Eso me dijo. Las mamás dicen eso, son así: siempre creen en ti y te quieren a pesar de cualquier cosa. No sé si eso sea del todo bueno, a veces se necesita de alguien que le ayude a uno a poner los pies sobre la tierra, pero no podría negar que también se necesita esa persona que crea en ti, que siempre tenga una palabra de apoyo, una sonrisa en los momentos malos. Esa es mi mamá.

Hoy empiezo una nueva vida. No voy a volver a la universidad. Todo lo que necesito de ahora en adelante son los más de mil libros que ya acomodé en mi cuarto. No sé cómo termine esto pero ya no hay marcha atrás. Serán diez años de mi vida que dedicaré a leer. Después, cuando tenga alrededor de treinta, empezaré a escribir, pero primero tengo que alimentar mi mente de historia, de filosofía, de literatura. Si quiero llegar a ser un buen escritor, necesito esto, cultivar mi mente para que los frutos se manifiesten en un futuro. Cien libros por año es la meta que me he impuesto. En diez años empezar a escribir. Quiero apostarle la vida a este sueño. La vida también puede ser eso: apostar.

5 de enero de 2018

La lectura no me ha rendido. En diciembre, por la novena, navidad y todo esto de compartir con la familia y los seres queridos, a duras penas había alcanzado a leer un libro por semana. Si quiero alcanzar mi meta, deben ser dos por semana. Tengo que tomar alguna medida para que así sea porque no puedo demorarme el doble de tiempo que tengo presupuestado, nadie le publicaría a un escritor de cuarenta años que no fuera conocido o no tuviera algo de trayectoria. Al menos eso creo y no pienso arriesgarme a que sea así. Necesito encontrar la manera de empezar a cumplir con esa cuota de dos libros por semana, algo se me va a ocurrir.

3 de febrero de 2018

He tomado una decisión. He reducido a lo más mínimo mi interacción con las personas, con el mundo que me rodea. Le di el celular a mi mamá, saqué el televisor de mi cuarto, dejé de hablarles a mis amigos y terminé con Laura. Tal vez esto es lo que me ha costado más trabajo, pero no pienso volver a salir de mi casa hasta que lea todos los libros. Laura era la distracción más fuerte que tenía, porque no solo perdía el tiempo cuando estaba con ella sino que perdía mucho tiempo pensando en ella, pensando en qué hacer, adónde llevarla. Nunca me había sentido tan bien con alguien, podría decir

que nunca me había sentido tan enamorado, a pesar del poco tiempo que estuvimos. Tenía que sacrificar la relación si quería cumplir con el objetivo que me había planteado. Espero que ella entienda que si no logro esto, jamás me voy a sentir bien conmigo mismo. No es fácil renunciar a ella, a las personas que quiero, pero menos lo es renunciar a este sueño. También, incluso, lo hago por las personas que quiero. Para darle una vida mejor a mis papás. Para sentirme mejor conmigo, para sentirme realizado, si no, me sentiré siempre como un fracasado. Les haré daño a todos, culparé a los demás de mi suerte. No podré ser feliz, no seré nadie. Quienes venimos de abajo siempre tenemos ese miedo presente. Espero que Laura entienda que ella encajaba en mi vida, pero yo jamás iba a encajar en la de ella. Espero que Laura entienda el sacrificio que estoy haciendo por cumplir mi sueño. Si no lo logro, no seré nadie. Nunca.

*

I

A veces cuando hago una pausa de la lectura que estoy haciendo, me gusta escribir. Normalmente transcribo los poemas que más me gustan a un cuaderno que he destinado para eso. Me ayuda a descansar de la lectura que llevo. Además, así los memorizo con más facilidad y hago mi propia antología. Otros días, como hoy, escribo para desahogarme, para dialogar con las voces en mi cabeza. Últimamente he estado pensando en mis amigos, en Laura, en mi familia. Decidí por ningún motivo volver a salir del cuarto. Antes dejaba la puerta sin seguro pero ingresaba mi mamá a importunarme con sus cosas, a distraerme. No lo aguanté más y ahora la puerta permanece siempre con el seguro. Cuando golpean, pongo música a todo volumen en el bafle que conservé. Introduzco la memoria USB y aísló cualquier cosa que pase de la puerta de mi cuarto para afuera. Ha sido el mejor remedio. Incluso leo con la música, con el tiempo me he acostumbrado a ella, se ha convertido en parte de mí. En fin, he estado pensando en todos ellos, me hacen falta, muchas veces me siento solo y pienso en salir a buscarlos, pero no puedo perder el norte si quiero cumplir con mi objetivo. Es curioso que a

veces me pase eso. Antes de encerrarme en mi cuarto yo solía ser un tipo huraño, que evitaba perder mi tiempo en conversaciones insulsas, que muchas veces prefería la compañía de un libro a la de una persona. De vez en cuando alquilaba mi soledad por unas horas y me permitía compartir con mi familia, mis amigos y con Laura, pero desde que me vino la idea de ser escritor, rehuía de todos esos compromisos sociales. Ahora lo extraño. Extraño pasar las noches tomando y hablando con mis amigos hasta la madrugada; extraño salir con Laura, estar con ella todo un día; extraño recostarme en la cama de mis papás a ver películas con ellos. Tal vez antes lo evitaba porque sabía que, de alguna manera, estaban todos a mi alcance y podía hacer cualquiera de esas cosas cuando quisiera. Ahora que no puedo, solo me queda extrañarlos.

II

Volví a sentir esa necesidad de escribir. No sé cuánto tiempo llevo en mi habitación, pero por los libros que he leído calculo que debo llevar casi cinco años. He perdido la noción del tiempo que tenía antes y ahora lo mido en libros. Esta vez fue eso lo que me llevó a escribir: el tiempo. He pensado en si no lo estoy desperdiciando encerrado en estas cuatro paredes, en si diez años es poco o es mucho, en si de verdad tengo talento para escribir y si vale la pena todo esto que estoy haciendo. Me estoy perdiendo toda la vida que transcurre fuera de este cuarto mientras gasto la mía en algo en lo que no sé si hago bien. El río del tiempo se escapa gota a gota de mis manos y no puedo hacer nada para que no se seque. Esta sensación es extraña, me siento viejo, cansado. Desde que se me metió en la cabeza esta idea de ser escritor, no volví a sentirme joven. No pude volver a sentirme inmortal, infalible, invencible como muchas veces se siente la gente de mi edad, porque saben que el fin está lejos, o porque ni siquiera son conscientes de ello sino que van día a día, viviendo el presente, sin preocuparse por el futuro. Mientras que de mí se apoderaba una sensación totalmente distinta: a los veinte años sentía que había perdido mi tiempo, que necesitaba recuperarlo rápidamente. Sentía que había perdido el tiempo en la universidad,

que había dejado de leer muchos libros, tenía la impresión de que la vida no me alcanzaría para cumplir mi sueño. Desde el momento en que decidí que quería ser escritor, no volví a vivir en el presente, vivía siempre en el futuro. Por eso leo con desenfreno, enloquecido, porque cada libro que leo me permite soltarme de estas cadenas que me atan a esta habitación, a estas cuatro paredes. Con cada libro que leo estoy más cerca de salir de aquí, de ser libre. Tal vez ese sea el único sentido de los libros: liberarnos. Incluso, cuando leo literatura no me siento aquí, encerrado, sino que mi cuarto se transforma en una suerte de máquina del tiempo que me lleva a la escena que estoy leyendo, por momentos soy el espectador de primera fila, por momentos soy el personaje. Luego caigo en un estado de inconsciencia, como si cayera en coma, y me despierto alterado, angustiado por el tiempo que he perdido durmiendo en vez de aprovecharlo leyendo. El tiempo no da espera, todos lo saben.

III

Esta mañana volví a despertarme aterrorizado. Últimamente había tenido muchas pesadillas. Lo primero que hice fue mirar la mesita de noche que estaba al lado derecho del sillón del que no me había levantado desde que decidí encerrarme en mi habitación. Siempre hacía eso porque ahí dejaba el libro que estaba leyendo. Si no estaba ahí, buscaba en mis muslos o en el piso, a veces me quedaba dormido con el libro en las manos. Cuando miré, no había nada sobre la mesita de noche. Tampoco en mis muslos, así que, como pude, me incliné para ver si se había caído al piso. Nada. A mi izquierda estaban todos los libros que había leído. Los había acomodado uno sobre otro, construyendo montañas que alcanzaban el metro de altura. Traté de recordar el momento antes de quedarme dormido. Efectivamente, justo antes de dormir había terminado el tomo con los cuentos completos de Poe que estaba leyendo. Era el último libro que me faltaba por leer. Tal vez eso explicaba mis pesadillas de los últimos días. Era el primer libro de la cordillera que se presentaba a mi costado izquierdo. Finalmente había terminado, lo había logrado. Ahora podría cumplir mi sueño, ahora podría sentarme a escribir.

Apenas logré escapar del sentimiento de felicidad que había secuestrado mi atención, me dispuse a levantarme del sillón. Fue una tarea bastante complicada porque el cuerpo de sesenta kilos que alguna vez se sentó por primera vez ahí ahora debía pesar alrededor de unos cien. Tras un esfuerzo titánico lo logré. Abrí la puerta de mi cuarto y sentí como una corriente de aire golpeó mi cara. Me dirigí al baño. Quería ver mi rostro después de tantos años. Cuando estuve frente al espejo, me costó reconocermelo. Tenía una barba larga y frondosa. Lucía canosa como mi cabello. Me preocupó el hecho de que parecía mucho mayor que una persona de treinta años. Pensé en que tal vez fuera solo la impresión de verme después de tanto tiempo. Luego recordé que a mi papá y a mis tíos les habían empezado a salir canas desde los veinte años y que a los treinta ya tenían una gran parte de su cabello de color gris. Procedí a afeitarme porque la barba realmente me hacía ver viejo.

Con la cara limpia se revelaron ante mí varias arrugas. Realmente no parecía una persona de treinta años, pero no podía ser posible, estaba leyendo a buen ritmo. Al menos eso creía. Regresé a mi cuarto preocupado por el asunto de mi edad y vi un sobre pegado a la puerta de la habitación en el que no había reparado cuando hace unos minutos había emprendido mi camino al baño. Solo decía "Para David". Lo abrí rápidamente, estaba firmado por Camilo, mi medio hermano mayor. No sabía nada de él desde los catorce, se había ido a México a hacer una maestría y desde ahí hablábamos esporádicamente. Empecé a leer:

Hermano, tu mamá se enfermó. Está en el hospital desde hace unos días. Te golpearon la puerta muchas veces pero no respondiste. Está en la Clínica Reina Sofía, te dejo dinero para que vayas a visitarla. Voy a estar acompañando a mi papá, mejor dicho, nuestro papá. Ojalá salgas pronto de esa habitación, te esperamos allá.

Te queremos mucho. Nos haces falta. Att: Camilo.

Una lágrima se deslizó por mi rostro apenas terminé de leer. Cualquier cosa podía faltarme en el mundo menos mi mamá. Si me había encerrado tanto tiempo en esa habitación también era por ella, porque quería salir de ahí y darle lo mejor, lo que se merece.

Me vestí lo más rápido que pude. Tenía una camisa que me quedaba pequeña. Tuve que ponerme una chaqueta y un pantalón de mi papá. Tomé el sobre y lo metí en el bolsillo de la camisa. Me costó cerrar la chaqueta pero lo logré. Cogí las llaves y salí a la calle.

Todo lucía diferente a como lo recordaba. Caminé un buen rato sin saber hacia dónde, no controlaba ni siquiera el rumbo que tomaban mis pies. Mi cabeza estaba ocupada tratando de entender lo que pasaba, puede hasta que hubiese estado a punto de ser atropellado pero ni me di por enterado en ese momento, toda mi atención estaba enfocada en tratar de explicarme lo que estaba sucediendo. Por alguna razón que aún no me explico, terminé en el parque al que solía ir a jugar con mis papás cuando era un niño. Contrario a todo lo que había visto, el parque permanecía igual a como lo recordaba. Estaba la silla en la que nos sentábamos a comer helado los domingos, como pude me acerqué y me dejé caer estrepitosamente.

Cuando recuperé un poco la noción de la realidad, un hombre de bigote iba pasando por enfrente de mí. Le pregunté la hora y el día. Es jueves y es la 1 y cuarenta y cinco de la tarde, me dijo. Le pregunté qué fecha era. Por mi ropa y por como me miró, creo que pensó que estaba borracho. Aun así respondió: es el 6 de noviembre de 2047. Todo se me derrumbó. Ni siquiera le di las gracias al señor, que se empezó a alejar rápidamente. 2047. Se supone que debía salir de mi cuarto a los diez años, en el 2027 o 2028, cuando tuviera treinta años. Eso quería decir que ahora tenía cincuenta años. No lo podía creer. Había pasado treinta años de mi vida en esa habitación. Más de la mitad de mi vida. Empecé a llorar como nunca lo había hecho en mi vida. Mis ojos eran nubes negras que inundaban mi rostro de lágrimas. Me sentía naufragar en ese momento. Sentía que me faltaba el aire. Me dio mareo. Me desmayé.

Cuando desperté, un montón de pensamientos invadieron mi cabeza. Pensé en mis amigos, en Laura, en mi papá, en mi hermano, en mi madre. Pensé en que había dejado todo lo que conocía, todo lo que era mi vida por introducirme en esa habitación, por introducirme en ese sueño que ahora se desvanecía como las lágrimas que se escurrían de mi rostro y se estrellaban contra el asfalto. Nadie publicaría a un cincuentón que no conoce nadie. Además,

¿qué sentido tendría? No tendría con quien compartir la felicidad de cumplir mi sueño, si me había encerrado en esas cuatro paredes era, también, para sentirme realizado y poder compartir la alegría de ver mi sueño cumplido con los demás. Quería darle lo mejor a mis papás, que se lo merecían como nadie en el mundo, pero ahora no tenía nada. Ni mi sueño, ni mis amigos, ni mi Laura, ni mis papás, ni nada. Quería tener un futuro, sí, pero junto a ellos, junto a las personas que amaba, que amo. ¿Por qué había hecho todo esto? Por el miedo a fracasar, a no ser alguien. Por miedo, en últimas por eso lo hice. Me privé de estar al lado de las personas que amaba, de compartir su vida, sus triunfos, sus derrotas, por tratar de construir un futuro grande para mí. Pero nada tendría sentido sin ellos, sin los seres que amo. Dejé de disfrutar las pequeñas cosas pensando en el futuro, pero el futuro nunca fue, solo fue el presente, que se me había esfumado de las manos. Traté de escapar de esa tormenta de pensamientos que rondaba mi cabeza. Quise volver a la realidad y pensar que todo había sido un sueño, una pesadilla. Tal vez la vida es ambas cosas. Pensé en ir a buscar a mi mamá, saber cómo estaba. Revisé el bolsillo de mi camisa y saqué lo que había adentro. Estaba el sobre, pero además había un papel que lucía viejo y algo arrugado. Lo abrí, era un poema que había transcrito. El título era *El instante*, un poema de Borges. Empecé a leerlo y me detuve en una frase que había subrayado varias veces con color rojo: *El presente está solo*.

*

MIGUEL AGUIRRE

CUENTO NO.7

Crímen

Un crimen atroz, eso es lo que es: este hombre acaba de asesinar a un inocente a sangre fría; es más, no solo era un inocente, era un enfermo. Lo asesinó con sus propias manos, de una manera imperdonable, espeluznante, increíble: usó un extintor, un puto extintor, blandiéndolo por los aires y golpeando una y otra vez, una y otra vez, la cabeza de la víctima. Toda una multitud de espectadores vio la escena. Nadie se movió, todos quedaron estupefactos. Hemos llevado a cabo una serie de interrogaciones y, hombre, no le miento si le digo que el asombro es general. En toda mi carrera como policía nunca había visto algo semejante... y vaya si he visto cosas.

JOAQUÍN RAMÍREZ,
policia en jefe,
encargado de la captura del supuesto asesino

Aún no puedo creer lo que vi. Me había bajado del carro porque la fila no se movía y pues, usted sabe, si uno ve que el trancón no da pa' más, uno se baja y ve qué sucede. Además, pasaba y pasaba gente de todititas las pintas que uno se podría imaginar y una, pues no se puede quedar ahí en el carro. Entonces me dije, María Antonia, vos tenés que ver lo que está pasando y pues, ahí fue que me bajé y me fui siguiendo a un culicagado con casco de moto hasta donde comenzaba el trancón. Y ahí estaba ese pobre hombre que de solo recordarlo me dan ganas de llorar, es que una qué puede pensar si se pone en los pies de la esposa y de la familia y usted sabe, ese tipo de cosas. Estaba ahí, tiraditito en el suelo, pero con un traje que bien podría ser de Arturo Calle y una corbata de esas que siempre quedan bien y unos zapatos recién embetunados. Y yo me dije, María Antonia, aquí qué está pasando, porque ese hombre está bien, pues, no tiene sangre ni nada. Y como bien había visto, el hombre estaba sano y comenzó a pararse y yo ya me estaba preparando para volver al carro porque realmente pa' qué tanto alboroto, si es que ya iba a llegar tarde al trabajo y a una la regañan si incumple solo por unos minutitos... cuando ese loco, ese monstruo, esa bestia, digo yo, llega y me empuja y empuja a otros y empuja al culicagado ese del casco de moto y grita como un condenado y salta al frente y comienza a golpear la cara de ese pobre señor al que tan bien le

quedaba la corbata y el traje de Arturo Calle. No, no, no, pa' qué me hace recordar eso, no quiero pensar en esas cosas. Pero en serio, le digo que fue horrible. Y chilguetió sangre pa' todas partes y la gente ni gritó, es que le digo, la gente se quedó seca, como cuando ni hay fuerzas pa' gritar. Y yo rezaba Ave María purísima ayúdame que si no me muero, Madrecita misericordiosa. Es que fue horrible, en serio, en serio, en serio que fue horrible.

MARÍA ANTONIA BENÍTEZ,
gerente del Éxito,
testigo del crimen

Este crimen deleznable es una de las pruebas fehacientes de que vivimos en una sociedad decadente y malsana; por esto es por lo que hoy en día añoro la pena de muerte. Ni un Raskólnikov ni un Grenouille serían capaces de algo tan... algo tan... inverosímil. En ningún momento me atrevería a escribir algo parecido en mis novelas, porque sería tachado de amarillista inconsecuente. El caballero yacía en el asfalto, su cara observaba la cúpula celeste, sus ropajes estaban manchados de sangre seca, pero aún conservaba el hálito de la vida. Esperábamos que llegaran los galenos, es decir, los paramédicos; nadie había tocado al herido por temor a cargos legales. De repente, el yaciente comenzó a incorporarse, soltando débiles estertores, mirándonos, presa de la confusión. Era evidente que se encontraba obnubilado, pero sano, a fin de cuentas. La mirada, un poco estrábica y tal vez algo apagada, guardaba en sí misma el brillo de la consciencia. Y entonces sucede lo que sucede. Uno a veces intenta entender el funcionamiento de la mente de este tipo de personas, pero es que resulta imposible. No sé, algún ataque de paranoia, un colapso mental, un estado de efervescencia. Digo, el sol a veces puede inducir a este tipo de actos, y vaya si hacía sol. No me imagino esos momentos en los que abrió el maletero del carro, sacó el extintor, se paró en jarras y preparó el ataque. Yo solo lo vi cuando saltaba al frente y daba el primer golpe. El herido se tambaleó, dio un traspies, pero se mantuvo en pie. Entonces vino el segundo golpe. El asesino cayó sobre su víctima, le inmovilizó

el cuerpo con las piernas y comenzó a descargar golpes sobre su cabeza, uno tras otro. Diría que el sonido estaba con sordina, todo parecía un sueño. El hueso chocando contra el asfalto tras cada uno de los embates. Al final el cráneo explotó. Nadie hablaba. Bueno, tal vez alguien gritó, pero no fui yo. Vimos toda la escena, inmóviles, estáticos, como si el tiempo, la realidad, todo pendiese de un hilo, como si el primer movimiento fuese a hacer que toda esa pesadilla se volviese realidad. Pero el hechizo se deshizo, como todo en esta vida, y un grupo de hombres y yo corrimos y tumbamos al asesino. Todo era muy inverosímil, yo sé, es que lo digo y lo repito, yo jamás pondría algo así en una de mis novelas, es que ni para un cuento de esos de vanguardia serviría. Al final, claro, llegaron los súbditos de Ares, pues, la policía y todo esto se acabó. Inverosímil, todo inverosímil, eso digo yo.

ARMANDO CABALLERO,
escritor emergente,
testigo del crimen

* * *

La ciudad está conmocionada ante un crimen atroz que tiene en vilo a toda la población: las tardes se han teñido de rojo desde entonces y nadie sabe cómo reaccionar ante eventos de semejante naturaleza. El pasado lunes, un señor de cuarenta y tres años de edad fue asesinado a sangre fría por un hombre de treinta y siete.

Eran las 7:10 am. La víctima, Lázaro Zapata, alto ejecutivo del grupo empresarial Argos, se encontraba tendido en medio de la Avenida Las Vegas, en los carriles sur-norte, pocos metros después de la Aguacatala. Las causas de su estado aún son desconocidas; los testigos afirman que había caminado hasta el centro de la vía, había detenido el tráfico y se había desplomado. Los informes indican que sufría de una enfermedad, pero ésta aún no ha sido identificada.

Al encontrarse tendido en medio de la avenida y con claros síntomas de debilidad física, comenzó a congregarse en torno a él un grupo de curiosos. Entre estos hubo un par de héroes (que han

decidido permanecer en el anonimato) que intentaron socorrerlo, pero, dicen ellos, al no notar signos vitales, decidieron llamar al 123 y no intervenir en el caso.

El área había sido despejada y solo esperaban la llegada de la ambulancia. La multitud impedía totalmente la circulación del tráfico y esto provocaba un número de espectadores cada vez mayor. Solo habían pasado diez minutos cuando Lázaro Zapata volvió a mostrar signos vitales y comenzó a incorporarse. Hubo varias personas que intentaron detenerlo, pero él parecía no escucharlas. Este fue el momento en el que el crimen fue cometido.

De entre la multitud salió un hombre blandiendo un extintor y gritando a todos que se alejaran. Se abalanzó sobre Lázaro Zapata, lo tumbó de nuevo sobre el asfalto y golpeó repetidamente su cabeza con el arma. Nadie se movió, con miedo por su propia seguridad y por el shock del momento. El asesino no se detuvo hasta que el cráneo de su víctima estaba irreparablemente fracturado y el cadáver yacía inmóvil.

Solo cuando el asesino había completado su trabajo y levantaba la mirada a los civiles, un grupo de personas saltaron sobre él y lo inmovilizaron hasta que llegó la policía y fue arrestado.

Aún se desconocen los motivos del criminal, pero el juzgado parece decidido a dictaminar sobre el caso y condenar al asesino lo más pronto posible.

Esto es una noticia en progreso, que será continuada en nuestras siguientes ediciones.

* * *

Mi marido era un hombre justo y fiel y trabajador y bueno y lindo y sincero. Siempre lo dio todo por su familia, siempre ayudó a los pobres, incluso participaba en las obras de la parroquia del barrio. ¿Qué? Pues, sí, de vez en cuando peleábamos, pero lo natural, como cualquier pareja, por un poquito de celos o por alguna cosa parecida. ¿Por qué siempre le deben pasar este tipo de cosas a la gente buena, a la gente que cumple con su trabajo y no le hace mal

a nadie? En cambio, a viciosos, a ladrones, a comunistas, a esos sí que no les pasa nada. Pero señor, escúcheme, ¿no sé da cuenta que me acabo de quedar sin esposo? Yo tengo dos hijos y dígame, ¿qué voy a hacer con ellos? Jaimito apenas si está terminando la maestría en Nueva York y Jorgito dice que quiere irse para Francia. ¡Es que ese asesino nos quitó el futuro! El seguro apenas si nos va a alcanzar para los gastos de los próximos tres años, pero luego, ¿qué? No, no, no. ¡Nos va a tocar vender una de las fincas! ¿Cómo vamos a seguir viviendo sin el pobre Lázaro, mi Lázaro, mi Lazarito lindo? ¿Qué? No, no, ¿por qué lo pregunta? Él estaba perfecto de salud. Tal vez tenía una cosita ahí en la próstata, pero nada grave. ¿Por qué lo dice? ¿Que estaba enfermo? Ah... tal vez estaba otra vez con... no, no, nada, no tenía nada de nada. Y cuando salió de la casa estaba completamente bien, sanito y alegre como siempre ha sido. Pero en serio, ¿quién nos va a pagar la pérdida de mi pobre Lázaro? Es que ni que fuera un don nadie. ¡Era gerente de Argos! ¿Cómo que gerente de qué? No, pues gerente, de los importantes.

VICTORIA ZULUAGA,
esposa de la víctima

La investigación va perfectamente: bajo mi liderazgo los agentes han encontrado pruebas irrefutables para sostener la acusación. El asesino es un hombre bajo y sin principios, alguien a quien es difícil entender por lo básico de su pensamiento. Les confirmo que todo está claro como el agua. Pues, no, el asesino no tiene nada que ver con la víctima, no son parientes ni se conocían. Tampoco hubo intención de robo. Sí, sí, el asesino tiene un historial limpio, no ha cometido ni una infracción de tránsito. ¿Qué? Pues, sí se podría decir que era un ciudadano ejemplar... pero es un criminal, no hay nada que hacer. En los interrogatorios no ha dicho nada, pero estamos a punto de hacerlo hablar. ¿Las pruebas? Las pruebas de las que hablaba son confidenciales, no se las puedo dar a la prensa... pero, ¿qué más prueba que todos los testigos del evento? No, señor, es que usted no entiende los procedimientos de la Fiscalía. No es que no tengamos pruebas, es que no se las podemos mostrar. ¿Usted sabe yo cuanto tiempo llevo en este cargo? Quince años, quince años y tres meses,

ahora para que usted me venga a decir cómo tengo que trabajar. Sí, sí, sí, señor, ya sé lo que me quiere decir, pero se equivoca. Las investigaciones van perfectamente, como siempre, es que usted es el que no entiende. ¿Sabe qué, caballero? Se terminó la entrevista.

NICOLÁS VÉLEZ,
fiscal encargado de la investigación

El asesino sufre de una clara psicosis múltiple: aún es muy pronto para precisar cuál es el trauma específico que lo impulsó a cometer el crimen, pero creo que no está muy desencaminada la teoría de que sufre de esquizofrenia y que, durante el asesinato, era presa de un ataque de pánico. Está obsesionado con algunas ideas absurdas que para él son la realidad. No estoy segura de cómo deba ser tratado este caso. A ver, si le soy sincera, la situación es muy compleja. El asesino... ¿puedo decir ya su nombre? ¿No? Está bien, entonces. El asesino, en las entrevistas, suele hablar muy coherentemente, como una persona normal, incluso como alguien inteligente. Pero sus declaraciones son tan absurdas que cuesta no sentirse inquieta. No es el modo en que lo dice, es lo que dice como tal lo que me induce a pensar en la psicosis múltiple. Lo más probable es que lo terminen encerrando en la cárcel, pero yo, personalmente, propondría que lo recluyesen en un psiquiátrico. No puede estar sano, aunque así parezca, y un caso como este podría marcar un precedente para futuras investigaciones.

MARGARITA LAFUENTE,
psicóloga encargada de analizar al criminal

Los extractos anteriores son, poco más o menos, los textos más claros que hablan sobre el crimen sucedido. Algunos son entrevistas, otros son artículos propiamente dichos, tomados todos de los periódicos locales. Los anexo con el fin de iluminar el caso lo mejor posible. Desde que sucedió el crimen me interesé sobremanera por la verdad escondida tras este incidente. Los eventos, las declaraciones, todo es muy confuso, incluso, como lo decía ese

escritorzuelo de arriba, inverosímil. Me parece que la investigación ha sido poco profesional, algo abrupta y, sobre todo, muy improvisada. La declaración del fiscal Vélez, en particular, me parece muy diciente: no tiene ni idea de lo que está haciendo, pero, aun así, afirma que todo va sobre ruedas. Otra cosa que me pareció muy curiosa fue la ausencia total de declaraciones por parte del criminal, como si quisiesen ocultar su versión de la historia. ¡Ni siquiera decían su nombre! Pues bien, me puse a hacer un par de indagaciones personales y descubrí que el asesino se llama Jesús Merino y es ingeniero de sistemas. Me reservo su lugar de trabajo para evitar futuras complicaciones. ¡Incluso llegué a concertar una entrevista! Para lograrlo me tocó hacer y deshacer, pero bueno, al final obtuve los resultados deseados. Me presenté el día indicado con una serie de preguntas preparadas; al fin y al cabo, el tiempo era limitado y quería sacar toda la información que me fuese posible, sin dejarme nada en el tintero. Sin embargo, Jesús se mostró muy comunicativo y casi que ni me dejó hablar. A continuación, incluyo, textualmente, sus palabras:

¿Que cuál es mi historia? Es que hombre, ¿pa' qué se la cuento si al fin y al cabo usted, como todos los demás, me va a tachar de loco, de esquizofrénico, como decía la doctora Margarita, mujer encantadora por lo demás, de cruel demente, como decía el señor Ramírez, o de puto psicópata, "te vas a morir encanado si no hablas, maricón", como decía el educadísimo fiscal Vélez. Pero bueno, nada pierdo diciéndoselo también a usted. Al fin y al cabo, hombre, es la puta verdad, y que el infierno me trague si no es así, ¿no le parece? Vea pues, yo fui de los curiosos que se acercó al herido... me dijeron que se llamaba Lázaro, ¿no es cierto? Vea, no le voy a mentir, lamento profundamente lo que le pasó al pobre güevón. Uno, sinceramente, por más malo que sea, no se merece un final así de cruel. E incluso diría que, por la ropa que llevaba, era un hombre de esos importantes, pues, de esos que uno ve como por allá encumbrados en esas empresas y que cada vez que salen a hacer una declaración uno se queda como medio embobado de la labia que manejan. Discúlpame, hombre, si estoy muy deslenguado, pero acá en la cárcel a uno se le termina pegando la jerga. Pues bien, sí, sí, claro que me da pesar, ¿cómo no me iba a dar? Pero bueno. Yo lo vi, ahí tirado, y tuve el impulso de

salir y ayudarlo, como todo buen samaritano, ¿entiende? Salté de mi carro, corrí a su lado y comencé a tomar sus signos vitales. Hubo también un par de personas más que vinieron conmigo, un man alto y canoso y un jovencito que parecía no saber qué hacer. El resto se quedó curioseando, manada de asnos que solo se acercan pa' coger el chisme. Entonces, sigo que me pierdo. Le tomamos los signos vitales y, se lo digo y se lo repito, y créame porque yo he tomado un par de cursos de primeros auxilios y sé de lo que hablo, ese hombre estaba muerto. Tomamos su pulso y nada. Le pusimos el espejo debajo de la nariz y nada de nada.

Le hablamos, lo movimos, incluso el hombre canoso le dio una palmada y nada, hombre, nada. Lázaro estaba muerto. Vea, incluso le digo más: sus ojos estaban vidriosos, su piel, fría, sus músculos, tiesos. Es que se lo digo: eso de ahí no era una persona, era un cadáver, con un poco de sangre en la ropa, no mucha, eso sí, pero completamente muerto. Entonces, como era natural y viendo que no podíamos hacer nada, nos paramos, nos alejamos y comenzamos a esperar a la ambulancia. Hasta ahí todo va bien, ¿no? Coincide con la versión oficial. El problema llegó cuando, pasados diez minutos, el cadáver comenzó a levantarse. A levantarse, hombre, a levantarse, ¿entiende lo que le digo? Claro, quienes no se habían acercado al cuerpo creyeron que estaba vivito y que tales, que solo era un pobre enfermo que intentaba pararse. Pero aquellos que vimos el cadáver, ay, hombre, ¿cómo se lo digo? Se nos cayó el alma al piso, nos quedamos tiesos del terror, así, de esas sensaciones paralizantes, terribles, matadoras. Eso era más que estupefacción, eso era espanto. Él... eso, no se podía estar levantando, no podía seguir con vida: era un puto muerto viviente, hombre, un puto muerto viviente. Además, el modo en que se movía, ay hombre, si usted lo hubiera visto tendría una cara muy distinta a la de ahora, el modo en que se movía, repito, era completamente anormal, como para helarle a uno la sangre. Primero aruñó el asfalto, luego gimió de una manera inhumana, después, al no encontrar un punto de apoyo, medio enderezó los pies, pero trazó un arco con su espalda justo antes de erguirse que, de solo recordarlo, tiemblo. Claro, y los ojos seguían vidriosos, incluso diría que estaban inyectados en sangre. Y la

boca, uy, la boca era lo peor, castañeaba, como hambrienta, como deseando morder, usted sabe, como la boca de un perro rabioso de esos que uno sabe que van a hacer algo malo. De seguro que nadie dijo lo que ahora le estoy contando. Es que a la gente como que se le olvida, como que ven solo lo que quieren ver y punto. Vea, hombre, se lo voy a decir ya y espero que no se me ría en la cara: para mí estaba claro, eso no era un humano, eso era un maldito zombi. Sí, sí, de esos de las películas, de esos que se levantan y comen gente e infectan a otros, usted sabe. Y, dígame si no, en las películas nadie le dispara al primer zombi porque pues, puede ser una persona que está solo enferma, que hay que ayudarla, que tales y que pascuales, y también porque si lo matan de una les toca sacar los créditos del final. Y luego va el zombi y muerde a alguien y todo se va a la mierda. Pues, hombre, yo no iba a dejar que algo así sucediera. A mí me gusta el mundo tal cual está, aunque me toque vivir en una cárcel. Eso se estaba moviendo. Eso era un zombi. Eso no podía existir en este mundo. Entonces voy yo, como un reverendo güevón y saco el extintor del carro, aparto a la gente y le destruyo la cabeza a ese monstruo. Y claro, entonces yo soy el malo, el maldito criminal que ataca a enfermos y a viejitas convalecientes, un puto loco que solo vive por ver el mundo arder. Pero, ¿sabes qué, hombre? Ni me arrepiento. Claro, claro que me gustaría seguir libre, pero, ¿pa' qué la libertad en un mundo que se va de culos pal estanque? No, hombre, yo prefiero morir estando encanado que no comido por un muerto viviente. ¿Me sacrificué por el mundo y el mundo, en compensación, me metió a este antro? ¿Pa' qué se lo voy a negar? Sí, muy pendejo yo, pero, hombre, ¿qué más podía hacer? Agradezca mejor, agradezca, y cuando se esté tomando un rico café por la mañana, libre, mirando el mundo y viendo como todo es hermoso, piense que eso me lo debe a mí, piénselo, hágale, que no pierde nada.

JESÚS MERINO,
asesino y... ¿salvador del mundo?

*

ANDRÉS CAICEDO



EL
ENCUENTRO

Cuento inédito

Alberto tomó cuidadosamente la servilleta y se limpió la mancha amarilla que había dejado el huevo frito sobre sus labios. Golpeó la mesa una vez más pero la muchacha no acudió a su llamado.

- Psst señorita - dijo, chasqueando los dedos.

La muchacha lo miró, hizo un gesto de disgusto con los ojos y se dirigió a una mesa del fondo. Alberto no dijo nada, sólo volvió a chasquear los dedos. Como eso tampoco sirviera, golpeó tres veces la mesa con el vaso. Allí fue cuando entró Patricia, dándose toquitos en el pelo para escurrirse el agua. Alberto pudo verla porque su mesa estaba al frente de la puerta. Al principio le pareció solamente una de tantas mujeres conocidas, pero al mirarle el pelo supo que era ella. No le ha cambiado nada.

- A ver, señor - dijo la muchacha, metiéndose las dos manos en el delantal.

- Quería algo señor? - vuelve a hablar casi gritando, porque Alberto no la escuchaba

- Cómo, cómo señorita?

- No me estaba llamando pues?

- Ah si, si. - Patricia había retirado un asiento con delicadeza y ahora se estaba sentando en la mesa del frente: exáctamente al frente. - Sí señorita, cuánto es?

- Patricia se llevó una mano a la boca y golpeó después la mesa con el cenicero. - Nueve veinte. - Alberto se metió la mano derecha al bolsillo del pantalón y sacó un billete de veinte pesos. Rápidamente, tanteó otra vez y sacó ahora un billete de a peso y otro de diez. Le alargó los diez pesos a la muchacha, quien los recibió y sin decir nada corrió a la mesa de Patricia. Es mejor no pedirle la vuelta, ella cree que le hado ochenta centavos de propina. Patricia acercó su cara al hombro de la muchacha y le dijo algo. Afuera seguía lloviendo.

Afuera sigue lloviendo. Alberto, rascándose la cabeza, abre la puerta del closet. Ha agarrado temblorosamente la chapa y jalado con lentitud, sintiendo como la oscuridad de adentro le parte la cara

en dos mitades exactamente iguales. Abre un poco más la puerta y alcanza a ver a Patricia, mitad oscuridad y mitad pelo. Entonces jala la puerta violentamente y siente, goza, aquel grito de Patricia, y cierra los ojos y adelanta su cuerpo hasta que siente el aliento de ella en su cara, y esa mano suya que se tira hacia el frente como para defenderse. Afuera llueve todavía, y los otros niños gritan escondidos en los árboles o corretean en la piscina vacía.

Patricia lo mira a los ojos pero retira inmediatamente la vista. Ha volteado la cabeza hacia la puerta para comprobar si continuaba lloviendo. Continuaba lloviendo. Hizo una mueca de disgusto y volvió a mirar a Alberto a los ojos. Alberto la descubre por segunda vez. Patricia descubre a Alberto mirándola a los ojos pero baja nuevamente la vista. Juguetea delicadamente con la carta. Ha pedido un bistec a caballo que vale ocho pesos pero no hay necesidad siquiera de hacer cuentas porque todas las noches, desde hace trece años, ha pedido lo mismo en este restaurante barato, y es la primera vez que se encuentra aquí con el tipo ese que no ha dejado de mirarla desde que entró.

Riéndose los dos a carcajadas, entre jadeos y suspiros después de haber soltado aquel coro de gritos. Alberto, sin querer, ha rozado su mano y ha sentido como la piel de ella se ha llenado instantáneamente de montañitas dulces.

-Dónde están los otros, Alberto?

-Creo que en la piscina.

- Ya las han encontrado?

- No sé, antes de encontrarte faltaban Estela y María Mercedes.

- Vamos pues.

- A dónde?

- A cualquier parte, no?

- Sí.

Y suelta aquella risita tan suya y Alberto toma una bocanada de aire y salen corriendo por los largos pasadizos de la finca y en el corredor se encuentran con la mamá de María Mercedes que los detiene y ya les está preguntando por su hija.

- Como que todavía está escondida, señora. Alfonso la anda buscando-

- Escondida? Y qué es lo que están haciendo?

- Jugando al escondite, señora.

Hasta que salen de la casa y afuera, llueve todavía. Corren por el pasto y llegan a la piscina vacía donde están todos menos Alfonso y María Mercedes. Ahora no les despegan los ojos de encima y les están gritando dónde estaban pasaron muy sabroso? Queremos verlos ya cogidos de la mano.

El plato viene echando humo. Patricia dice gracias con esa sonrisa que Alberto recuerda tanto. Aspiró el humo y tragó saliva. Tomó el cuchillo y con el tenedor agarró una papita frita. Se la lleva a la boca y se quema. Alberto lo adivina y sonríe divertido, compadeciéndola alegremente. Patricia se quema pero no puede obedecer el primer impulso de escupir la papa: tiene que tragársela casi entera, la siente bajar a tumbos, aliente y pesada, por su garganta. Mira hacia la mesa del frente y sabe que Alberto está compadeciéndola alegremente. Siente como se le sube el color rojo a las mejillas y maldice en silencio mientras corta un pedazo de carne.

Esa noche se quedaron a dormir todos en la finca, y como después de la comida ha dejado de llover, se reúnen formando un círculo en la mitad del patio, húmedos y felices, a cantar o a echar chistes verdes. Alberto se sienta al lado de ella y cuando Pedro Nel, que es el único que medio sabe tocar guitarra, comienza a cantar, o a echar chistes verdes. Alberto se sienta al lado de ella, tímidamente o no sé, arrastra la mano por el pasto hasta que encuentra la suya y allí la deja. Alberto traga saliva y se dice que si voltea a mirarla con estos ojotes va a quedar como un gran pendejo, pero qué le vamos a hacer si no puede contenerse y la mira con los ojotes y todo. Y Patricia lo está esperando ya con su sonrisa. Pedro Nel sigue cantando y a ellos

nadie los mira porque cada uno tiene a su muchacha menos Manuel a quien ninguna le ha parado bolas porque tiene la nariz como una breva. Al lado de Pedro Nel está Gloria comiéndoselo con los ojos, y Fernando y Ana Cristina y Alfonso y María Mercedes quienes ahora juegan a sostener el mismo chicle con las dos bocas, trayéndose para sí la tira de caucho dulce para ver quién llega primero a la mitad. Patricia cierra los ojos cuando Alberto le está apretando la mano de esa forma, y se acerca más a él y le enreda el pelo juguetonamente y lo besa sin humedad, rozando sus labios por un segundo mientras Alberto le dice algo que ahora él no puede recordar porque los demás han soltado un solo grito diciendo los cogimos los cogimos. Y Patricia ya se ha separado de Alberto y se está poniendo roja pero no hay peligro porque ya todo está muy oscuro. Entonces es cuando Alberto se ríe y agarra nuevamente la mano que ha soltado durante el escándalo y se levanta y la levanta a ella y riéndose se alejan del grupo corriendo por el pasto, corriendo hasta que todo el terreno abierto se ha acabado ya, y delante de ellos no hay sino un largo cerco de alambre de púas brillante e invisible a ratos. Se detienen jadeando y miran hacia todas partes. Huelen a leche recién ordeñada y a sudor liviano y cómo van a dejar de sonreír si se saben tan hermosos y tan inmortales. Ella tiene 13 años y él 14 y por allá lejos se alcanzan a ver las luces hostiles de la ciudad.

La muchacha lo ha estado mirando desde hace rato. Ahora se decidió y se está acercando a su mesa.

- Desea algo mas señor? - preguntó, mascando chicle y entrece-
rrando los ojos. Ha visto películas de Ann Margret.

- Sí, tráigame una cajetilla de Piel-roja y una Pepsi-cola.

Hace por lo menos veintisiete años, desde que tuvo que salirse de la Universidad, no tomaba gaseosas. Pero ahora todo es diferente, porque Patricia ha venido a sentarse, después de tanto tiempo, al frente suyo. Patricia ya ha acabado de comer y también ha pedido Pepsi-cola; se lleva cuidadosamente una servilleta de papel a la boca y eructa sin hacer ruido. Alberto comprende que ella se irá pronto, de modo que lo que debe hacer tiene que hacerlo cuanto antes. La muchacha ya le ha dejado los Piel-roja y la Pepsi-cola en

la mesa. Al otro día, sintiendo sus diminutos senos en la espalda cuando la llevaba en el caballo, galopando hacia el río. Patricia se boga su Pepsi-cola y se pone a mirar a – ninguna-parte – temerosa de alzar la vista hasta donde Alberto. Afuera llueve todavía. Alzando las manos al cielo y sintiendo la lluvia en las palmas abiertas y en la cara, y correr después a las caballerizas. Alberto también se boga su Pepsi-cola de un solo tirón y sabe que él si debe mirarla; está bastante flaca, no se había dado cuenta, palabra, después le preguntará qué es lo que ella ha hecho en todos estos años, te acuerdas de mí, Patricia? Alberto paga los Pie-roja y la Pepsi-cola, volviendo a dar propina. Pegando su cuerpo al cuerpo de ella cuando se recuesta en los tablones de la caballeriza, confundiendo sus tímidos jadeos con Patricia, pero de verdad, créeme, con lengua y todo, hermano. Patricia paga su comida y son nueve veinte. Da ochenta centavos de propina a la señorita que todas las noches la atiende tan formalmente. Afuera continúa lloviendo. Antes de pararse de la mesa ira nuevamente a ese hombre sólo, viejo y gordo que ve por primera vez en su vida y que no ha dejado de mirarla desde que entró, ese hombre que ahora se levanta de su asiento y al pasar a su lado la mira a los ojos la última vez, antes de perderse en la lluvia y en la monótona oscuridad de afuera.

*

EL ENCUENTRO

Manuscrito original

[1969]

EL ENCUENTRO

Alberto tomó cuidadosamente la servilleta y rápidamente se limpió la mancha amarilla que le había dejado el huevo frito sobre sus labios. Golpeó la mesa nuevamente, pero la muchacha no acudió a su llamado.

- ¡Psst, señorita! -dijo, chasqueando los dedos.

La muchacha lo miró, hizo un gesto de disgusto con los ojos y se dirigió a una mesa del fondo. Alberto no dijo nada, sólo volvió a chasquear los dedos. Como eso tampoco sirviera, golpeó tres veces la mesa con el vaso. Allí fué cuando entró Patricia, dándose toquitos en el pelo para escurrirse el agua. Alberto pudo verla porque su mesa estaba al frente de la puerta. Al principio creyó ver solamente una de tantas mujeres conocidas, pero al mirarle el pelo supo que era ella. No le ha cambiado nada.

- A ver señor. -dijo la muchacha, metiéndose las dos manos en el delantal.

- Quería algo, señor? - vuelve a hablar, casi gritando, porque Alberto no la ha oído.

- Cómo, cómo señorita?

- No me estaba llamando pues?

- Ah sí, sí. -Patricia había retirado un asiento con delicadeza y ahora se estaba sentando en la mesa del frente: exactamente al frente. - Sí señorita, cuánto es? -Patricia se llevó una mano a la boca y golpeó después la mesa con el cenicero. -Nueve veinte. - Alberto se metió la mano derecha al bolsillo del pantalón y sacó un billete de veinte pesos. Rápidamente, tanteó otra vez y sacó ahora un billete de a peso y otro de diez. Le alargó los diez pesos a la ~~señora~~ muchacha, quien los recibió y sin decir nada corrió a la mesa de Patricia. Es mejor no pedirle la vuelta, ella cree que le ha dado ochenta centavos de propina. Patricia acercó su cara al hombro de la muchacha y le dijo algo. Afuera seguía lloviendo.

Alberto, rascándose la ~~oreja~~ cabeza, abre la puerta del clóset. Ha agarrado temblorosamente la chapa y jalado con lentitud, sintiendo la oscuridad de adentro que le parte la cara en dos partes exactamente iguales. Abre un poco más la puerta y alcanza a ver a Patricia, mitad oscuridad y mitad pelo. Entonces jala la puerta violentamente y siente, goza, aquél grito de Patricia, y cierra los ojos y adelanta su cuerpo hasta que siente el aliento de ella en su cara, y esa mano suya que se adelanta como para defenderse. Afuera llueve todavía, y los otros niños gritando escondidos en los árboles o correteando en la piscina vacía.

Patricia lo mira a los ojos, pero retira inmediatamente la vista. Voltea la cabeza hacia la puerta para comprobar si continúa lloviendo. Continúa lloviendo. Hace una mueca de disgusto y vuelve a mirar a Alberto a los ojos. Alberto la descubre por segunda vez. Patricia descubre a Alberto mirándola a los ojos, pero baja nuevamente la vista. Juguetea delicadamente con la carta. Ha pedido un biftec a caballo que vale \$8. Pero no hay necesidad siquiera de hacer cuentas porque todas las noches, desde hace siete años ha pedido lo mismo en este restaurante barato, y es la primera vez que se encuentra aquí con Alberto, con el tipo ese que no ha dejado de mirarla desde que entró.

Riéndose los dos tal vez a carcajadas, entre jadeos y suspiros después de haber saltado aquél coro de griticos. Alberto, sin querer, ha rozado su mano y ha sentido cómo la piel de ella se ha llenado instantáneamente de montañitas dulces.

- Dónde están los otros, Alberto.

- Creo que en la piscina.
- Ya han encontrado a todas?
- No sé. Antes de encontrarte faltaban Estela y María Mercedes.
- Vamos pues.
- A dónde.
- A cualquier parte, no?
- Sí.

Y suelta aquella risita tan suya, y Alberto toma una bocanada de aire y salen corriendo por los largos pasadizos de la finca, y en el comedor se topan con la mamá de María Mercedes que los detiene y ya les está preguntando por su hija.

- Como que todavía está escondida, señora. Alfonso la anda buscando.
- Escondida? Y qué lo questán haciendo.
- Jugando al escondite, señora.

Hasta que salen de la casa y afuera llueve todavía. Corren por el pasto y llegan a la piscina vacía donde están todos menos Alfonso y Mercedes María Mercedes. Ahora no les despegan los ojos de encima y les están gritando dónde estaban, pasaron muy sabroso? Queremos verlos ya cogidos de la mano.

El plato viene echando humo. Patricia dice gracias con esa sonrisa que Alberto recuerda tanto. Aspira el humo y traga saliva. Agarra el cuchillo y ~~el tenedor~~ con el tenedor ^{ENSARTADA} ~~agarr~~ una papita frita. Se la lleva a la boca y se quema. Alberto lo adivina, y sonrfe divertido, compadeciéndola alegreméne. Patricia se quema pero no puede obedecer al primer impulso de escupir la papa. Tiene que tragársela casi entera. La siente bajar a tumbos, caliente y pesada, por su garganta. Mira hacia la mesa de al frente, y Alberto está compadeciéndola con alegría. Siente como se le sube el color rojo a las mejillas, Patricia maldice en silencio mientras corta un pedazo de carne.

Esa noche se quedaron a dormir todos en la finca, y cómo después de comida había dejado de ~~lover~~ ^{LOVER}, se reunen en la mitad del patio, húmedos y felices a cantar o a tirarse chistes verdes. Alberto se sienta al lado de ella, y cuando Nicolás, que es el único que sabe tocar guitarra, comienza a cantar, Alberto siente cómo ella, tímidamente o no sé, arrastra la mano por el pasto hasta que encuentra la suya, y allí la deja. Alberto traga saliva y se dice que si voltea a mirarla con estos ojotes va a quedar como un pen-dejo, pero qué le vamos a hacer si no puede contenerse y la mira con los ojotes y todo, Y Patricia lo está esperando ya con su sonrisa. Nicolás sigue cantando y a ellos nadie los mira porque cada uno tiene a su muchacha, menos Manuel a quien ninguna le ha parado bolas porque tiene la nariz muy grande. Al lado de Nicolás está Gloria comiéndoselo con los ojos, y Fernando y Ana Cristina y Alfonso y María Mercedes quienes ahora juegan a sostener el mismo chicle con las dos bocas, chupando rápidamente la tira de caucho para ver quién llega primero a la mitad. Patricia cierra los ojos cuando Alberto le está apretando la mano de esa forma y se acerca más a él y le enteda el pelo juguetonamente y lo besa sin humedad, rozando sus labios por un segundo mientras Alberto le dice algo que ahora él no puede recordar, porque los demás han soltado un sólo grito diciendo ¡los cogimos, los cogimos! y Patricia ya se ha separado de Alberto y se está poniendo roja, pero no hay peligro porque está todo muy oscuro. Entonces es cuando Alberto también se ríe y ~~agarr~~ ^{LOVER} nuevamente la mano que ha soltado durante el escándalo y se para y la levanta a ella y riéndose se alejan del grupo, corriendo por el pasto, corriendo hasta que todo el terreno abierto se ha acabado ya y delante de ellos no hay sino un largo cerco de alambre de púas, brillante e invisible a ratos. Se detienen jadeando y miran hacia todas partes. Huelen a leche recién ordeñada y a sudor liviano y cómo van a dejar de son-

reír si se saben tan hermosos y tan inmortales. Ella tiene 13 años y él 14, y por allá lejos se alcanzan a ver las luces hostiles de la ciudad.

~~La muchacha lo está mirando desde hace rato, ahora se decide~~ La muchacha lo ha estado mirando desde hace rato. Ahora se decidió y se está acercando a su mesa.

- Desea algo más, señor? - Preguntando, mascando chicle y entrecerrando los ojos. Ha visto películas con Ann Margret.

- Sí, traígame una Pepsi. -

Hace por lo menos 20 años, desde que dejó de estudiar en la Universidad, que no tomaba gaseosas. Pero ahora todo es diferente, porque Patricia ha venido a sentarse, después de tanto tiempo, al frente suyo. Patricia también ha pedido Pepsi-Cola, y ya ha acabado de comer. Se lleva cuidadosamente una servilleta de papel a la boca y eruta sin hacer ruido. Alberto comprende que ella se irá pronto, de modo que lo ^{placa}vaya a hacer tiene que hacerlo cuánto antes. La muchacha ya le ha dejado su Pepsi-Cola en la mesa. Al otro día, sintiendo sus diminutos senos sobre su espalda cuando la llevaba detrás, en el caballo, galopando hacia el río. Patricia se boga su Pepsi-Cola y se pone a mirar a ninguna parte, temerosa de alzar la vista hasta donde Alberto. Afuera llueve todavía. Alzando las manos al cielo y sintiendo la lluvia en las manos abiertas y en la cara y correr después a escampar en la caballeriza. Alberto se boga su Pepsi-Cola de un sólo tirón y sabe que él sí debe mirarla. Está bastante flaca, no se había dado cuenta, palabra. Después le preguntaba qué es lo que ha hecho ella en todos estos años. Te acuerdas de mí, Patricia? Alberto paga la Pepsi-Cola, volviendo a dar propina. Pegando su cuerpo al cuerpo de ella cuando se recuestan en los tabloncillos de la caballeriza, confundiendo sus tímidos jadeos con los relinchos de los caballos. Después le contará a Nicolás que ha besado en la boca a Patricia, pero de verdad, créeme, con lengua y todo, hermano. Patricia paga su comida, y son nueve veinte. Da ochenta centavos de propina a la señorita que la ha atendido tan formalmente. Afuera sigue lloviendo. Antes de pararse de la mesa mira nuevamente al hombre solo, viejo y gordo que no ha dejado de mirarla, y que ahora se levanta de su asiento y al pasar a su lado la mira a los ojos por última vez, antes de perderse en la lluvia y en la monótona oscuridad de afuera.

Andrés Caicedo Estela
Bogotá, nov. de 1969.



CONCURSO DE CUENTO PARA JÓVENES

ANDRÉS
CAICEDO

40° ANIVERSARIO DE PUBLICACIÓN DE
¡QUE VIVA LA MÚSICA!

Lanzamiento: Marzo 4 Cinemateca La Tertulia

Premiación durante la FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE CALI - Octubre 2017

Jurado: Juan Gabriel Vásquez,
Juan Esteban Constaín y Melba Escobar

40 AÑOS LEYENDO A ANDRÉS CAICEDO

ORGANIZA



Red de Bibliotecas
Públicas de Cali



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en octubre de 2017 en los talleres de Ingeniería Gráfica S.A. (info@ingenieriagrafica.com), en la ciudad de Santiago de Cali, Colombia. En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se emplearon tipos Cabin en 9,5/13,5 y Druk Condensed. La edición consta de 50 ejemplares y estuvo al cuidado de Margarita Cuéllar Barona.

